elcuaderno 70

ISSN: 2255-5730. Mensual de cultura
Segunda época. Julio del 2015
www.elcuadernomensual.es

SUMMERTIME 15 LOCURAS

/ Germán Gullón / Enrique Vila-Matas
David Monteagudo / Hipólito G. Navarro
/ Flavia Company / Ángel Falcón
/ Javier García Rodríguez
/ Agustín Fernández Mallo
/ Javier Moreno / Sergio del Molino
/ Celia Prieto Mazariegos
/ Diego Urizarna

FOTO: KIKE LLAMAS

La obra que ilustra la portada de este número es de **Kely** (*Sin título,* 2009, tinta sobre papel, 127 × 95 cm) y forma parte de la exposición retrospectiva que la galería gijonesa **Gema Llamazares** ha inaugurado el pasado 11 de junio con el título *Una vida pintada,* en homenaje a la artista fallecida hace año y medio. Se puede visitar hasta el 15 de agosto.

SUMMERTIME 15

LOCURAS

El cuaderno dedicó íntegramente a la creación narrativa los dos números de julio y agosto del año pasado bajo el tema común del verano. Ante la buena acogida que ha tenido aquella iniciativa, hemos decidido mantener una propuesta similar pero con una variación temática que la transforme por completo. Aprovechando que estamos en año quijotesco, al cumplirse 400 años de la publicación de la segunda parte de *El Quijote,* hemos planteado a una serie de autores y autoras del ámbito hispano la posibilidad de contar una locura por relato. Locuras de todo tipo y tamaño. Locuras vividas, soñadas, leídas, deseadas... El resultado no podía ser más díscolo pero, a la vez, cimentado en la sensatez del estilo personal que ha identificado hasta el momento a cada una de las trayectorias presentes en ambos números.

Contamos en esta primera entrega con textos de **Germán Gullón, Enrique Vila Matas, David Monteagudo, Hipólito G. Navarro, Flavia Company, Ángel Falcón, Javier García Rodríguez, Agustín Fernández Mallo, Javier Moreno, Sergio del Molino, Celia Prieto Mazariegos** y **Diego Urizarna.** Nos encontraremos a lo largo y ancho de estas páginas con gigantes, con el presidente de la Tercera República Española, un libro inesperado en el sótano de la casa de Bin Laden, una Penélope que no deja de llover, cosas que esconden la aterradora particularidad de un abismo al lado de la autopista, un tipo que tuvo la desgracia de cruzarse con Maradona, una cerilla en Barcelona que cambia la vida en Galicia, un pasillo lleno de amagos en los que nadie es lo que parece, el efecto Rodríguez de todo Perseo, un caballero andante llamado Félix Rodríguez de la Fuente, las lejanas playas de Ventoval...

En páginas finales nos pararemos a charlar con Montero Glez, autor cervantino del siglo XXI. Pero vamos con calma, hay mucho verano por delante.

Suscripción

Las ediciones impresa y digital de *El Cuaderno* solo se comercializan mediante suscripción.

La suscripción (**12 números**) a la edición impresa incluye por **30 €** (**60 €** para el extranjero) también el acceso a la digital.

El precio por la suscripción a la edición digital es de **15€**.

Los números sueltos solo están disponibles en su edición digital al precio de **1,75 €** por número.

Si desea suscribirse a la edición impresa y digital, cubra los datos requeridos y envíenoslos por correo postal a:

Ediciones Trea
Polígino Industrial de Somonte, c/ María González La Pondala, 98, nave D. 33393 Gijón
España

Fax: 985 303712
pedidos@trea.es

Nombre completo _____ NIF _____
Calle _____ CP. _____
Localidad _____ País _____
E-mail _____

Deseo suscribirme a EL CUADERNO/EDICIONES TREA, S. L. por **12 números** a partir del número ____ inclusive, por el precio de 30 € , gastos de envío incluidos (60 € si es fuera de España). **Esta suscripción me da derecho a recibir por correo postal la edición impresa de la publicación y a disponer de la edición digital.**

Forma de pago (PARA EL EXTRANJERO SÓLO MEDIANTE TARJETA DE CRÉDITO)

❏ Domiciliación bancaria:
Titular _____ Banco _____
Cuenta IBAN: ES __ __ / Entidad __ __ __ __ / Oficina __ __ __ __ / DC __ __ / Nº cta. __ __ __ __ __ __ __ __ __ __

❏ Tarjeta de crédito _____
Titular _____
Nº __ __ __ __ __ __ __ __ __ __ __ __ Fecha de caducidad _____

Fecha y firma:

Si desea suscribirse solo a la edición digital (12 números al precio de 15 €), o **adquirir números sueltos** (disponibles únicamente en edición digital, al precio de 1, 75 € por número), entre en **visualmaniac.com/elcuaderno**

Staff

ISSN: 2255-5730
D. L. : As-02972/2012

Edita **Ediciones Trea, S. L.**
Coordinación **Jaime Priede**
Consejo editorial **Juan Cueto**
Álvaro Díaz Huici
Jordi Doce
Javier García Rodríguez
Juan Carlos Gea
Elena de Lorenzo Álvarez
Helios Pandiella
Corrección **Celeste Sánchez Martínez**
Diseño gráfico **Pandiella y Ocio**
Imprime **Gráficas Apel**

Edición digital **visualmaniac.com/elcuaderno**
Blog **http://elcuadernomensual.es**

asturias24
www.asturias24.es

TREA

Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2014

© de los textos: sus autores

© Ediciones Trea, S. L.
Polígono Industrial de Somonte, c/ María González la Pondala, 98, nave D 33393 Gijón • Tel.: 985 303 801
www.trea.es / elcuaderno@trea.es
trea@trea.es

Germán Gullón

Ventoval

La *Historia secreta de Ventoval,* Cádiz, Imprenta Atlántico Sur, 1947, firmada por un tal Juan Historiador, cuenta el extraño relato de un aventurero inglés del siglo XVIII avecindado en Tarifa. Allí se lee lo siguiente: «Las playas del entorno de Tarifa fueron conocidas durante mucho tiempo como tierras de Ventoval. Se ignora el origen del nombre, que persiste en la memoria oral de la gente, aunque solo una mitad de la población parece aceptar la denominación, porque lleva asociada una leyenda que el cincuenta por ciento de la población prefiere ignorar» (página 9).

El hombre de cerca de cincuenta años, según rezaba en el dni entregado en el hotel de San Roque donde se hospedaba, era un periodista venido de Madrid para hacer un reportaje sobre la llegada masiva de inmigrantes ilegales al Campo de Gibraltar. Por la noche, tras tomar unas tapas y unos vinos en un bar de la plaza de la iglesia, callejeó un rato por las estrechas y silenciosas calles de la ciudad y regresó a su hotel. Se metió en la cama decidido a proseguir la lectura del libro de Juan Historiador emprendida en el avión. A la media hora se quedó dormido. Soñó con Ventoval, que era una playa inacabable, donde el viento ocultaba las conchas que el mar dejaba al descubierto, incluso admiró a unos pescadores que intentaban domesticar a unos atunes hablándoles en un idioma que recordaba al latín y echándoles encima una sal gorda. Por la mañana, el sol radiante que calentaba los cristales de la ventana le animó a bajar a desayunar.

Al preguntar en recepción por direcciones para ir a la ciudad de Tarifa y a sus playas, la dueña del hotel le respondió que evitara hoy las playas de Ventoval, así las llamó, no de Tarifa, no, de Ventoval. «Sopla un mal aire, señor.» El periodista le preguntó por qué llamaba a las playas de Tarifa playas de Ventoval, nombre que no figura en las guías turísticas. Solo Juan Historiador hablaba de Ventoval en su libro, que él conocía desde ayer y por casualidad. Se extendió explicando que él en realidad venía a redactar un artículo sobre el Campo de Gibraltar desde una perspectiva amplia, considerando los asuntos de la verja de Gibraltar, el contrabando, la inmigración ilegal, etcétera, pero que se había tomado un día de vacaciones para disfrutar la belleza de la costa, antes de comenzar el trabajo. La anciana pareció perderse en el laberinto de las explicaciones del periodista.

Simplemente murmuró unas palabras indescifrables, cuya guturalidad sorprendió al periodista, muy alejado del meloso silabeo andaluz, y que desdecían con el brillo azul de su mirada amable. Insistió en desaconsejarle el viaje a las playas de Ventoval con conocimiento de quien sabe que el destino de los hombres maduros va grabado en su voluntad, mientras la de los jóvenes, en el sexo. En un vano intento de torcer el destino del periodista, le pidió que le mostrase la mano derecha, que el hombre extendió desconfiado. Ella, tras leer la palma, insistió en que no fuera hoy a Ventoval. «Tienes una raya de la vida larga —le dijo—, pero el rosa de tu palma...». El periodista descreído por rutina profesional no la dejó terminar y retiró su mano. Tras darle las gracias, empujado por su terquedad, se subió al Nissan Qashqai alquilado en el aeropuerto de Málaga. Tras dejar atrás Algeciras y al poco de coronar un puertecito de montaña costero, donde había un bosque de turbinas eólicas, contempló la inmensidad del Estrecho, la ciudad de Tarifa y sus playas, todo ello enmarcado por un bello fondo marino y el azul radiante del cielo. De hecho, al llegar al llano le sorprendió leer el cartel indicador de la salida a Tarifa, y por razones que solo el azar conoce pensaba que iba a leer Ventoval. Siguió un poco por la carretera de costa, pasada Tarifa, hasta llegar a una playa de arena gruesa.

La playa resultaba tentadora, vacía. Tras estacionar el coche decidió sentarse en la arena a contemplar el bello horizonte marino del Estrecho, y al rato retomó la lectura del libro de Historiador, que había traído en la mochila junto con unos mapas. La calma del viento le hizo recordar a la dueña del hotel y sus agoreras predicciones. La veía hablando, pero no escuchaba sus palabras, hablaba, hablaba, movía los labios, labios finos de color rosa. Apenas llevaba quince páginas de lectura cuando una súbita bocanada de aire arremolinó las páginas del libro, obligándole a proteger el volumen contra un aire que de pronto soplaba lleno de aristas. Una especie de aliento caliente mezclado con arena fría buscaban con insistencia los bolsillos del pantalón, el cuello de la camisa, cualquier resquicio para rozar la piel del cuerpo y hacer sentir su lijosa textura. En el horizonte marino se había borrado Marruecos. Una hora antes divisaba perfectamente el perfil de la elegante mezquita de Tánger. A duras penas, abriendo los ojos con cuidado, se aferró a la idea de ver en la distancia, sin éxito. Tampoco distinguía el cercano casco urbano de Tarifa.

Sin dudarlo más regresó al coche y se sentó dentro. Arrojó la mochila y el libro en el asiento trasero. Apenas divisaba la orilla a través del parabrisas, aunque sí notó que las olas lucían más cresta que cuando estaba sentado en la playa media hora antes. Pensó por un momento en visitar la ciudad de Tarifa, dar una vuelta por el mercado, apreciar los pescados arribados de mañana al puerto, almorzar algo, aunque era demasiado temprano. Venir a Ventoval y al primer cambio de viento salir corriendo no tenía sentido. Además, no estaba solo, tenía el libro de Historiador. Mas, cuando iba a cogerlo, se distrajo al sentir una especie de respiración humana. Receloso giró la cabeza, registrando el coche con la vista sin notar nada extraño. Sin embargo, no alcanzaba a distinguir lo que había en el asiento trasero. Solo veía la mochila y el libro. De allí parecía venir una suerte de respiración. No, imposible, se decía. Nadie pudo entrar en el coche mientras estaba en la playa. Imposible. Aprensivo, se bajó del automóvil para comprobar si seguían en el maletero su portafolio con unos papeles y una botella de agua mineral. Unos insistentes lengüetazos de viento y arena le peinaron con [☞]

Germán Gullón (Santander, 1945) es crítico literario de literatura extranjera en «El Cultural» del diario *El Mundo* y miembro del jurado del Premio Nadal (2000-2015). Sus últimos libros de ensayos se titulan ***El sexto sentido: la lectura en la era digital*** (2011) y ***La novela de Galdós: el presente como materia literaria*** (2014). Asimismo, publica regularmente ensayos sobre narrativa española actual, como «La privatización de la novela española actual», en *Anales de la Literatura Española Contemporánea* (2015) y «The Banquet Years of the Spanish Novel. By Invitation Only», en *History of Spanish Novel, Oxford University Press* (2015). Ha publicado dos colecciones de cuentos, ***Adiós, Helena de Troya*** (1997) y ***Azulete*** (2000), a las que siguieron tres novelas, ***Querida hija*** (2000), ***La codicia de Guillermo de Orange*** (2013) y ***Moncloa: una mujer hace historia*** (2014).

desorden y salitre. Al meter la llave en la cerradura del portón trasero dudó un segundo, y por si acaso se retiró medio metro. Allí no había nadie, solo estaban el portafolios y la botella grande de agua mineral que se mecía en una red junto con una manzana. Ambas las había traído de Madrid. Cogió la botella y la manzana, no sin antes asegurarse de que nadie había saltado del espacio del maletero a los asientos de atrás del coche. No, no había nadie.

Sentado de nuevo en la cabina del automóvil, el sosiego retornó. Apenas le había dado el primer mordisco a la manzana cuando escuchó una especie de lamento, que le suscitó una pequeña alucinación. Sentía que un hombre estaba tumbado detrás del todoterreno. Miró por los retrovisores, pero era imposible distinguir nada. Trató de calmarse bebiendo un trago de agua de la botella, pero la sal que tenía en los labios y el agua caldosa le provocaron una náusea, que le obligó a abrir la ventanilla y escupir el buche de agua en la arena. Se le heló la sangre cuando escuchó una voz que parecía pedir auxilio. Subió el cristal a toda prisa, e iba a arrancar el coche cuando notó que la llave no estaba en el contacto. Asustado rebuscó en sus bolsillos, sin éxito. El pánico gobernó desde ese momento los siguientes movimientos, hasta que una certeza le tranquilizó por un instante. Claro, se las había dejado colgadas de la cerradura del portón trasero. Para recuperarlas debía salir del coche. Dicho y hecho. Fue fácil, aunque la desilusión de constatar que no estaban en la cerradura del portón le desanimó. Miró si había alguien tendido en el suelo arenoso del estacionamiento, detrás del coche, que las pudiera haber cogido. Robado, pensó. Una vuelta alrededor del automóvil certificó que allí no había nadie. Cuando empuñaba la manilla para abrir el coche, esta se negó a ceder, lo intentó una segunda vez, y la impasibilidad de la manilla cromada le irritó, pero fue un fuerte lamento humano el que le desasosegó completamente, desarmando su paciencia. Entonces se dio cuenta de que estaba en el lado equivocado del vehículo. Al ceder la manilla del lado del conductor una sensación de estar a salvo fue mitigada por la constatación de que del arranque no pendían las llaves.

Cálmate, tío, se dijo. Tomó la botella de agua, pero cuando iba a llevársela a los labios recordó que estaba calentorra y que tendría que escupirla de nuevo. La manzana se ofreció como una buena alternativa, mas cuando esperaba una sensación agradable y jugosa, el bocado le llenó la boca de arena. Se limpió los labios con el puño de la camisa, y tragó como pudo el bocado de manzana con arena. Si tuviera un cigarrillo pensó; no, voy a poner la radio, y entonces vio las llaves reposando en el salpicadero.

La posesión de las llaves le tranquilizó. Aunque el recuerdo de Ventoval enseguida desató sus nervios, ¡qué demonios es eso de Ventoval! El libro, que descansaba en el asiento trasero, se ofrecía como el necesario puente entre la inquietud recién experimentada y la normalidad que se supone que un hombre maduro y serio debe experimentar. Lo tomó y leyó casi un capítulo entero, donde se relataban los innumerables asedios sufridos por la Roca, y en verdad se calmó; lo último que leyó fue lo siguiente: «El clima de Gibraltar es sano y menos caluroso que el de las demás ciudades de la costa... aun así, ocho meses del año hay vientos de levante que soplan en torbellinos alrededor de la Roca, oscurecen el cielo con nubes y neblinas... en cambio cuando soplan vientos del oeste, el clima cambia al momento: el cielo queda sereno y despejado» (página 105).

Depositó el libro de vuelta en el asiento trasero, entregándose a la modorra que la lectura le había producido. Al despertarse media hora después, un persistente dolor en el cuello certificaba la incomodidad de haber dormido con la cabeza apoyada en un cristal. Apenas empezaba a sentir la pesadez de la lengua, cuando un grito le heló la sangre. No eran gemidos, sino un grito desgarrador; miró alrededor y no vio nada. Casi no se daba cuenta de que el viento había amainado, y que podía distinguir bien la orilla, y que unas velas de surfistas coloreaban el horizonte.

Simplemente murmuró unas palabras indescifrables, cuya guturalidad sorprendió al periodista, muy alejado del meloso silabeo andaluz, y que desdecían con el brillo azul de su mirada amable. Insistió en desaconsejarle el viaje a las playas de Ventoval con conocimiento de quien sabe que el destino de los hombres maduros va grabado en su voluntad, mientras la de los jóvenes, en el sexo

La sensación de vacío hacía que el grito hiciera eco en una especie de horror en blanco, que le rayaba con estridencia los nervios. Una vela roja pasaba veloz por delante, y haciendo una especie de bucle se lanzó veloz hacia el medio del Estrecho. Parecía que iba a alcanzar el otro lado en un momento. Ciertamente el surfista no oía nada. Ni una pareja que bajaban de la trasera de un monovolumen estacionado junto a su todoterreno. Ellos no parecían escuchar nada. Sin embargo, el eco del grito seguía resonándole en el oído.

Salió del coche dispuesto a preguntar a la pareja si oían algo. No obstante, se abstuvo, por si pensaban que estaba loco, y sintiendo que el viento le peinaba los cabellos con la suavidad con que él soñaba en Madrid siempre que pensaba en la playa de Tarifa, se sentó en la arena. Los surfistas, la pareja, una familia con cuatro niños que veloces recorrieron la distancia del estacionamiento a la playa, y que se metieron en el agua con alegría a darse chapuzones, mientras la madre les decía: «Cuidado, niños, esperad a papá». Poco a poco, la tranquilidad le fue ganando, y tumbado en la arena, aspirando el aire salino, viendo las olas, contemplando las velas, los barcos que cruzaban a lo lejos el Estrecho, Tánger y por el otro lado la lejana Ceuta, sintió de nuevo que estaba en un sitio mágico, ¿Tarifa?

Decidió ir a la ciudad a almorzar. Se metió en el coche, e iba a girar las llaves en el arranque cuando un grito agudo, una especie de pitido, le hizo llevar las manos a la cabeza para taparse los oídos. Miró por el parabrisas, pero la familia seguía a lo suyo, la madre entretenía al niño pequeño haciendo un hoyo con una palita de plástico, mientras el padre jugaba con el resto de los hijos en el agua. Las velas de los surfistas teñían de rojo, azul y amarillo la superficie del agua. La pareja ahora paseaba por el fondo lejano de la playa, parecían figuras de un cuadro de Sorolla. Miró a su alrededor, en el asiento de atrás y junto a la mochila estaba el libro de Juan Historiador. Recordó la improbable historia contada en la *Historia secreta de Ventoval* sobre las gentes que llevan siglos cruzando el Estrecho buscando un futuro mejor. La idea básica de Juan Historiador era que la historia se repite, y un segundo postulado dicho con medias palabras, mediante insinuaciones y parábolas era que muchos de ellos perecieron en la travesía, y que los vientos del Estrecho agavillaban sus gritos de angustia y unos dioses menores, expulsados del desierto del Sahara por su afición al elemento húmedo, los conducían a las playas en torno a Tarifa, a un lugar llamado Ventoval, y allí los dejaban en libertad para que los días de temporal pudiesen aullar, porque se confundían con los ayes del viento. Juan Historiador,

MONTAJE CON ICONO DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

valiéndose de una estadística falsa a todas luces, afirmaba que la mitad aproximadamente de la gente del entorno escuchaban esos gritos y que la otra mitad permanecían sordos. Este equilibrio, afirmaba con el delirio de un inventor de leyendas, contagiado por los textos de un escritor argentino ciego, Jorge Luis Borges, aficionado a las historias de gauchos y de tierras del sur, exhaustas también por el viento y por los gritos que llevan en su seno, busca el fiel de la balanza. Algunos lo nombran el Nadie y otros la Nada, concluía.

El hombre se sintió encerrado en el coche, la solidez por la que el capricho lo había elegido en la agencia de alquiler de automóviles le producía claustrofobia. Abrió la puerta para cerciorarse de que podía escapar, y los sonidos de unas gaviotas le permitieron pulsar la normalidad del entorno. Cerró la puerta y escuchó de nuevo el grito, que definitivamente procedía del libro abierto en el asiento de atrás. Lo cogió, lo hojeó y no notó nada. Era un libro, el libro de Historiador, nada más y nada menos. Puso el coche en marcha con falso sosiego. Miró el libro de nuevo, lo cogió del asiento de atrás, se bajó del coche y lo depositó en un contenedor de basura. El volumen se quedó mirándolo con mirada de ciego, borgiana, desde el fondo del basurero, doblado, sucio, abandonado. Ese momento en que descartó el libro jamás dejaría de perseguirle, su imagen le hostigó en innumerables pesadillas que acabaron por convencerle de su cobardía ante lo desconocido, en este caso el dolor ajeno.

Esa misma noche pensó que la botella de vino bebida durante la cena y sellada con un par de coñacs le asegurarían un sueño profundo. Sin embargo, durante un duermevela inquieto recibiría la visita de un hombre ciego que le explicó con enorme paciencia la procedencia de los vientos y le enseñó a desenmarañar los gritos humanos de los meros sonidos del viento. Dio mil y una vueltas en la cama. Al día siguiente, al despertarse le visitaron las recapitulaciones del viejo maestro soñadas o escuchadas medio despierto: «y desenvuelves la ráfaga, que lleva vientos de diversos componentes... y allí encuentras el sonido del grito puro. Para apreciar sus matices debes...». Oía en su cabeza la voz monótona y rosaril, a la que un pensamiento fugaz denominó por un momento con el nombre propio de conciencia. Durante el desayuno, la dueña del hotel le trajo el café y se sentó a su mesa. Le miró a los ojos con

«Hay voces —prosiguió la dueña— con las que uno aprende a vivir... No hables nunca de ellas a la mitad que nos la oye, porque te tomarán por loco, o peor... Solo menciona el nombre de Ventoval a quienes lo puedan entender...»

dulzura para, a continuación, asegurarle que la mitad de los habitantes del entorno oye los gritos y que la otra mitad no... y añadió algo que le recordó sus lecturas del Juan Historiador. Mencionó un dios que mantenía el equilibrio, quizás añadiendo, de su propia cosecha, que era un dios injusto, nihilista.

«Hay voces —prosiguió la dueña— con las que uno aprende a vivir... No hables nunca de ellas a la mitad que nos la oye, porque te tomarán por loco, o peor... Solo menciona el nombre de Ventoval a quienes lo puedan entender...».

(Hacia la madrugada del mismo día un Land Rover de la Guardia Civil bajaba despacio hacia la playa. Los guardias distinguieron a lo lejos tres bultos en la arena; en la chaqueta de uno de los cadáveres encontraron una carta escrita a máquina con las palabras desteñidas por el agua; en la firma parecía leerse un nombre: Sayd. Media hora después una ambulancia acompañaba en la playa al Land Rover verde, y los bultos que antes aparecían tumbados en la arena estaban metidos en unas fundas de lona y tendidos sobre camillas. Los guardias civiles y los de asistencia médica miraban pensativos hacia el Estrecho, mientras compartían el humo perezoso de unos cigarrillos y charlaban con un tono carente de resquicios para la esperanza.

No se sabe si ellos oyen las voces, pero seguro que están familiarizados con la mueca de una cara deformada por el horror que precede a un grito.) ●

Enrique Vila-Matas

Noticia del Loco Salinas

No hay cuento que compendie mejor el mundo de Georges Simenon que «El hombre en la calle». Y sin embargo es un relato que seguramente habría pasado desapercibido de no ser por García Márquez, que lo leyó de joven en un hotel de Guajira, en Colombia, y luego olvidó el título, aunque nunca lo que allí se narraba. Se pasó décadas buscando ese relato perdido, hasta que lo reencontró gracias a la mediación de Toni López Lamadrid.

«El hombre en la calle» narra una persecución, en realidad un duro cerco: «Así empezó una cacería que iba a prolongarse durante cinco días y cinco noches, entre transeúntes apresurados, en un París indiferente, de bar en bar, de taberna en taberna; por un lado un hombre solo, por otro Maigret y sus inspectores...».

El perseguido tiene al principio la apariencia de un hombre educado y de orden, pero se va convirtiendo a lo largo de los días, a medida que cada vez está más a la intemperie o en los bares, en un hombre a secas, un hombre solo, un hombre en el que se dibujan los rasgos del monstruo que hay en todos nosotros.

Se ha dicho que el héroe de Simenon es el hombre desnudo, despojado de todo cuanto lo disimula ante el mundo (Pierre Assouline). Ese héroe es el hombre de las cavernas más algunas neurosis (Félicien Marceau). En definitiva, el hombre en lucha con su destino. [☞]

Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948) Estudio Derecho y Periodismo. En 1968 entro a formar parte del consejo de redacción de las revistas Fotogramas y Destino. En 1970 dirigió dos cortometrajes ***Todos los jóvenes tristes*** y ***Fin de verano.*** Escribió su primera novela durante el servicio militar en Melilla y la segunda en París, en una buhardilla que le alquiló Marguerite Duras. Será a partir del 1985 cuando comience a ser conocido como escritor, ya que su libro ***Historia abreviada de la literatura portátil*** (Anagrama) se convierte en un referente de culto. Le seguirán títulos que tienen el aura de los elegidos, como ***Suicidios ejemplares*** (Anagrama, 1991), ***Hijos sin hijos*** (Anagrama, 1993), ***El viaje vertical*** (Anagrama, 1999), ***Bartleby y compañía*** (Anagrama, 2001), ***El mal de Montano*** (Anagrama, 2002), ***París no se acaba nunca*** (Anagrama, 2003), ***Doctor Pasavento*** (Anagrama, 2005), ***Exploradores del abismo*** (Angrama, 2007), ***Dietario voluble*** (Anagrama, 2008), ***Dublinesca*** (Seix Barral, 2010), ***Aire de Dylan*** (Seix Barral, 2012) y ***Kassel no invita a la lógica*** (Seix Barral, 2014).

Maestro en describir ese combate, Simenon demostró una capacidad desbordante —quizás una compulsión— para mostrar el mundo tal como realmente es, para mostrárnoslo en toda su depauperación, emoción y ferocidad. Sus lectores conocen bien ese «momento decisivo» en que atrapa desprevenida a la realidad y la capta en su más genuina esencia. Simenon fue experto en acercarse al alma del hombre solo. Yo recuerdo haberme acercado por primera vez a ella, a esa alma solitaria, el día en París en que, casi ensimismado, fui escuchando cómo lentamente los leños caían sobre el empedrado y anunciaban el invierno. Y a pesar de los años que han transcurrido desde entonces, recuerdo también que todo lo escuchaba yo en estado de vela, sin sentir la necesidad de hacer nada, salvo oír ese sonido, sordo y repetido, el sonido de la vida.

Resulta que sin necesidad de hacer nada, salvo escuchar cómo el aire presagia la llegada del invierno en el barrio de Caballito, en Buenos Aires: así vive el tucumano Carlos Horacio Salinas... Un hombre solo, despojado de todo cuanto antaño lo disimulaba ante el mundo. Durante días y noches, el periodista Diego Jemio fue estrechando un largo cerco, al estilo Maigret, para dar con él y entrevistarlo para *Panenka*, la revista barcelonesa que ensambla fútbol con literatura. Y al final a Horacio lo encontró en la calle, no escuchando la caída de los leños, sino explicando a quien quisiera oírle que fue campeón de la Libertadores y del mundo con Boca Juniors y un día llegó a tener un millón de dólares, siete pisos y muchas mujeres y cocaína, pero fue transferido como parte del pago por el traspaso de un tal Diego Maradona y ese fue el comienzo de su fin: «Qué puta suerte la mía. Pensé: paso varios años en Boca y justo ahora tiene que venir el mejor del mundo».

Toda la entrevista con Horacio alias *el Loco Salinas* tiene la atmósfera de un Simenon implacable. No falta en ella el clásico hombre a solas con su verdad más seria, un tipo de 58 años con el aura de quien «pudo ser rey» de no haberse cruzado con Maradona. Detenciones policiales, un intento de suicidio, todo eso pasó en otros días. En la actualidad el Loco está sosegado, no hace nada nunca. No tiene teléfono, no quiere hablar con nadie, ni que nadie hable con él. Es todo un Oblómov (el gandul de la literatura rusa) sin saberlo.

—La gente está muy pelotuda.

—¿Qué quieres decir, Loco?

—Que se toman la vida muy a pecho. ¿Y qué es la vida?

—No sé, Loco. ¿Qué es?

—Nada es la vida.

Como en el mejor relato de Simenon, percibimos de inmediato que el Loco Salinas siente el aliento del aire frío en el último callejón del barrio. ●

MONTAJE CON ICONOS DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

David Monteagudo

Invasión (extracto)

Sonó el despertador. García lo paró instintivamente, en un estado que todavía era de semiinconsciencia. Al poco rato recuperó la memoria, y a su mente acudieron, de golpe, todas las impresiones del día anterior: el abandono de Mara, el piso saqueado, las pastillas, la visita al psiquiatra, su moderado optimismo durante la tarde, la somnolencia de antes de irse a dormir. Se dio cuenta de que eran las ocho, y que no se había acordado de poner el despertador para una hora más tarde, como hacía todos los sábados. Pero ya no tenía sueño, en realidad había dormido más horas de lo acostumbrado, porque se había ido a la cama muy temprano, y además se le acababa de ocurrir una idea, algo que ya le rondaba por la cabeza desde el día anterior. Decidió que aprovecharía esta circunstancia, el haberse levantado a aquella hora, para salir a correr. Había hecho atletismo cuando era adolescente, y ahora, desde hacía algún tiempo, corría aproximadamente diez kilómetros, el sábado o el domingo por la mañana, y nunca le satisfacía tanto este ejercicio como cuando lo hacía muy temprano, porque a esa hora las calles y los caminos de las afueras estaban más tranquilos, apenas pasaban coches, y además García sabía lo bien que se encontraba uno, lo agradable que era darse una ducha y desayunar sin prisa ninguna, y descubrir —después de todo eso— que todavía no habían dado las diez y aún le quedaba todo el día por delante.

Con la promesa de esa recompensa, García se puso la ropa que tenía para ir a correr y sintió, como de costumbre, esa satisfacción inefable, y un tanto ingenua, en el momento de atarse los cordones de las zapatillas: unas zapatillas que le habían costado un dineral y estaban casi nuevas, ligeras y al mismo tiempo resistentes, decoradas con llamativos colores. García se bebió un vaso de zumo de naranja con un poco de miel, y salió a la calle dispuesto a correr sus diez kilómetros habituales. Las zapatillas eran ligeras, pero el cuerpo no. García sintió esa frustrante sensación de cansancio, esa dureza de los primeros minutos, acrecentada en esta ocasión por una mayor pesadez, que tal vez era consecuencia de las pastillas que había empezado a tomar. Para colmo, el día estaba nublado, encapotado por un cielo gris, de nubes bajas, que le privaría del estimulante espectáculo de la salida del sol. Y a pesar de todo, cuando dejó atrás el asfalto y se internó en el primer tramo de camino, se sintió algo mejor —como siempre le ocurría más o menos a esa altura— y tuvo el primer destello de ese placer íntimo e intransferible, que tan bien conocen los que practican algún deporte, del esfuerzo físico intenso y prolongado.

En su recorrido por las calles de la ciudad, García se había encontrado con pocos coches y con muy pocas personas, pero ahora, en aquel camino que discurría entre los campos de labor, la soledad y la quietud eran totales. García sabía que, a aquella hora, lo máximo

que se podría encontrar sería algún caminante solitario, o un coche aparcado al borde del camino (¿una pareja, un temprano buscador de espárragos?), mientras que un poco más tarde ya empezarían a menudear los coches y los consabidos grupos de ciclistas que últimamente tanto proliferaban.

Se encontraba bien, no quería ni pensar en aquello que tanto le había atormentado. Temía atraer la desgracia, estropearlo todo si se paraba a recontar su tesoro, a considerar que todo había ido bien desde que se tomó la primera pastilla, que no había vuelto a ver nada extraño o que, si aquello se había vuelto a insinuar en algún momento, le había bastado rechazarlo y no prestarle ninguna atención para hacerlo desaparecer. Quería limitarse a disfrutar de la normalidad, de la gratificante sensación de cansancio y el sudor que empezaba a brotar por todo su cuerpo, de los pulmones y el corazón trabajando a pleno rendimiento, con la promesa de la ducha y el desayuno que vendría después.

Absorto en estos pensamientos, tardó algún tiempo en darse cuenta del confuso rumor que sonaba a sus espaldas. En una fracción de segundo, le vinieron a la cabeza varias cosas: pensó en los perros, que siempre le daban un poco de miedo; pensó que alguna vez que había salido muy temprano a correr había visto un zorro cruzando el camino, o incluso una piara de jabalíes. Pero en poco tiempo el rumor le envolvió, y las pisadas —porque ahora ya sabía que eran pisadas— resonaron a su alrededor, y García vio, mientras se le erizaba la piel y un escalofrío le recorría las entrañas, cómo le rodeaba, y le adelantaba, y en poco tiempo le dejaba atrás un grupo de gigantes muy numeroso, compuesto tal vez por diez o doce individuos. García percibió con nitidez el olor acre y hormonal del sudor de aquellos seres, cuyas ingles le quedaban a la altura de la cabeza. Los gigantes le habían saludado, no todos, pero sí alguno de ellos, vocalizando confusamente un «buenos días» apresurado, alterado por el esfuerzo. Siguió corriendo unos metros por pura inercia, con la mirada agónica y horrorizada fija en el grupo que se alejaba a toda prisa: un grupo formado por hombres jóvenes, de aspecto en verdad deportivo, que dejaban una estela, un olor a cuerpos sudorosos y tejidos sintéticos. Pero García empezó a aminorar la marcha, como si hubiera perdido el impulso que lo hacía avanzar, y en unos pocos metros su zancada decayó, dio tres o cuatro pasos caminando y al final se paró, jadeando todavía por el esfuerzo, con la mirada perdida en la profundidad de sus pensamientos. Permaneció así por espacio de un minuto, el aire silbando al salir por la boca abierta, el pecho subiendo y bajando al ritmo de la respiración. Luego se dio la vuelta lentamente, con la derrota y la desesperanza pintada en cada gesto, en cada movimiento de un cuerpo que parecía haberse encogido, que había perdido todo su vigor y su determinación.

Muy despacio al principio, porque además el regreso era en subida, empezó a desandar el camino, primero andando, después trotando, con un trote impotente y cansado que apenas levantaba los pies del suelo, con la cabeza baja. Hasta que de pronto levantó la mirada y, en un impulso de rabia y rebeldía, García arrancó a correr con todas sus fuerzas, apretando los dientes, arrugando el rostro en una mueca de ferocidad o de llanto contenido, estirando al máximo la zancada e intentando elevarse en cada paso, como antes, cuando era joven y ágil, y ligero. La experiencia fue penosa, frustrante. Al cabo de cien metros tuvo que aminorar la marcha, porque las piernas no le respondían, le faltaba aire, como si fuera un pez fuera del agua, y parecía que el corazón le iba a estallar dentro del pecho. Y sin embargo, ese patético esfuerzo tuvo algún sentido, surtió su efecto, en parte porque el llegar al límite le había dado conciencia de su cuerpo, de que no solo era una mente atormentada, sino que había una parte física, animal, que tenía sus propias leyes y sus exigencias; y en parte, también, por lo que tenía de rebeldía y de no dejarse amilanar por la adversidad.

Durante un buen tramo, se limitó a andar y a recuperarse del brutal esfuerzo, pero cuando se acabó la subida —momento que coincidía con la vuelta al asfalto y la primera visión de la ciudad— volvió a correr al ritmo de siempre, con el fin de regresar a su casa cuanto antes. El encuentro con el grupo de atletas gigantes había removido muchas cosas en su interior, y lo que vio cuando se encontró de nuevo en las calles de la ciudad no hizo sino reafirmar el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. En tan solo media hora, la ciudad había despertado completamente, sobre todo en su zona más céntrica: se veía a mucha gente andando por las calles, y otros tantos habían empezado ya su jornada laboral. García no pudo menos que constatar, enfrentándose a ello con valentía, que entre los peatones que iban arriba y abajo por las dos orillas —estaba ahora en una calle larga y recta, de aceras bastante anchas— había más de un gigante, más de una persona de dimensiones descomunales, que caminaba con toda tranquilidad, entre la indiferencia de los que pasaban a su lado. Y también se dio cuenta de que ya eran muchos los edificios en los que se veía, en los que «él» veía uno de aquellos tubos de plástico, todos del mismo color, de ese amarillo feo y blanqueado por el polvo del yeso y el roce de los escombros, emergiendo de alguna ventana: algunos muy largos, porque colgaban desde un tercer o cuarto piso; otros más cortos, que, desde un entresuelo o un primero, solo tenían que salvar unos pocos metros para llegar al contenedor que descansaba en la acera. Y todos eran iguales, todos estaban formados por unos segmentos, del tamaño de un cubo comunitario de basuras, sujetos con cadenas entre sí y por último a la ventana.

Se encontraba bien, no quería ni pensar en aquello que tanto le había atormentado. Temía atraer la desgracia, estropearlo todo si se paraba a recontar su tesoro, a considerar que todo había ido bien desde que se tomó la primera pastilla, que no había vuelto a ver nada extraño o que, si aquello se había vuelto a insinuar en algún momento, le había bastado rechazarlo y no prestarle ninguna atención para hacerlo desaparecer

Por primera vez, García se atrevió a confesarse a sí mismo por qué le inquietaban tanto, por qué le despertaban esa sorda antipatía aquellas obras en las viviendas. Ahora que se rendía a la evidencia, ahora que comprendía que se había precipitado, que las pastillas todavía no habían empezado a hacer su efecto —tal como le previno el médico— y su mente seguía produciendo impunemente las alucinaciones, ahora se atrevió a admitir que relacionaba las reformas en los edificios con los gigantes, que en su yo más íntimo atribuía esas obras —las primeras tal vez existían de verdad, las últimas por fuerza formaban parte de su delirio— a la necesidad de esos seres gigantescos de acondicionar las viviendas a su desproporcionada estatura.

Y en ese momento, cuando se rindió, cuando admitió que aún le faltaba mucho para empezar la mejoría, comprendió que tal vez el psiquiatra tenía razón y que debería pedir la baja y tomarse unas vacaciones para hacer una buena cura de reposo.

Con esta idea llegó hasta su casa con una cierta serenidad, y aunque en un momento dado cambió de acera para evitar el roce con una mujer gigante que empujaba un diminuto cochecito de bebé, consiguió [☞]

David Monteagudo (Viveiro, Lugo, 1962). A los 5 años se trasladó con su familia a Cataluña. Trabajó en una fábrica de cartonaje en Vilafranca del Penedès, ajeno a los círculos literarios, aunque siempre se sintió atraído por los libros y la escritura. En 2009 su novela ***Fin*** fue recibida por la crítica como «una bocanada de aire fresco para las letras de este país» y tuvo una espectacular acogida entre los lectores (más de cincuenta mil ejemplares vendidos). En 2012 fue llevada al cine con ese mismo título. Desde entonces ha publicado cuatro nuevos libros: las novelas ***Marcos Montes*** (2010), ***Brañaganda*** (2011) e ***Invasión*** (Candaya, 2015), a la que pertenece el extracto que ofrecemos. También es autor del libro de relatos ***El edificio*** (2012). Es uno de los autores españoles actuales más traducidos en los últimos años.

refrenar en gran medida su angustia, e incluso llegó a mirar a aquellos fenómenos de reojo, con un sentimiento parecido a la indiferencia.

Ya en su casa, se duchó y desayunó sin prisas, dejando que pasase el tiempo. Y aun así, después incluso de fregar los pocos platos que había usado y de dejarlo todo en orden, miró el reloj y le pareció que todavía era demasiado pronto para llamar al psiquiatra, pues tan solo pasaban unos minutos de las diez, y él, de una forma tan arbitraria como estricta, se había marcado el límite de las diez y media como una hora prudente para llamar por teléfono. Así, supermercado a comprar provisiones —que era otra de las posibles tareas en las que ocuparse—, porque algunas de las decisiones que pensaba tomar a lo largo de aquella mañana podían hacer innecesario el acopio de víveres. Al final optó por encender el ordenador (afortunadamente, Mara no se había llevado el *router*) para consultar el correo y empezar a investigar la forma de conseguir un billete de tren o incluso de avión. Lo cierto es que García era un desastre para esas cosas, y estaba acostumbrado a que fuera Mara, o incluso Nuria, una chica de la oficina, la que le resolviera esos asuntos en las pocas ocasiones en que había necesitado un servicio de ese tipo. Mara se asombraba de que una persona como él, que se pasaba varias horas al día frente a un ordenador, no fuera capaz de conseguir por ese medio unas entradas para el teatro, y le reprochaba su escaso interés, el poco esfuerzo que hacía para aprender esas cosas. Nuria, sin el matiz de irritado fastidio de Mara, venía a decirle más o menos lo mismo. Lo cierto es que su trabajo en la oficina era de carácter técnico y estrictamente interno, y no llevaba aparejado, como en el caso de otros compañeros, el contacto con personas y empresas ajenas al despacho.

García se puso ante el ordenador, consultó su correo sin encontrar ninguna novedad, pues recibía poquísimos mensajes, y a continuación se puso a buscar las webs de la Renfe y de las compañías aéreas. La mecánica de este tipo de consultas le parecía esta vez más complicada que nunca. «Debe ser cosa de las pastillas», dijo para sí, en un momento en el que se sintió especialmente perdido. Al cabo de un cuarto de hora de batallar con el ratón y con el teclado, llegó a la conclusión de que aquello era muy difícil para él, que siempre había algún paso en el que se perdía sin remedio, y que además había llegado la hora —ya eran las diez y media— de llamar al psiquiatra y pedirle que le tramitara la baja que le había prometido.

El psiquiatra tardó en descolgar el teléfono, pero en cuanto reconoció a García se mostró asequible e interesado en lo que este le decía.

—Ha vuelto a sufrir alguna alucinación —dijo, afirmando más que preguntando, en cuanto García le expuso el asunto de la baja.

—La verdad es que sí. Ayer me las prometía muy felices, pero...

—¿Ayer? —dijo el psiquiatra, fingiendo escandalizarse—. Pero si ya le dije que la cosa podía tardar días, que el efecto no era inmediato en ningún caso.

—Tiene usted toda la razón —admitió García—, me he precipitado, y... en fin, se me hace un poco duro tener que hacer vida normal mientras...

—Por supuesto, por supuesto, no se preocupe por la baja, se la prepararé enseguida.

—Sí, creo que será mejor cambiar de aires, y descansar un poco.

—¿Y a dónde piensa ir? ¿Irá usted solo, o irá con...?

—¿Con quién, con mi mujer? Me temo que eso es imposible. Mi mujer se ha largado, se marchó ayer llevándose medio piso. No creo que vuelva.

—Vaya... Lo siento. Pero usted le contó... ella sabe que usted tiene...

—No tuve tiempo de contarle nada, se ve que se cabreó por mis negativas de ayer. Ella... en realidad se cree que estoy bien. Se ve que llamó a la oficina y Nuria, la secretaria, vamos, supongo que sería Nuria, le dijo que yo estaba bien, que estaba contento como unas pascuas.

—Lamento que se encuentre en esta situación.

—¿Lamentar? Pero si nosotros no formábamos una pareja de verdad, usted mismo lo dijo: «compañeros de piso», eso es lo que éramos.

—Bueno, sí, pero esa situación «material» era la consecuencia de otras cuestiones...

—Mire —le interrumpió García, con un deje de irritación—, usted se empeña en darle mucha importancia... en relacionar lo que me está ocurriendo, mi trastorno, con un problema de pareja, y yo creo que no tiene nada que ver con eso.

—Yo no le he dicho tal cosa —la voz del psiquiatra transmitía calma y cordialidad—, ha sido usted quien ha sacado esas conclusiones. Y si lo ha interpretado así, y además se siente atacado, por algo será... No se preocupe —añadió, aprovechando el momentáneo silencio de García—, le firmaré esa baja, pero no sé si viajar solo en este momento... ¿A dónde me dijo que iba?

—No... voy a casa de una tía que vive en el campo, en realidad es una tía abuela, pero es joven... bueno, joven para ser tía abuela.

—Bien, eso ya me convence más.

—Sí, es perfecto para un caso así: naturaleza a tope, tranquilidad, nada de ordenadores, y buena, muy buena alimentación. Además, mi tía es una persona... excepcional, una de esas mujeres de antes. Y a lo mejor aún me queda por ahí algún amigo, de cuando iba de vacaciones con mis padres.

—Bueno, me parece bien. Ahora mismo le preparo la baja. ¿Cuándo vendrá a recogerla?

—Pues... ahora, cuanto antes. Si puedo saldré hoy mismo para allá, si es que encuentro un pasaje de avión. En tren tendría que ser mañana.

—Sí, pero no puede ser ahora, ahora mismo tengo un paciente. Venga... venga a las doce. ¿Le va bien?

—Sí, sí, pasaré a las doce.

García guardó el teléfono y miró al ordenador, en cuya pantalla aguardaban, inmóviles, los colores corporativos de una compañía aérea. Después consultó su reloj y comprobó que le quedaba casi una hora y media hasta el momento de ir a recoger la baja. Permaneció unos segundos en actitud reflexiva, mirando distraídamente la pantalla. Y de pronto se puso en movimiento: se levantó de su asiento con decisión, apagó el ordenador desde su posición erguida y recogió la chaqueta del perchero, comprobando que tenía las llaves y la cartera. Había decidido acercarse hasta la agencia de viajes, una oficina que le quedaba muy cerca y a la que ya había recurrido en alguna otra ocasión en situaciones similares.

«En cuanto tenga los billetes, llamo a la tía Andrea —iba pensando, mientras bajaba a buen paso por las escaleras—, para que sepa cuándo llegaré; luego recojo la baja, la meto en un sobre y la dejo en el buzón de la oficina. Y el lunes les llamo. Para entonces ya pienso estar desayunando a la sombra del manzano, mirando cómo pastan las vacas».

García caminó hasta la agencia de viajes, por unas calles en las que reinaba la animación propia de un sábado por la mañana. Dos de las personas con las que se cruzó tenían el aspecto gigantesco que tanto le atemorizaba, y a su alrededor, a ambos lados de la calle, proliferaban los contenedores y las manchas amarillas de los tubos de desescombro, pero él hizo un esfuerzo por ignorar esas visiones, aceleró el paso en la medida de lo posible —pues en verdad se sentía lento y pesado desde que había vuelto de correr— y en poco más de cinco minutos estaba en la agencia, sentado en una butaca esperando a que le atendieran. Afortunadamente, ni la chica que ocupaba la única mesa activa —había otras dos sin ningún ocupante—, ni la pareja de clientes a los que estaba atendiendo tenían una estatura fuera de lo normal. García ojeó con desgana una revista del gremio, atrasada y manoseada, y luego se fijó en la casita de plástico, de poco más de un metro de altura, en la mesita de parvulario con su minúscula silla a juego y los juguetes, colores y lapiceros, ni muy limpios ni muy ordenados, que había en el rincón destinado a los niños. García esbozó una amarga sonrisa ante la paradoja que significaba, en su actual situación, ese espacio hecho a medida de enanitos. Pero en ese momento la chica le llamó desde la mesa, que ya había quedado libre, y le volvió a llamar, porque él —que la había oído y la estaba mirando— tardó un poco en reaccionar. Dos minutos más tarde, la joven —una morena de piel blanca y con el pelo rizado— tecleaba en el ordenador y de vez en cuando levantaba la vista de la pantalla para mirarle y preguntarle algo. «Ya sabe que tendrá un pequeño suplemento por la tramitación de la reserva», le dijo una de las veces. García afirmó y pensó que sí, que ya sabía que le tocaría pagar algún peaje, alguna bula para hacerse perdonar su pecado de no dominar las nuevas tecnologías. ●

Hipólito G. Navarro

Ecuación de los amagos

De este lado, desde la mismísima mesa donde los almuerzos, las escrituras y el parchís, según se mira a mano derecha, queda la puerta entreabierta del pasillo, donde se alinean en orden de más cercano hasta la parte del fondo, que no se ve muy bien desde aquí, tres macetones de aspidistras, una ventana cerrada, el cuadrito que pintó Águeda, la percha con sus colgaduras, la esterilla que está dentro porque afuera la mean los perros del vecino, y en la oscuridad, ya no tan definidos, se supone que el telefonillo de la puerta, los magnetotérmicos, dos plintos caídos y claro, inevitablemente, el paragüero. O sea, más o menos un pasillo estándar. Bueno, pues ahora en el suelo del pasillo están los amagos, esas cosas arrugadas.

Los cuento así con el dedo: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Siete amagos, todos calificados tipo CH. Tardes así me vienen, y no se puede hacer nada; me digo suramericanamente: ¡Che, qué tarde jodida!, y les tiro otro amago, y van ocho.

Por la espalda, acercándose sibilina desde el sofá, Águeda me espía sumariamente, y aprovechando que estoy sin camisa, con las tetas al aire, me rodea por detrás y me abraza, compensando el apretón de la inspiración con un digamos técnico sobeo de pezones que pretende más cosas.

Quita, quita, le digo, y recomienzo otra vez, pero Águeda ya va lanzada vientre abajo buscando la cremallera, y siento en la espalda el calor duro empujando; ¡que no, que no!, le digo. Nada, sigue; tiene una facilidad olímpica con las cremalleras. Ya no uso braguitas, eso era una ruina. Voy a pelo, sin conocimiento. Entonces me mete mano directamente, qué bruta eres, Águeda, más te valía recoger los amagos del pasillo, le digo, y se los señalo con el dedo índice que no me da tiempo a recoger, pues ya me lo coge y se lo lleva a la boca para sus lujuriosas imitaciones. ¡Deja, deja!, le digo. Pero es inútil, siento la espalda mojada, recorrida por su virilidad, ¿para qué vamos a engañarnos?

En fin, ya que estamos... Nos vamos a la cama, no sin antes lanzar otro amago al pasillo: o sea, nueve.

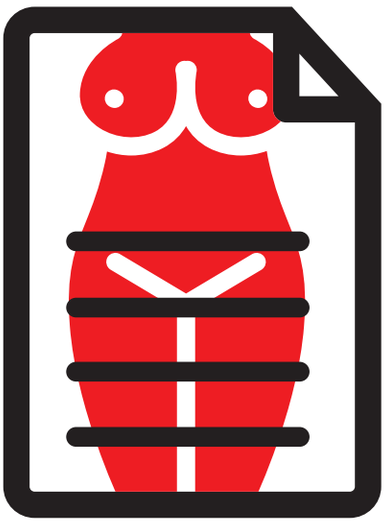
Pero las cosas hay que hablarlas: Vamos a ver, Pedro, yo estaba inspirada, y mucho. Habíamos quedado en que la ecuación se respetaba por encima de cualquier otra cosa: Yo inspirada escribiendo = tú de inmediato Aguedita que me preparas almuerzos y cenas, la plancha resuelta, la vajilla reluciente, cocinilla limpia, y del regado de macetas ni te acuerdas, Pedro, ¿o es que no voy a poder escribir a teta descubierta si me place? Querido, las consecuencias de esposa escritora para que presumas y ligues a mis espaldas pasan por tus obligaciones de Águeda. Esto de que vayamos a la cama así como así —¡hay que ver cómo me has puesto la espalda!— es una concesión excepcional que no se repetirá más veces.

(Me mentiría a mí misma si no pensara yo que en realidad lo mejor es esto, Pedro aquí encima con los ojos cerrados (si te vieras la cara, querido) y los movimientos tan eléctricos. Porque en definitiva nueve amagos tipo CH, a un paso de las llamas de los tipos D, ni tan siquiera con un mínimo acierto para el cajón de arreglos de los C o las esperanzas ya más concretas del archivador de tipos B. Si me llega a salir un tipo A, directo, el verbo en su sitio, el adjetivo zancadillón, la trama tramosa, el argumento argumentoso, enseguida iba a estar Pedro ahora debajo hincándome el deseo. Ah, no, querido, me llega a salir un tipo A, directo a la imprenta, y te la tenías que montar en el baño.)

Pero bueno, Pedro, ¿terminas o no terminas? La proporción es de locura: yo tres o cuatro veces y él... (si te vieras la cara, querido). Da tiempo a que la inspiración vuelva, los dedos adoptando ya la forma para coger el bolígrafo y con esa forma dándole a él golpecitos en la espalda (¿pero otra vez encima?): Vamos concluyendo, Águeda, le digo. Yo sé que es un poco mala leche, ya, pero están los acuerdos, las normas de convivencia: Yo saco la basura martes y viernes. La compra. Los papeleos del banco. Lo cotidiano. Pero si me viene la inspiración, de súbito, los folios y las tintas, yo ya no estoy, querido, tú debes volver, Águeda, asistenta, criadita mía. Te la puedes empapelar. Es lo acordado, Pedro. ¡Quita, quita!, le digo. Los *kleenexs* en la mesita de luz, el cigarrillo que quedaba, y oírlo: No puedo, carajo, no puedo; no me lo explico.

Dejarlo, es mejor dejarla. En la mesa están los folios, el bolígrafo, empezar, recomenzar. Para mayor sorpresa mía, cierto tejemaneje autobiográfico se dispara y sube los tipos de interés: tipo C, tipo B, quién sabe si incluso y posible un tipo A, puro, para no tocar ni una coma.

En definitiva son solo nueve amagos en el suelo del pasillo: varios intentos de poesía arrugada, dos comienzos de relato arrugados, los otros ni me acuerdo, quizá dibujitos en el folio blanco buscando un comienzo. Allí, en la cama, el amago de Pedro-Águeda con la cosa pequeñita insatisfecha. Yo, escritora, con las tetas al aire. Sale Águeda con los ojos como de haber llorado. Lástima. Entre dos frases de la escritura se lo digo: Nena, me vas a tener que ir por tabaco. ●



MONTAJE CON ICONOS DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961) es autor de una novela, ***Las medusas de Niza*** (premios Ciudad de Valladolid 2000 y Andalucía de la Crítica 2001) y de los libros de relatos ***El cielo está López*** (1990), ***Manías y melomanías mismamente*** (1992), ***El aburrimiento, Lester*** (1996), ***Los tigres albinos*** (2000) y ***Los últimos percances*** (2005, Premio Mario Vargas Llosa al mejor libro de cuentos publicado). Sus relatos, traducidos a nueve idiomas, están recogidos en numerosas antologías del género en España y Latinoamérica. La antología ***El pez volador*** (2008, Premio El Público de narrativa), preparada por el escritor Javier Sáez de Ibarra, ofrece una cuidada selección de sus cuentos.

Flavia Company

Un secreto y un cuento

Se publica aquí un cuento *que pertenece a mi libro* **Por mis muertos** *(Páginas de Espuma, 2014).*

Cuando Jaime Priede me pidió que colaborara en este número, y me dijo que podía hacerlo con un relato inédito o no, pensé que sería oportuno presentar algo inédito, sí, pero en referencia al orden del texto y no a su contenido.

Hay un secreto que gravita sobre el relato «La llama de la vida», y es que se publicó al final en el orden que sugirió el editor, Juan Casamayor, tras leerlo. Porque nos pareció bien a los dos, porque le vimos la gracia a esa posibilidad reversible.

Entrego ahora el cuento tal y como fue concebido en un principio, es decir, en su orden primero. La parte «Uno» sigue siendo la que era e igualmente la «Dos». Quien desee compararlo con el texto que apareció publicado en el libro, no tiene más que invertir el orden de lectura, pues, por lo demás, es idéntico.

Sin duda el significado cambia en algunos sentidos. Y es curioso porque, como la mirada de la Gioconda, el relato parece mirar hacia donde uno está.

La llama de la vida

Uno

Estamos en un pequeño pueblo de la costa gallega cuyo nombre no necesitamos conocer para imaginar a los cinco marineros que discuten, tiempo antes de que amanezca, acerca de la conveniencia de salir a pescar en ese día que amenaza una tormenta como no se veía desde hacía tiempo. Están sentados alrededor de una mesa, en el único bar abierto cercano al puerto, y los que se muestran a favor de la salida gritan más que el único que, avergonzado por su aparente pusilanimidad, se manifiesta en contra. Es el más joven. Es soltero. Los otros cuatro están casados, y ya antes de salir de sus viviendas han tenido que batallar con las esposas. Poco queda por discutir, en verdad. Si no quieres salir, te quedas y en paz, le dice al joven uno de los hombres. Pero hoy habrá buena pesca, te lo aseguro. Acto seguido, se levanta para marcharse. Los otros tres lo siguen. Se calan las gorras y salen a la calle. El joven tarda apenas unos segundos en reaccionar. Se levanta de la silla con tal ímpetu que la tira al suelo. Su intuición no le despierta tanta confianza como la experiencia de aquellos cuatro viejos lobos de mar.

Sopla un viento frío. Llueve. La cubierta del *Terranova* resbala. Maniobrar con las manos mojadas convierte los cabos en cuchillas. Se abren heridas anteriores. Y otras nuevas. No ha salido casi nadie, dice el joven a los dos compañeros que faenan con él en cubierta tras echar un vistazo a la cantidad de embarcaciones que permanecen amarradas. No recibe a cambio más que un encogimiento de hombros. No van a cambiar de opinión. Las decisiones se toman una vez nada más. Por eso se llaman decisiones.

Zarpan. Hay poca visibilidad. Nada más cruzar la bocana, el barco empieza a dar pantocazos. El patrón procura no encarar las olas con la proa. Ha decidido navegar hacia la zona que durante esa última semana había ocupado el *Costa Galega*, más grande y más veloz que ellos. Al salir de puerto ha observado que seguía allí atracado, oscuro como una ballena. Dice, vamos adonde el *Galega*. ¿Estás seguro?, pregunta el otro. Asiente el patrón y el otro se conforma, pero le ha parecido lejos y se pregunta por qué ha decidido, a pesar de las previsiones meteorológicas y de su conocida prudencia, recorrer tantas y tan difíciles millas.

Tras hora y media de travesía, la lluvia arrecia. Los tres que estaban en cubierta se refugian en cabina. Beben un poco de aguardiente para calentarse. El patrón consulta el GPS y comenta que ya falta poco. Entonces el hombre que va a su lado fija la vista en el mar. Parece que va a decir algo, pero no le sale la voz. Señala con el dedo. Insiste. El patrón mira y no ve. El otro, como si estuviera hipnotizado, permanece quieto, con el brazo en alto, señalando. Traga saliva. Y entonces se oye el golpe. Se resiente el *Terranova*. Tardan pocos segundos en comprender que probablemente el tronco inmenso cuya presencia intentaba denunciar el que señalaba ha creado una vía de agua. Los otros tres han corrido a reunirse con ellos. Qué ha pasado, qué ha sido ese ruido. Bajad a ver, bajad a ver, dice el patrón. Para motores. El joven, asustado, ya está abajo. Entra agua, entra agua, grita. Hay una vía de agua por babor, en la línea de flotación. El patrón piensa deprisa, tienen poco tiempo. Hay que escorar el barco y dejar la vía de agua fuera del mar. Lastre, lastre, chilla. Buscad todo lo que pese y trasladadlo a estribor. A pesar del frío, los hombres sudan por el esfuerzo. De pronto son capaces de mover pesos imposibles. El *Terranova* empieza a escorarse. Vamos, vamos. Se oyen gritos. Ruidos de anclas y cabos que se arrastran por la cubierta empapada. De tablas, de cestas. De todo. Por fin lo consiguen. A la vía de agua solo llegan los rociones del mar encabritado. Alguno de ellos tiene que colgarse por fuera del casco para tapar la vía. Necesitan repararla lo mejor posible para ser capaces de regresar a puerto. Si no lo consiguen, tendrán que abandonar el barco. Los cuatro marineros casados, con varios hijos, miran al joven soltero que no sabe lo que es ser padre. Te toca a ti, le dicen con los ojos. El muchacho va a decir que no, pero entretanto se ata a una línea de vida, se pertrecha con las herramientas necesarias y se acerca a la borda. El mar se lo va a tragar. Se me va a tragar, dice en voz baja. No se lo dice a nadie, ni siquiera a sí mismo. Se tira. Tarda en estabilizarse. El viento y el balanceo del barco lo llevan de un lado a

Flavia Company (Buenos Aires, 1963) es escritora, traductora, letrista, poeta, crítica literaria, periodista y gestora cultural. Imparte clases de microrrelato en la Escola d'Escriptura del Ateneu Barcelonès y clases de cuento en el Máster de Creación Literaria de la Universidad Pompeu Fabra. • Tiene una larga trayectoria como narradora y su obra ha sido traducida al francés, portugués, alemán, holandés, inglés, italiano y polaco. • Entre sus novelas cabe destacar ***La isla de la última verdad, La mitad sombría, Dame placer*** o ***Que nadie te salve la vida.*** Entre sus libros de relatos, ***Trastornos literarios, Género de punto, Con la soga al cuello*** o el más reciente ***Por mis muertos.*** Como poeta ha publicado el poema narrativo ***Volver antes que ir;*** recientemente han visto la luz, en forma de discolibro, los poemas de su ***Libro de oraciones,*** en compañía del contrabajista y compositor Jordi Gaspar. • En la Web: <www.fcompany.blogspot.com>. • En *Facebook*: <www.facebook.com/itinerariosdeescritura.flaviacompany>, <www.facebook.com/flaviacompany>.

otro, lo golpean contra el casco hasta que por fin consigue apostar los pies de un modo más o menos seguro. Desciende hasta la vía. Es peor de lo que pensaban. Está empapado. Le tiemblan las manos. De frío. O quizás de miedo. No quiere morir pero presiente que ese va a ser su último deseo. Una ola inesperada lo abate. Pierde el equilibrio y queda colgando. La línea de vida se le enreda en el cuerpo. Lo aprieta contra el casco. Se da cuenta de que, así, es imposible que los demás intenten izarlo. Tiene que cortar el cabo que lo sostiene. Se va a caer al agua. Y allí va a tardar pocos segundos en desaparecer. Y en ese instante piensa que son las seis y media de la mañana. Solo él va a saber la hora exacta del inicio de su muerte.

Dos

Estamos en Barcelona. A la salida de una discoteca, cerca de la orilla del mar. De madrugada. Cinco hombres jóvenes discuten. Cuatro de ellos quieren seguir de juerga y el quinto prefiere regresar a casa. Es el único soltero. Siempre nos cortas el rollo, le dicen. Podéis ir sin mí. Le contestan, si salimos juntos, volvemos juntos, aquí no se raja nadie; cásate y verás que se te quitan las ganas de volver. Ríen. Hace frío en la calle, pero tres son fumadores. Uno de ellos, el que parece llevar la voz cantante, propone ir de putas. Da una última chupada al cigarrillo y comenta, conozco un lugar que está muy bien, y no es nada caro, y empieza a caminar; invito a taxi, añade. Los otros tres casados acatan la propuesta sin rechistar. El soltero, en cambio, los sigue con la vista sin moverse. Se frota las manos y les echa el aliento para calentarlas. Yo paso, dice, pero justo entonces comienza a caminar hacia ellos, que discuten con el taxista para que acepte llevarlos a todos. Por fin accede. Cuatro atrás y el último en llegar, de copiloto, el lugar más peligroso en un automóvil, en caso de accidente, piensa el soltero al sentarse, y también se pregunta por qué permite que lo arrastren, por qué extraña pirueta del destino él tiene que estar ahí y no en otro lugar. El taxi lleva la música a un volumen muy alto, así que apenas puede oír lo que comentan sus amigos en la parte de atrás. Le parece que en algún momento se burlan de él, incluso que lo retan a algo, pero él sigue con la mirada hacia delante, observa que se pasan semáforos en ámbar, espía con curiosidad el velocímetro, podrían multarlos en cualquier momento. Barcelona está desierta a aquellas horas, dentro de un rato empezará a levantarse la gente para ir a trabajar, y ellos apenas tendrán tiempo de darse una ducha antes de llegar a la oficina. Son compañeros de trabajo y se han propuesto salir juntos el primer jueves de todos los meses. Aquel es el segundo jueves y él ya está harto. Va a ser el último, piensa, así que decide aguantar hasta que los otros decidan. No va a quedar mal por un día. El taxista se detiene. Han llegado. Bajan. Fumemos antes de subir, propone el que ha invitado a taxi, y saca el paquete de Winston y una caja de cerillas. Hace viento y se le apagan en cuanto las enciende. Acerquémonos al portal, aconseja. Y ahí sí, la cerilla aguanta. Enciende el suyo, luego acerca la llama al siguiente y cuando llega al soltero avisa que aquella es la última cerilla. Sin embargo, el hombre no acerca el cigarrillo sino que sopla para apagarla. Comenta, si enciendes tres cigarrillos con la misma cerilla, matas a un marinero; acabo de salvarle la vida a alguno. Entonces mira la hora y dice, son las seis y media, a las ocho me abro. ●

ICONO DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

Ángel Falcón

Fui yo

Hoy he vuelto a ser el que fui. Retrocedo, retrocedo. A través del hilo del tiempo, a través de una oruga de oscuridad. Me sitúo en el corredor alfombrado del palacio presidencial y veo pasar una manada de elefantes, ánforas desvencijadas, litros de sangre espesa, ríos de cemento, un rascacielos desfallecido, falanges de hoplitas. Retrocedo y ya estoy a mi lado. ¿Cómo era yo entonces? ¿Un inocente? ¿Un cínico? Pero no quiero pensar en eso. Solo quiero contemplarme, olerme, escucharme. Estoy sentado en un sofá de nobuk. Observo el cuerpo que era, como una hoja de calco. Las manos finas y no arrugadas, el mentón firme y no ese pocillo de carne que bojea la garganta. Esa piel que ya no tengo. Trato de hablar conmigo pero es imposible. Aprehendo el aire, me empapo de mí, no en el recuerdo sino en la realidad. Es tal el esfuerzo que me hierven los huesos. Retrocedo, retrocedo. Hoy es pasado. Hace cuarenta y un años yo no era ese viejo que soy. Hace cuarenta y un años era ese hombre que tengo delante y al que puedo tocar, que se anuda la corbata en el *office*, que sorbe café amargo; las fotografías de mis hijos, tan chicos, distribuidas por una mesa de caoba. Insultantemente joven. Un asesino. Yo estaba a punto de convertirme en un asesino en serie, lo lamento.

Me acompaño y recorremos pasillos enmoquetados. El ascensor. Me hablo, le hablo, pero no me escucha. En la calle huele a *smog* y a pan frito. Es la misma avenida; hace cuarenta años. Berlinas de líneas rectas, *blazers* pasados de moda. Qué pelambrera más hermosa tenía; ya es una sombra. No puedo pararme, aunque quiero, porque pierdo su estela, mi rastro. Me gustaría asimilarlo todo, recogerlo entre mis brazos, respirar hondo para vivir lo ya vivido. Me sigo hasta que llego al coche. Me abren la puerta y me cuelo dentro. Yo salvé la vida.

Me desato de quien fui porque me produce un fuerte dolor abdominal. Desando el gusano del tiempo y vuelvo al presente, cuarenta y un años después. En la biblioteca presidencial me recupero del esfuerzo, del impacto de tenerme al lado tal y como fui. La artrosis taladra [☞]

Ángel Falcón (Madrid, 1965). Ha pasado la mitad de su vida en Asturias, donde lleva veinticinco años ejerciendo el periodismo. Desarrolló casi toda su carrera profesional en *La Voz de Asturias,* donde fue columnista, redactor jefe y subdirector. También fue integrante del equipo fundador de *El Periódico de Gijón.* En la actualidad es el responsable de la edición diaria del periódico digital *Asturias24.* Es autor de la novela ***La reconversión humana*** (Trea, 2015), que ha supuesto su debut literario.

mi cadera pero busco en los estantes. Los encuentro, diseminados. Kamen, Eliot, Azaña, Maltby, Vicens Vives, Parker, Menéndez Pidal. La pasión que anudó mi vida. Incluso en mi radicalismo juvenil nunca dejé de descifrarlos. Conozco párrafos de memoria. La Historia y mi historia. El Imperio que fue y que estuvimos a punto de recobrar. Las lecturas que me han hecho ser el que soy. Durante los tres años que pasé en prisión, todos esos volúmenes fueron mi alimento; el engranaje que evitó el suicidio.

El latigazo en la cadera reverbera como el chasquido de la carabina M4 en Faluya o de un fusil M14 en Samarra. Como esas nubes de fósforo blanco que cayeron en algún momento de 2004, en algún villorrio polvoriento señalado en un mapa de la operación Phantom Fury. Los muertos se asoman por el corredor del palacio presidencial, se agolpan entre los tapices, vienen a por mí.

Soy el primer presidente de la Tercera República. Soy ese viejo que fulminó a los Borbones. El azar y mi Dios me han dado una segunda oportunidad. Era pública y notoria mi desafección: yo no me parapeté tras una columnata jónica. En la cárcel, en las noches de guardia en las que temía ser agredido o asesinado, soñaba que llegase el momento de desenmascarar la gran patraña monárquica. Felipe y Letizia solo alargaron la agonía, el último graznido; ellos negaron mi indulto. En los años de exilio en Nueva York, tras mi salida indecorosa del presidio, fragüé mi venganza. Conseguí recopilar decenas de documentos que acreditaban los pagos que el IBEX 35 había vertido sistemáticamente a las cuentas de la familia real. Los testaferros son siempre la pieza más débil del ecosistema infectado. Puse en marcha una campaña de difamación mayúscula; en el camino me acompañaron periodistas sin escrúpulos y jueces y fiscales imbéciles. Facturas ficticias, trampantojos que sirvieron para sembrar dudas en un país de crédulos. El complot fue un éxito. Las mentiras no existen, solo las verdades a medias.

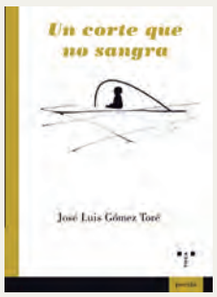
No tuve indulgencia. Menos aún con los CEO que me habían abofeteado años antes, cuando el agujero fiscal me llevó a la penitenciaría, cuando los tribunales internacionales pedían mi cabeza como si fuese un rey nazarí. Sabedlo: mi Dios no es compasivo. Me llevé también por delante a una docena de magnates. Disponía de información: un cúmulo de hechos y un aluvión de suposiciones falsas: es decir, creíbles, es decir, verdaderas. Ahora campan a sus anchas en Londres y París, con pensiones millonarias en *stock options*, leyendo el *Financial Times* con nostalgia, un *dry* Martini en la mano y el culo de una furcia en la otra. Rumian como bueyes, con sus barrigas desbordando el terno, todavía asombrados ante aquella arroyada, aquel *blitzkrieg* que en solo un mes convirtió este país en una república y a mí en su presidente. Volví del exilio aclamado, como esas viejas fotos de Di Stefano levantando las copas de Europa en las escalerillas del turbohélice.

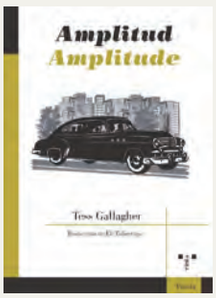
Ya están aquí, son los espectros dolientes. Me asaltan mientras releo a Kamen y su cirugía afilada del Imperio perdido. Es de noche en palacio. Regresan como todos los días. Hacen como si no me viesen. Gimen, aúllan, alzan las manos, se abrazan a sus muertos, usualmente niños de dos o tres años agujereados a balazos. Son madres o padres; ellos con bigote y ellas con hiyab. Yo me levanto e intento echarlos de la estancia; me molesta esa exhibición de sentimientos tan tercermundista. Es inútil. Cuando al fin me duermo, se evaporan. Sé que volverán al día siguiente. Los espero. Me arrepiento.

Retrocedo, retrocedo. Quiero volver a esos días prósperos; no lo consigo siempre. Es mi subconsciente el que me conduce ahora hacia la boda de mi hija. El monasterio de El Escorial es como un *axis mundi*, un eje alrededor del cual todo gravita. En su traza universal también está el Imperio perdido: incluso se oyen los ecos de Yuste. Allí se encuentra el pudridero real, que es la metáfora de una monarquía devastada por la historia. Allí fui felicísimo una tarde; la deslumbrante belleza de mi hija y su vestido blanco reflejados en los muros cartesianos de Juan de Herrera, los focos de medio mundo observándonos: el éxtasis, la consumación de un sueño. La grandeza entre amigos. Muchos invitados —vinieron un millar— me dieron luego la espalda; me tomé la revancha.

He sido capaz de reinventarme como Dionisio Ridruejo, a quien tanto admiré. Soy un español viejo y nuevo. De sangre fresca, fieramente antimonárquico. Sobre mi cabeza se asienta el peso de la Tercera República, una tierra feraz. No desfalleceré en el empeño, conozco bien los intestinos de la política. Sé lo que es el aplauso y la palmada en el hombro, la euforia de la victoria, el espadazo en la columna vertebral. Los disfruté a mi regreso, triunfal. Multitudes agolpadas en las calles, el saludo final desde el balcón, la bandera tricolor como un mar interminable. 1931, casi un siglo después.

Aquí, en la biblioteca, recibo las lecciones de Felipe II, un rey católico de mano fuerte que hoy sería republicano y agnóstico. Leo a oscuras. Sueño despierto, vivo con los ojos cerrados, hablo desde la mudez, recuerdo con dolor, lloro a diario, camino hacia atrás. Retrocedo, retrocedo. ●





POESÍA

Camino de las cárceles
Luis Fernández Roces

El sol tras el bosque
Robert Hass
Traducción de Andrés Catalán

Marco Valerio Marcial. Antología de epigramas
Marco Valerio Marcial
Traducción de Pedro Conde Parrado

Antología poética
Stanislaw Baranczak
Traducción de Antonio Benítez Burraco y Anna Sobieska

Amplitud / Amplitude
Tess Gallagher
Traducción de Eli Tolaretxipi

Pronóstico del tiempo
Daniela Martín Hidalgo

Un corte que no sangra
José Luis Gómez Toré

Hernán Cortés nº 10
Ricardo Labra

NARRATIVA

Camposanto en Collioure
Miguel Barrero

La reconversión humana
Ángel Falcón

Instante en Lucio Fontana
Ángel Falcón

AFORISMOS

Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012)
José Ramón González

La ventana invertida y 130 paradojas más
Miguel Catalán

Artificios
Fernando Menéndez

Salpicaduras
Fernando Menéndez

Nunca mejor dicho
Karlos Linazosoro

TREA

www.trea.es

Ediciones Trea • C/ María González, la Pondala, 98, nave D • 33393 Somonte, Cenero, Gijón (Asturias), España • Tel.: (34) 985 303 801 • trea@trea.es

Javier García Rodríguez

La mano izquierda es la que mata

Todos tenemos un océano garantizado.

Lo sé porque lo ha repetido varias veces con voz algo monótona pero con emoción nada contenida un profeta barbudo y con turbante en uno de esos documentales de un canal digital con el que Sally-Ann-Algo ameniza mi sobremesa de una cena a base de sándwich de jamón york con queso para fundir, una pieza de fruta y una copa de vino tinto.

Un océano. Un mar para mí solo. No sé si es una imagen, una hipérbole o una amenaza. Pero sé que no es un consuelo.

Y entonces el dolor insoportable que taladra las sienes, el ahogo, el ordenador portátil abierto en la página de inicio de *Google*, la sensación de asfixia que tapona los sentidos poco a poco embotados, la sandwichera aún enchufada en la encimera de granito negro de la estrecha cocina, las células que mueren dentro de mi cabeza, la opresión en la garganta, el temor de no saber lo que está pasando pero presentir que nada bueno saldrá de todo ello, el vaso sanguíneo que se rompe y provoca una hemorragia que va extendiéndose por el cerebro y lo anega, el entumecimiento en el rostro, los gestos inútiles, la parálisis en la mano derecha, en la pierna de ese mismo lado, la confusión, la dificultad para hablar, la pérdida de visión, el mareo perceptible, el equilibrio desaparecido, la abrumadora descoordinación, los movimientos a cámara lenta, varado en una orilla inexistente, el teléfono móvil tan cerca y tan lejos, tres números únicamente, uno, uno, dos, la conmoción, la sacudida, el estremecimiento. Y yo en ese momento, en los pocos segundos o minutos que tal vez me queden de vida —esto es serio, amigo, me dice el apuntador en la consueta, se acabaron las bromas en esta representación—, yo, el actor principal en esta pantomima que amenaza con convertirse en tragedia, en vez de ver pasar toda la historia de mi vida en vivísimas escenas —qué paradoja— que se despliegan como un videoclip de los años ochenta, o de avanzar por un túnel que me conduce a un espacio luminoso que presagia una existencia eterna, que me desembarca junto a un ser de luz de esos en los que nunca he creído (esta promoción viene con el *pack* completo, estimado usuario), o de acordarme de las personas a las que he amado y que me han amado, o de pedir perdón a aquellos a los que he dañado de palabra, obra u omisión, o de rezar; en vez de todo eso, quizá debido a la pendiente por la que ya se desliza mi débil pensamiento —qué posmoderno has sido siempre, qué sujeto tan diseminado—, o quizá por los estragos de esa corriente sanguínea inesperada que lleva ya un rato anegando espacios sanos hasta convertirlos en cenagosos pantanos cerebrales y cortocircuitando sinapsis neuronales, o quizá por el inseguro azar que me lleva a saber que nada malo va a pasar si todavía queda el humor, ay, el humor, qué cachorrillo inoportuno y maleducado haciendo cucamonas y enroscándose a mis pantorrillas en un momento como este, en este trance que puede abocarme a la muerte, y qué es la muerte pienso también, pero apenas consigo concentrarme en asunto tan abstracto, quizá por todo eso, el *twist* de las dudas y las hipótesis, yo trato de recordar literalmente el salmo 136, si puedo recordar algo tan inesperado y tan intrascendente, tan lejano, me digo, podré mantener la serenidad y disimular así, con cierto aire de displicencia y algo de descaro, el dolor inaudito ante la presentida muerte, el deseo de que todo termine ya, el salmo aquel que relata el modo en que los israelitas son obligados a entonar cánticos para sus enemigos babilónicos: «... que se me pegue la lengua al paladar, que se me paralice la mano derecha». Ajá, aquí está. Eso es. Aún tengo una posibilidad. No estoy vencido. «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías». Y añado como banda sonora la versión que hizo el cuarteto Boney M., *By the Rivers of Babylon*, el cantante no era tal, sino un *showman* gesticulante incapaz de entonar dos notas seguidas, mientras caigo al suelo sujetándome la sarmentosa mano derecha que se aferra a un asidero inexistente, sin fuerzas ya, apenas perceptible ya el latido, con gritos que no consiguen salir de los labios, sin oponer resistencia, y me dejo llevar, y veo a mi madre en una cama de hospital, *by the rivers of Babylon*, diciéndome se hace tarde, vete a casa ya, te esperan, yo estoy bien, y cambia la música en mi cerebro, y los ríos de Babilonia se convierten en otra canción de Boney M., un mix entre la balada dedicada a El Lute y el feliz navidad, feliz navidad, feliz navidad, próspero año y felicidad.

Navidad.

El fisio que me había atendido durante mi rehabilitación, un peruano en pleno proceso para conseguir la nacionalidad y que tuvo que pasar por inauditos exámenes de españolidad de los que me hablaba de manera muy seria, me lo había dejado muy claro. Un accidente cerebral tan grave como el suyo, me advirtió al despedirnos, deja secuelas irreversibles. De modo que era necesario que continuara por mi cuenta con los ejercicios de recuperación, de mantenimiento y de fortalecimiento muscular. De no ser así, quedaría sin efecto gran parte de lo que había conseguido en la rehabilitación temprana. Cuando salí del hospital después del ingreso urgente, la operación a vida o muerte, una estancia de diez días en la UVI y una hospitalización de veintiún días más, la seguridad social, la SS, por mano de uno de sus inspectores médicos, tan magnánima y generosa, me había prescrito treinta sesiones de fisioterapia, una por cada año de dedicación a la enseñanza y de legalísimos porcentajes detraídos religiosamente de mi nómina. Y la jubilación forzosa.

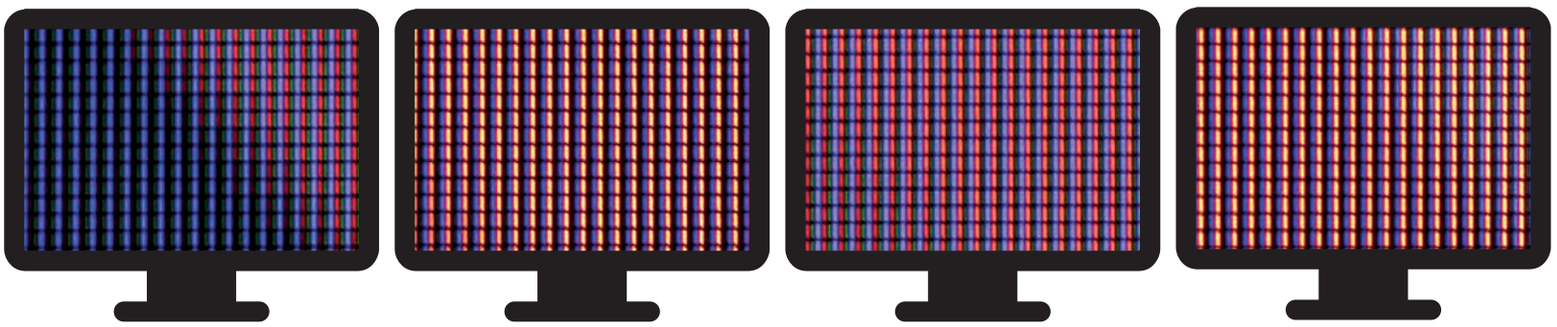
•••

Cada día llegas con tu libro. Una vez trajiste el *e-book*, pero te resultaba más incómodo, no sé muy bien por qué. Coges tus libros de la biblioteca pública, casi siempre novedades, novelas actuales españolas, autores contemporáneos. No he conseguido intuir tu criterio para seleccionar las lecturas. De nada me sirve hacer conjeturas. [☞]

Javier García Rodríguez nació en Valladolid en 1965. Es profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Oviedo. Ha publicado los libros de poemas ***Los mapas falsos*** (Premio Letras Jóvenes de Castilla y León), ***Estaciones*** (KRK), ***Qué ves en la noche*** (Ediciones del 4 de Agosto) y ***La tienda loca*** (Pintar-Pintar, con ilustraciones de Edgar Plans). Como narrador es autor de ***Mutatis mutandis*** (Eclipsados), ***Barra americana*** (Delirio) y la reciente novela juvenil ***Un pingüino en Gulpiyuri*** (Oxford University Press). Parte de sus colaboraciones en prensa están recogidas en el volumen ***Líneas de alta tensión: literatura crónica que viene a cuento*** (Septem). El relato inédito que presenta es parte de su obra ***La mano izquierda es la que mata.***

No te interesa en absoluto la *master class* de zumba, ese baile más o menos caribeño o sandunguero que se presenta hoy públicamente en el gimnasio y que ha congregado por lo menos a cien practicantes novicias, neófitas del zumba pero aguerridas seguidoras del *bodypump* y del *aerodance*, del *spinning* y el pilates, un ejército de hijas adolescentes con sobrepeso de madre y de grasa, de madres de muy buen ver de hijas adolescentes, de madres adolescentes, de maestras de primaria con estrés, de muchachas con aspiraciones de gogó, de amas de casa con cierto sobrepeso de marido y con talento para el tacón-punta-tacón, de universitarias antes del periodo de exámenes, de un par de abuelas jóvenes, de funcionarias de la Agencia Tributaria que huyen un rato de sus casas, de vecinas del barrio invitadas por una socia (también hay tres o cuatro hombres, tratando de descifrar los secretos del ritmo), una tropa formada en hileras armoniosas, en columnas tajantes, un sistema de ataque romano bien manipulado: *asteras*, *princesas*, *triarias*, flanco protegido, línea basculante, canales intermanipulares, táctica de Zama, un regimiento que se desmelena a varios millones de decibelios —al menos, a mí me lo parecen— tratando de seguir la órdenes estrictas pero muy rítmicas de una monitora de sonrisa rizosa y permanente. Tú estás, como siempre, en tu bicicleta elíptica, has desaparecido para el mundo, el demonio y la carne, como el sujeto de algunas oraciones, como el tiempo en las elipsis narrativas. Llevas más de una hora de ejercicio constante, formas un solo ser con esa máquina, un ente mitológico, un engendro armonioso, un híbrido biónico, un mutante de cables y tendones, de plástico y de glúteos, una centáuride mecánica, una Filira posmoderna mitad mujer mitad yegua en continuo movimiento, un revoltijo hecho de pesas y poleas invisibles, de mecanismos ignotos, correas y controles de tiempo y calorías, de frecuencia cardíaca, cuerpo de máquina y cabeza humana con media melenita y mechas muy marcadas. El Olimpo del *fitness* y del *wellness* te ha escogido su reina, te ha rodeado de zánganos vigoréxicos y de guerreras uniformadas con culote y tirantes. Súbditos todos, cada uno en su espacio de fuerza, de velocidad, de carrera, de vuelos en la tierra que no consiguen superar las leyes del mundo terrenal: los titanes del *olympic military bench*, los hermes del *stepper* y del *leg extension*, los carontes del *Scott bench* y del *lower back bench*, los atlantes del *shoulder press*, los aquiles del *leg press* y del *rear kick*, los pólux del *wide chest press*, del *leg curl inclusive*, los héroes de la plataforma vibrante oscilante y de la *easy power station*, todos ellos bajo la atenta mirada de los quirones uniformados que educan con el ejemplo y amonestan con la palabra contenida. Tú emerges de tu espacio intransitado, mayestática y displicente, con tu rictus severo y tu conjuntado estilo *casual* de playeros morados y calcetín a juego, con tu cinta en el pelo sujetando mechones que se adivinan rebeldes, tus tirantes cruzados a la espalda, solo veo los rombos de tu espalda, tu cuello enhiesto atendiendo a las páginas del libro, impasible, inmutable, muda. Las máquinas generan una energía colectiva que excede la dinámica del juego y del deporte. Figura en todas ellas un rótulo que anuncia, al lado de la marca Technogym, la línea de productos Excite. Y nunca una palabra mostró con tanta nitidez su referente.

En la hilera de televisores con los que nos entretenemos a marchas forzadas y olvidamos las pendientes imaginarias, sísifos de pacotilla, con el volumen apagado, como ventanas abiertas a mundos sin cortinas ni estores, programan imágenes que hipnotizan el ritmo y congelan el sudor. Campeonatos de selecciones internacionales de fútbol juvenil con partidos entre países como Ivory Coast o South Korea, arbitrados por africanos enjutos sobre los que destacan camisolas amarillas con brillos excesivos, por orientales ascéticos tratando siempre de ofrecer soluciones negociadas en las tanganas algo teatrales, o por caucásicos de mentón pronunciado y formas muy poco atléticas (fenotipo mutante a causa del sedentarismo, la sobrealimentación, los pesticidas quizás), sin público en las gradas, encuentros en los que la ausencia de ruido de fondo permitiría escuchar (pero ya he dicho que el volumen está en *mute*), a través de los micrófonos de ambiente, los gritos envalentonados de los entrenadores con sus venas del cuello marcadas en relieve, las voces de los muchachos que juegan a ser estrellas pidiendo el balón o insistiendo en un desmarque que no se culmina, los jadeos todavía casi adolescentes al terminar un *sprint* de ida y vuelta, el roce de los cuerpos en las refriegas lícitas o ilícitas, los choques, los tacos de aluminio clavándose en las espinilleras, también los otros tacos.



En la hilera de televisores con los que nos entretenemos a marchas forzadas y olvidamos las pendientes imaginarias, sísifos de pacotilla, con el volumen apagado, como ventanas abiertas a mundos sin cortinas ni estores, programan imágenes que hipnotizan el ritmo y congelan el sudor

Al lado, partidos de fútbol americano de la NFL con sus *quarterbacks* rubios y sonrientes de dentadura perfecta —las caries son aquí solo un oscuro recuerdo de épocas pasadas, la ortodoncia ha sido la nueva religión, los *brackets* se convirtieron hace ya décadas en los nuevos lábaros sagrados— criados en las *farms* del Midwest o en los *suburbs* esterilizados de Nueva Inglaterra (las calles del barrio residencial como campo de juego, el *backyard* como estadio, *daddy is the best coach in the world, mum*), muchachos con estudios superiores en Liberal Arts o en Fine Arts que tras el *snap* inicial lanzan pases medidos a panteras negras de cuerpos evidentemente encurtidos a base de anabolizantes todavía no prohibidos por agencias gubernamentales contra el dopaje y en pro del deporte limpio, y a base de gimnasios como quirófanos, mientras unos mastodontes algo obesos forzadamente embutidos en uniformes de vaga inspiración en la hormiga atómica los protegen del ataque de mastodontes algo obesos forzadamente embutidos en uniformes de vaga inspiración en la hormiga atómica, al tiempo que ellos tratan de avanzar yardas, *go, Tom, go!*, de conseguir el primer *down*, ahora sí vas a poder, Brady, el segundo *down*, recuerda a Joe Montana, el tercer *down*, tú eres de los nuestros, rostro pálido, tienes nervios de acero como Peyton Manning, mientras siguen intentando la odisea semanal de conducir el balón más allá de la línea que separa el éxito del fracaso, la odisea de inmolarse en el drama ritual con un horario preciso, ahora sí, lanza más bombeado, calcula la parábola, controla la potencia, imprime el giro más apropiado, ahora sí, vamos, *runner*, ya

la tienes, sigue corriendo, descuélgate de ese tipo que se ha pegado a ti como una grapa, amaga, continúa, cambia la dirección y el ritmo, ya lo tienes, recuerda a Marcus Allen, recuerda a O. J. Simpson, a Barry Sanders, eres una pantera con garras de terciopelo, atrapa ese balón, no lo sueltes ahora que ya es tuyo, aguanta el placaje, la tarascada, gira sobre ti mismo, como Jerry Rice, cruza la línea de *field goal*, échate ahora un bailecito con unos pasos que enardezcan a las multitudes ahítas de emoción a plazos, de hamburguesas, de *fries* y de hipercalóricos refrescos carbonatados, escupe tu protector dental azul cobalto, déjalo que cuelgue junto a tu casco cuando choques tu cabeza vencedora contra la de tu compañero, tu semejante, tu hermano, *bro*, porque ese pase, esa carrera, esa recepción, ese *touchdown*, son 200.000 dólares más el próximo año, es una mejora en el contrato. *God bless our country*.

Más allá, a dos pantallas de distancia, las atropelladas carreras de la IndyCar Series o de la NASCAR, y ya estoy dentro, este es el poder de sugestión de la tele, todo lo dentro que me permite una ambliopía en el ojo derecho, quizá de las 500 Millas de Indianápolis, en el circuito urbano de Barber Motorsports Park, en el óvalo de Pocono Raceway o de Iowa Speedway, en el circuito mixto de Mid-Ohio o de Sonoma, en la pista de Milwaukee Mile o de Fontana, no llego a distinguir el letrero que anuncia la sede de este premio, subsumido detrás de un inmenso cartel de cerveza Budweiser, la cerveza de los campeones, siguiendo las vueltas de prototipos estelares, afilados monoplazas con alerones hipertrofiados, o de vehículos de serie con sus poderosos motores turbo v8 de 850 caballos, tal vez sea el circuito de Daytona lo que no alcanzo a ver del todo o el Talladega Superspeedway de Alabama. Pilotos con trajes espaciales de colores chillones, naranjas, rojos, verdes deslumbrantes, casi niños que jamás han pensado en la muerte, que no saben lo que es el miedo, y adultos que desean, tal vez sin saberlo, llegar al final antes de su hora, borrachos de adrenalina, hombres-anuncio recubiertos de pegatinas de publicidad, tatuados de anuncios, pieles de alquiler en el mercado persa de las marcas, cuerpos contratados.

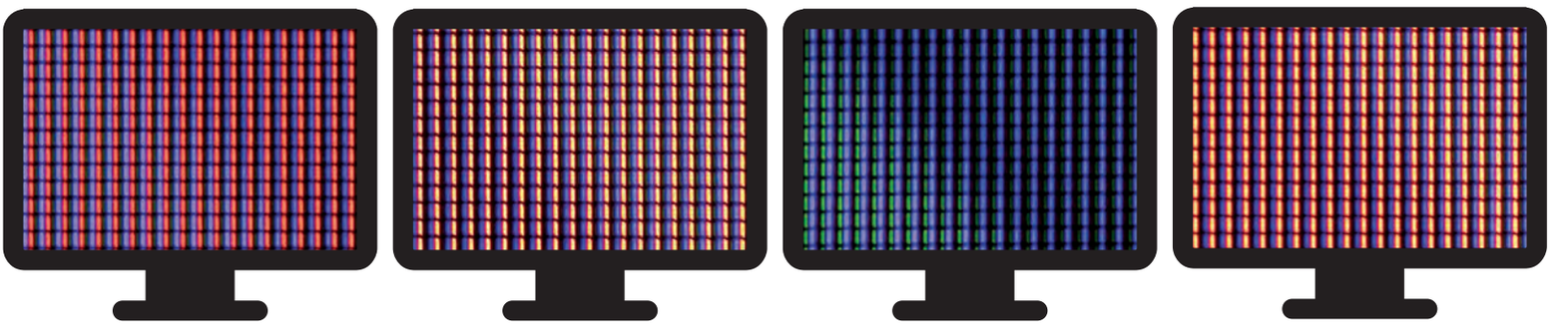
Unos pasos más allá, partidos atrasados de torneos de tenis máster mil o máster quinientos, eliminatorias de relleno, primeras rondas en grandes torneos retransmitidas por las cadenas deportivas, o choques de máxima actualidad entre elegantes zurdos con un revés a una mano cuyo trazo resulta imposible de describir, zurdos que no se inmutan, constantes, que proponen la belleza del golpe como resultado lógico de la técnica y de la precisión, y otros zurdos desatados morenos de verde luna, brazos de hierro, imprevisibles y espectaculares. Choques que exceden el deporte, sus metáforas y su memoria, carne de aedos, pasto para juglares contemporáneos con estética *grunge*, carne picada para hamburguesas de los cronistas del hoy.

Al fondo, en el último monitor que consiguen ver mis ojos, con más pena que gloria, un presentador anuncia un programa con las mejores comidas callejeras de los Estados Unidos, los *food trucks* más celebrados del país, una competición entre las hamburguesas con diez aderezos de Frites 'N' Meats, el mejor cuscús de Comme Ci Comme Ça, los burritos no tan pequeños, ni, por supuesto, tan peludos ni —parecen decir sus consumidores— tan suaves, de Calexico, los pastelillos y las galletas de The Treat Truck, todos ellos en Nueva York, que rivalizan con otros bocadillos de autor y de pastrami, pizzas pastosas con extra de bacón y salsa barbacoa, sándwiches de salami y gorgonzola, baguetes afrancesadas con quesos del Quebec y fiambres de Brooklyn, fajitas rellenas de carnes y de grasa, bollos glaseados en una cámara de glas disimulada bajo el salpicadero de la furgoneta-cocina, *hard boiled potatoes* a precios que parecen un asalto a mano armada, cremas que no se venden por la cara, falafeles, kebabs, *dürüms*, *lahmacuns*, un festival de comidas del mundo, de orígenes, tamaños y texturas extraterrestres, generosas salsas multicolores de formas siempre nuevas, *muffins* aromatizados con *toppings* eclécticos y grasas atoradas ya en la tráquea: el Gastro Bomber's de Dallas, el Grillenium Falcon de Fayetteville, el Maximus Minimus de Seattle, el Roving Mammoth de... un kit ambulante de supervivencia calórica para *gourmets* de acera, peatones hambrientos, paladares en hora punta, turistas ávidos y sin recursos.

Velocidad, frecuencia cardíaca, pendiente media, dificultad, presión arterial. Calorías. Quick start. Pause. Stop.

SPCinternet. 2 GB. Reference No: 8142P. Designed in Europe. Assembled in China. Playlist.

Every Breath You Take (The Police, *Synchronicity*, 1983). *Unchain My Heart* (Ray Charles, *single*, 1961). *Hotel California* (The Eagles, *Hotel California*, 1976). *I Will Survive* (Gloria Gaynor, *Love Tracks*, 1978). *Love Is in the Air* (John Paul Young, *single*, 1978). *Ain't No Mountain High Enough* (Marvin Gaye y Tammi Terrell, *single*, 1967). *Stand by Me* (Ben E. King, *single*, 1961). *Somewhere over the Rainbow* (Judy Garland, *El mago de Oz*, *soundtrack*, 1939). *The River* (Bruce Springsteen, *The River*, 1980). *Nothing Compares to You* (The Family, *The Family*, 1985). *I Will Always Love You* (Dolly Parton, *Jolene*, 1973). *Cell Block Tango* (John Kander, Fred Ebb y Bob Fosse, *Chicago*, 1975).



TRACK 1:

Every breath you take, / every move you make, / every bond you break, / every step you take, / I'll be watching you. // Every single day, / every word you say, / every game you play, / every night you stay, / I'll be watching you. // Oh can't you see / you belong to me? / How my poor heart aches / with every step you take. // Every move you make, / every vow you break, / every smile you fake, / every claim you stake, / I'll be watching you. // Since you've gone I've been lost without a trace. / I dream at night, I can only see your face. / I look around but it's you I can't replace. // I keep crying baby, baby please...

•••

—¿Qué, a machacarte un poco?
—Hasta donde pueda.
—¿Cuánto llevas ya?
—Un mes.
—¿Has notado mejoría?
—Al menos no he retrocedido.
—No es fácil, ya lo sabes.
—Nada es fácil.
—Paciencia.
—Paciencia.

Agustín Fernández Mallo

Como una ballena podrida, dijo
(inédito)

El informe al que inmediatamente me referiré viene firmado por un miembro de la CIA y ratificado, un poco más abajo, por un alto funcionario del Estado Mayor de los Estados Unidos. En él se asegura que Bin Laden, a fin de pergeñar, reunir la maquinaria necesaria y finalmente materializar el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, se habría visto directamente influido por la figura de Salvador Dalí. Los argumentos, que más adelante detallaré, se ven fundamentados en lo siguiente: cuando el 2 de mayo de 2011 el ejército de los Estados Unidos da muerte a Bin Laden, en los sótanos de su residencia encuentran centenares de revistas de economía y política internacional pero únicamente dos libros: una versión del Corán, y otro que los asaltantes no reconocen. El ejemplar del Corán, siguiendo el rito local, ardería días más tarde en la pira de objetos, ropas y demás pertenencias del muerto. Por el contrario, el segundo libro sería ocultado por el teniente al mando del grupo de asalto, quien una vez hubo regresado al campamento, y por la multitud de reproducciones de cuadros y dibujos de sus páginas, detectó que se trataba de un libro de Salvador Dalí. El motivo por el cual el teniente se hallaba familiarizado con la obra del pintor ampurdanés, se debe a un dato biográfico, un detalle sin importancia que en aquel momento vino en su ayuda: el año anterior, en el transcurso de un viaje que su hijo había efectuado a Europa, éste había enviado a la casa familiar, en Wichita, Kansas, numerosas postales con reproducciones de la obra de Dalí, compradas en la obligada parada en el museo de Figueres. El teniente —referido en el informe por las siglas A. A.—, guarda entonces el libro en la mochila a la espera de inspeccionarlo en detalle más tarde. Esa noche, ya en el catre, tras la llamada de Obama y las felicitaciones por el éxito de la misión, se percata de que el libro carece de señales y manchas, como si nunca hubiera sido leído, ni tan siquiera abierto, salvo un pequeño grupo de páginas centrales en las que abundan los subrayados en varios colores y toda clase de exclamaciones apuntadas a mano por Bin Laden. Desaparece entonces del informe el teniente A. A. para hacer aparición su redactor, B. B., quien asegura que tras consultar con los expertos en arte y literatura de segunda mitad del siglo XX de que dispone la CIA, éstos le informan de que el libro es *Diario de un genio,* de Salvador Dalí, y que las hojas maleadas se corresponde a los meses de agosto y septiembre de 1953, verano especialmente turbulento e intenso para el pintor ampurdanés, en el que frenéticamente había pintado dos de sus obras más destacadas, *Corpus Hypercubicus* y *Fidias.* Por lo que Dalí anotó en el diario, sabemos que esos días se halla especialmente obsesionado con el acabado de los muslos del Cristo representado en *Corpus Hypercubicus,* así como con los testículos de Fidias. Ello no impide que disfrute del paisaje, del mar, de Gala y de ocasionales visitas. El autor del informe, B. B., dice entonces realizar un hallazgo que considera capital para cuanto sigue: la única vez que en *Diario de un genio* —el cual abarca ni más ni menos que de 1952 a 1964— aparece una anotación de Dalí hecha un 11 de septiembre es el 11 de septiembre del año 1953, y es ése el año sobre el que, precisamente, Bin Laden hace la referida multitud de subrayados y anotaciones. Hasta entonces, el libro encontrado en la guarida del saudita tan sólo era una rareza histórica, una excentricidad de terrorista; a partir de ese momento empieza a cobrar forma la teoría de la inspiración ejercida por *Diario de un genio* en Bin Laden para perpetrar los atentados de las Torres Gemelas.

Reproducimos extractos del informe:

1. Según lo escrito por Dalí en *Diario de un genio,* el mes de agosto de 1953 lo dedica a pintar su conocido cuadro *Corpus Hypercubicus,* y se halla eufórico. En este cuadro aparece Jesucristo crucificado en unos cubos que, verticales, se erigen hacia el cielo, y que por ello ejercen la función de Santa Cruz. A mediados de mes Dalí cae enfermo del estómago. Casi al final del mes, se recupera, y lo anota. En su ejemplar, Bin Laden tiene subrayado este fragmento, del día 29:

Las palomas, que permanecían silenciosas estos últimos días, arrullan y toman el relevo de mi vientre enfermo y ruidoso, exactamente de la misma forma que el cordero sustituyó a Isaac en el sacrificio.

La identificación que hace Bin Laden entre las palomas y los aviones como elemento curativo de alguna clase de mal, es evidente.

2. El día siguiente, 30 de agosto, el terrorista subraya este párrafo:

Doy gracias Dios: mi enfermedad ha terminado. Me siento purificado. Pasado mañana podré reanudar el Corpus Hypercubicus.

En su subrayado, Bin Laden introduce exclamaciones. Recordemos que la cruz de *Corpus hypercubicus* está formada por una sucesión de cubos, como 2 Torres Gemelas cruzadas.

3. El 31 de agosto, Dalí escribe y Bin Laden resalta en color azul algo que sin duda podría ser lo que despertaría en él la imagen de los aviones entrando en las Torres:

Por la mañana, me he despertado con un batir de alas de un pichón que ha entrado en la casa (...). Este fenómeno no es debido únicamente al azar.

Y más adelante, ese mismo día, en color fucsia:

Empiezo a oírme en el exterior en vez de en el interior.

Lo que, a mi juicio, y por mi experiencia con alucinaciones experimentadas por terroristas fuertemente ideologizados, da a entender que Bin Laden comienza también a verse —a «oírse»— fuera de su círculo habitual, como futuro líder mundial.

Y también ese mismo día 31 de agosto, e igualmente destacada en fucsia, una frase a través de la cual parece dar el paso a la definitiva visión de sí mismo como ser sobrenatural:

Agustín Fernández Mallo (La Coruña, 1967) es licenciado en Ciencias Físicas. • Autor del **Proyecto Nocilla** (Alfaguara), consta de las novelas, ***Nocilla Dream, Nocilla Experience*** y ***Nocilla Lab,*** galardonadas con diferentes premios, traducidas a varios idiomas. Autor del libro de relatos, ***El hacedor (de Borges),*** remake. Su última novela es ***Limbo*** también editada por Alfaguara. • Es autor de los poemarios ***Yo siempre regreso a los pezones y al punto 7 del Tractatus,*** Creta lateral travelling (premio Café Món), ***Joan Fontaine odisea,*** Carne de píxel (premio Ciudad de Burgos de Poesía), ***Antibiótico*** y ***Ya nadie se llamará como yo,*** recogidos en ***Poesía reunida*** (Seix Barral, septiembre 2015). Su libro, ***Postpoesía, hacia un nuevo paradigma,*** fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo 2009. • Su blog personal es ***El Hombre que Salió de la Tarta*** http://blogs.alfaguara.com/fernandezmallo/

En el ámbito de los ángeles, todo es exterior. No se les concibe más que por sus manifestaciones externas.

4. El 1 de septiembre, aparecen subrayados pasajes de ascetismo y purificación, propios de quienes sienten estar entrenándose o haciendo preparativos de índole repetitivo para futuros combates:

Pinto la parte superior del tórax de Cristo. Permanezco casi en ayunas. Ingiero apenas unos granos de arroz. El próximo verano me encargaré una túnica hiperblanca para pintar. Cada vez me vuelvo más limpio.

Hago notar que días más tarde de los atentados, Bil Laden propagaría un comunicado en vídeo en el que aparece con una túnica blanca. Su cometido no era otro que constatar la, a su juicio, cada vez intensa pureza de su causa.

5. El día 2 de septiembre, Dalí apunta algo que Bin Laden destacará en color rojo:

Mi arte mejora. Descubro nuevos recursos técnicos (...) Mi capacidad para aprovechar todo es ilimitada.

Se sabe por presos, que así después lo confesaron, que por esas fechas Bin Laden se hallaba aún enfrascado en la mejora del diseño del atentado.

Ese mismo día, Dalí dice:

Intento, además, reconstruir un recuerdo olfativo de ballena podrida que fui a ver al puerto de Llança cuando todavía era un niño, y, en el momento en que recobro este olor, veo en el fondo de mis ojos, que están cerrados, en pleno hipnagógico, una forma que representa a grandes rasgos a Abraham sacrificando a su hijo.

Este fragmento, señalado insistentemente por Bin Laden, se revela capital a la hora de entender cómo el terrorista recuerda sus estudios de infancia y adolescencia en diversos colegios y universidades occidentales, a su juicio corruptos, pestilentes y blasfemos «como una ballena podrida». Es pues un párrafo de reactivación, revalida sus ganas de destruir la cultura occidental, aún a costa de sacrificar —como Abraham— a sus hijos: los pilotos de los aviones que impactarían en las Torres.

6. Todo esto viene apuntalado por algo que está anotado el día siguiente, el 3 de septiembre; se trata una cita del conde Étienne de Beaumont, que Dalí recupera para sí:

«Las fiestas se dan para aquellos a quienes no se invita»

Bin Laden, con evidente sátira, la subraya en referencia a quienes, sin haber sido invitados al festín de carne y fuego, morirán días más tarde.

También señala esta otra para, llegado el día del atentado, dar un sentido de todopoderosa lejanía a su figura:

Los bailes más divertidos son aquellos de los que se habla sin haber asistido.

En efecto, él nunca asistió al 11-S.

7. El 4 de septiembre, en referencia a la euforia de los preparativos, rodea en un círculo azul:

¡Vamos a trabajar más que nunca! (...) ¡Atrás todos los problemas! ¡Soy un instrumento loco!

8. El día 6 de septiembre, en un claro arranque de megalomanía, subraya con varios colores, superpuestos:

Cada mañana, al despertarme, experimento un placer supremo del que hasta hoy no me había dado cuenta del todo: el de ser Salvador Dalí, y me pregunto maravillado, qué prodigio le reserva el día a Salvador Dalí. Y cada vez me cuesta más comprender cómo los demás pueden vivir sin ser Salvador Dalí.

En el margen izquierdo de ese párrafo, Bin Laden escribe con exclamaciones, un expresivo, *¡sí!*

9. El día 7 de septiembre, lo destacado por Bin Laden hace referencia a lo que para Dalí, encerrado en su remoto Port Lligat, resulta la decadencia del arte moderno frente a maestros del pasado como Rafael, decadencia que Bin Laden, también encerrado en remotas montañas afganas, identifica con el mal que aqueja a Occidente en todos los órdenes de la cultura social:

Por la tarde ha venido a verme un fotógrafo de París. Me dice que Joan Miró ha decepcionado (...) Los abstractos se cuentan por miles. Picasso ha envejecido mucho en pocos meses (...) En París la mierda artística sobre-existencialista está en plena decadencia.

10. El día 9, el terrorista parece caer en un momento de flaqueza o indecisión, pues destaca, esta vez con un lápiz muy oscuro o especie de carboncillo:

Hemos hablado de la muerte. Gala es la única que no la teme (...) No consigo dormir, lo que me da ánimos para volver a pintar el brazo del Corpus Hypercubicus (...) Cada vez más, todo se desvanece alrededor de Gala y Salvador Dalí.

Y termina Bin Laden con un subrayado mucho más fuerte:

Pronto seremos los dos únicos seres reales y trascendentales de nuestra época.

11. La víspera del atentado, Bin Laden sólo subraya media frase:

(...) los testículos de Fidias, en los que descubro valores supremos

Queda claro que en los testículos de *Fidias* —cuadro que Dalí simultanea con el del Cristo de *Corpus Hypercubicus*— ve Bin Laden de la duplicación, los gemelos —dos testículos idénticos—, y los consiguientes «valores supremos» que éstos conllevan. Son estos valores supremos los que le sirven a Bin Laden para ver en el siguiente párrafo, muy breve, anotado por Dalí el 11 de septiembre, el ataque a las Torres Gemelas, ejemplificadas aquí en las dos piernas del Cristo Hypercubicus, y que no sólo subraya sino que rodea en un círculo rojo:

11 de septiembre: Trabajo el muslo izquierdo. Nuevamente, al secarse, se mancha. Debo tratar la mancha con una patata y volver a pintar hipercúbicamente.

Naturalmente, en el muslo izquierdo del Cristo ve cifrado Bin Laden el destino de la Torre Gemela izquierda, a la que ordena atacar en primer lugar para, una vez «manchada», pasar a la Torre derecha. Ello originará el verdadero fenómeno hipercúbico, de colosales consecuencias, tanto criminales como mediáticas ya que, siguiendo las leyes de la estadística, una sola colisión podría interpretarse como un accidente; no así dos colisiones espaciadas en tan corto intervalo de tiempo.

A partir del 11 de septiembre, el ejemplar de *Diario de un genio* hallado en posesión de Bin Laden tan solo tiene subrayado un párrafo, muy distante, del 17 de septiembre, en el que en un brote de síndrome de euforia post-atentado, destaca en color azul:

Salimos a cazar murciélagos en el cielo crepuscular armados de largos bastones, a cuyos extremos hemos enganchado calcetines de seda negra.

Los calcetines de las noches de la gran gala de Nueva York. ●

MONTAJE CON ICONOS DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

Javier Moreno

El efecto Rodríguez

Recuerdo de niño cuando, tras el beso de buenas noches, mamá salía de la habitación y apretaba el interruptor. Ese clic que indicaba el fin del último tráiler de la jornada (desayuno-colegio-comida/colegio-merienda-deberes/cena-tele-cama) y el principio de la angustia en forma de un filme cuyos protagonistas eran fantasmas improvisando una siniestra coreografía. Así, hasta que cambiaba de canal. Y conseguía dormirme.

Una noche tras otra.

Todavía siento algo por el estilo cuando apago la luz de la lamparilla. Incluso cuando cierro los ojos. A veces pienso que soy una especie de telón, de instrumento del que se valen las imágenes para poder materializarse. Imágenes que yo no controlo, que aparecen y desaparecen, emanadas de un proyector que todavía no he conseguido ubicar.

¡Una de vaqueros, una de vaqueros! Oía gritar a mis amigos. Y entonces cerraba los ojos y todo comenzaba con el rugido del león de la Metro y después me dedicaba simplemente a contar lo que yo veía allí, debajo de los párpados, en formato cinemascope. La cosa duraba aproximadamente una hora y media. Y ellos permanecían allí, mascando chicle o comiendo palomitas, agradecidos por asistir a una película sin tener que sacar entrada y sin cortes publicitarios. Lo peor era cuando alguna compañera solicitaba una película romántica. Entonces no podía evitar un sonrojo que se prolongaba durante toda la proyección y que aumentaba en las escenas en las que el galán besaba a la enamorada en medio de un estremecimiento de violines.

De ahí mi interés por las imágenes.

Que a qué viene todo esto... Vayamos por partes.

Ayer tomaba el aperitivo en casa de un amigo cuando en la pantalla del televisor, esa ventana abierta a la distancia, vimos un avión estrellarse en una torre. Era una imagen grabada, y el periodista hablaba con un especialista en aviones, interesado en saber si lo que se había estrellado con el edificio de oficinas era una avioneta bimotor o un avión de pasajeros. Yo no sabía mucho de aviones, pero aquel aparato se parecía bastante a un boeing de los que transportan cientos de personas de una ciudad a otra. No me equivocaba. Apenas tuvimos que dejar pasar unos minutos para ver cómo un nuevo aparato se estrellaba con la torre de al lado. Casi no vimos el avión, solo una nube de fuego y de humo brotando del edificio. Con creciente alarma el periodista preguntaba retóricamente (el especialista en aviones parecía haber desaparecido) si aquella cadena de explosiones podía ser un accidente. No hace falta saber mucho de accidentes para darse cuenta de que aquello no lo era. Los accidentes no suelen tener mucho aprecio por la simetría.

—¿Tú qué piensas? —preguntó mi amigo.

—Que debe de existir alguna ley que diga que dos aviones no pueden estrellarse con una diferencia de pocos minutos contra un par de torres idénticas. Algo así como el principio de exclusión de Pauli, aplicado a la aeronáutica —respondí.

—Suena lógico.

Además, estaba aquello otro que me rondaba por la cabeza. Hasta que lo vi claro. Imagínense asomados a un charco de agua empantanada que de repente se congela. El cieno hace las veces de azogue y en la superficie helada ven de improviso, nítidamente, su cara asombrada.

—Yo ya he visto esta película.

Mi amigo me miró entonces (intentaba hacer salir de debajo de los cubitos de hielo una aceituna rellena empapada de martini) por encima del vaso vacío.

Y todavía añadí:

—Ahora viene el Pentágono. Y Disneylandia.

Y ahí me equivoqué. Disneylandia quedó intacta.

Dije aquello sencillamente porque en mi película, que ahora recordaba con toda claridad, varios aviones de pasajeros se estrellaban contra una serie de objetivos estratégicos, Disneylandia entre ellos.

—Y cómo se llama la película —preguntó mi amigo.

—*El fin de la posmodernidad*.

—Esa no la he visto —dijo al tiempo que lograba rescatar la aceituna.

Poco después de dejar a mi amigo me di cuenta de que en el rectángulo áureo del televisor había tenido una visión de la Gorgona. Sin embargo, es cierto, de los millones de personas que habían visto las mismas imágenes, ninguna de ellas se había convertido en piedra. Lo cual probaba, simplemente, que la mitología distaba de ser una ciencia exacta. Aunque no tanto. Bastaba contemplar los rostros y los movimientos de las personas para comprobar que algo había cambiado, un brillo de pórfido añadido a la mirada, una torpeza de piedra pómez cuando sujetaban sus vasos de cerveza o giraban el cuello mirando a las alturas.

Lo mismo me ocurría cuando de niño proyectaba una película de terror. Al abrir los ojos, justo después del «THE END», los veía allí delante, petrificados, la mano con la palomita ya revenida a medio camino entre el cucurucho y la boca abierta.

Yo no tenía de qué preocuparme. Hace tiempo que tengo mi teoría. Si uno quiere defenderse de una imagen, entonces debe hacerlo con otra, si no quiere acabar siendo poseído por ella. Es lo que hizo Perseo, creó una imagen deformada del rostro de Medusa en la superficie cóncava de su escudo. Y así pudo acabar con el monstruo. Las imágenes nos fascinan, nos hipnotizan. Miles de personas acudían para ver cómo la guillotina rebanaba el cuello de los enemigos de la República. Millones de soldados han acabado desmembrados en los campos de batalla porque habían sido fascinados por la imagen de un general, del estampado de una bandera. Otras tantas habrán llegado a casa con un objeto con el que no sabían muy bien qué hacer, encandiladas por el aura desprendida de un *spot* publicitario. Por eso lo mejor es construirse un talismán, un objeto que nos defienda del «mal de ojo» de ciertas imágenes que nos rodean. Una imagen que nos proteja.

Y eso es lo que hago. Algo necesario cuando uno se dedica al terror. Porque, sépanlo, el terror es mi auténtica especialidad. Mejor dicho, no el terror, sino su imagen distorsionada. Acuérdense de Perseo.

Chicos, dejad las palomitas. La sesión ha terminado. Volved a casa. Costaba sacarlos de aquel ensimismamiento, de aquella parálisis. Muchachos, cualquier parecido entre las imágenes que vais a ver y la realidad habrá que achacarlo a una mera coincidencia. No servía de

Javier Moreno (Murcia, 1972) es autor de las novelas ***Click*** (Candaya, 2008), ***Alma*** (Lengua de Trapo, 2011) y ***2020*** (Lengua de Trapo, 2013), así como del libro de relatos ***Atractores extraños*** (InEditor, 2009). Ha publicado asimismo los libros de poesía ***Cortes publicitarios*** (Devenir, 2008), ***Acabado en diamante*** (La Garúa, 2009), ***Renacimiento*** (Icaria, 2009), ***Cadenas de búsqueda*** (El Desvelo, 2012) y ***La imagen y su semejanza*** (La Garúa, 2015).

nada que lo repitiese varias veces. De esta experiencia extraje una frase que resume mi escueta sabiduría:

La vida y la ficción guardan extrañas semejanzas.

Trabajar con imágenes. No me quedaba otro camino. A mis espaldas hay media docena de cortos. Dentro de poco espero poder dirigir mi primer largometraje cuyo título será *El efecto Rodríguez*. De momento, trabajo en mi último cortometraje. *Dulce y salado* es su nombre. Lo imagino como la higa hecha con la mano, como el pequeño falo que colgaba del cuello de los romanos y que los protegía del *fascinum*, del «mal de ojo» que podía hacer caer de su caballo para romperse el cuello al general más laureado. Que de qué trata *Dulce y salado*... Esa es una pregunta a la que intentaré dar cumplida respuesta.

Dulce y salado comienza con un timbrazo y una mujer abriendo una puerta. Al otro lado aparece su marido y, tras él, varios pasteleros que van entrando hasta el comedor docenas y docenas de tartas. Cuando han dejado encima de la mesa la última de ellas, desaparecen, quedando en escena marido y mujer, a solas. El matrimonio se sienta a la mesa y empieza a degustar una de las tartas. De improviso, el marido estampa otra en el rostro desprevenido de la esposa. Risas por parte del público ante el tópico humorístico. La mujer también ríe. Momento que aprovecha el marido para arrojarle una segunda tarta. Las risas acrecen entre la concurrencia. Pero, antes de que el público tenga tiempo de tomar aire, el marido ya ha arrojado una tercera y una cuarta tarta. La mujer parece reír, pero no es eso, sino que boquea desesperadamente en busca de un poco de aire. Inútil, una lluvia de tartas cae sobre el rostro de la esposa, irreconocible bajo una capa espesa de merengue. Lejos de detenerse aquí, el marido continúa arrojando una tarta tras otra. La esposa intenta levantarse pero trastabilla y cae al suelo. Ya no es solo su rostro sino su cuerpo entero el que naufraga bajo un emplasto de bizcocho, nata y chocolate. Después de un minuto, el cuerpo de la esposa deja de agitarse. Entonces el marido coge una guinda de una de las tartas que quedan sobre la mesa y la coloca en la cúspide de la masa amorfa que reposa en el suelo. A continuación agarra los cubiertos y comienza a comer apaciblemente del montón. Cuando el tenedor encuentra alguna resistencia se abre paso con la ayuda del cuchillo. *Dulce y salado* termina con un primer plano del hombre masticando un bocado del engrudo, la mirada perdida de un zombi, de un lobotomizado, de un hombre que ha mirado cara a cara a la Medusa.

No apta para menores de dieciocho años.

Una mente infantil no puede defenderse de ciertas imágenes de violencia, de sexo. Un niño que contemple esas imágenes corre el peligro de ser poseído por ellas, incapaz de librarse de su influencia, ajeno a las artes amatorias de los adultos o a las refinadas técnicas de represión y sublimación que proporciona la cultura. Un niño que se arroja desde un décimo piso vestido con una capa de Supermán no confunde la realidad con la ficción. Sencillamente ha sido fascinado por la imagen planeadora del superhéroe y, sin posibilidad de enfrentarle una contraimagen defensiva, replica el original que proporciona la película.

Solo caben dos posibilidades: o el deseo de ser fascinado y de prolongar esa sensación el mayor tiempo posible (sí, incomprensiblemente hay seres humanos deseosos de convertirse en piedra), o la elaboración de una nueva imagen, semejante a la original y al mismo tiempo distinta, esgrimida como legítima defensa.

Nunca me interesó la fascinación (de niño siempre pensé que lo más divertido de una pompa de jabón era el momento en el que se la explotaba). Por eso fabrico mis propias imágenes, mis propios escudos.

Mesmerismo, hipnosis, mal de ojo... son diversos nombres para esta posesión a distancia operada por las imágenes. Las tres desaparecieron con el correr de los años. La posesión se hizo menos evidente, más refinada. El truco consistió en convertir el mundo entero en una imagen, en el rostro de la Gorgona. Ahora el mundo está poblado de seres humanos alucinados, auténticos zombis vivientes.

Por eso era necesaria una obra como *El efecto Rodríguez*. Muy pronto en las mejores pantallas.

El protagonista de *El efecto Rodríguez* es, como no podía ser de otra manera, Amancio Rodríguez, un comercial de perfumería que habita en un barrio periférico de una gran ciudad. Debido a su trabajo, Amancio se ve obligado a realizar continuos viajes a lo largo y ancho de la geografía del país. En uno de esos viajes, Amancio encuentra un peaje de autopista. Algo inconcebible puesto que la concesión del peaje había caducado —después de veinte años— a las cero horas del día anterior (Amancio, a causa de sus múltiples desplazamientos, unido ello a una natural meticulosidad, conocía los plazos de concesión de casi todos los peajes de carreteras del país. En particular, aquel siempre le había parecido un tributo excesivo, hecho que explica el conocimiento exacto de la fecha y hora de su revocación). Amancio intenta razonar con el empleado encargado del cobro, quien no se atiene a razones. El enfado de nuestro personaje va en aumento mientras la fila de coches que sucede al suyo empieza a cobrar dimensiones desproporcionadas. No tardan en hacerse oír los cláxones y los insultos, ante los que Amancio permanece impasible. Llega la policía y, frente al par de agentes uniformados, Amancio insiste en sus argumentos. Los policías andan desorientados, sin saber qué hacer ante lo insólito del caso. Finalmente el cobrador coge el teléfono de la cabina para intentar comunicar con su superior. La fila de coches ya se ha dispersado a estas alturas. A los quince minutos suena el teléfono. Amancio escucha tan solo los monosílabos del cobrador como respuesta a su interlocutor. Todo está aclarado. Efectivamente, Amancio tiene razón, el periodo de adjudicación del peaje ha caducado. Sin embargo, no ha habido tiempo de retirar las cabinas. La solución es que Amancio pague el peaje y que rellene la correspondiente reclamación. En el plazo más breve posible, el dinero le será restituido. No hay otra solución. Amancio ya ha perdido demasiado tiempo. Cree que se comete una injusticia pero decide finalmente pagar la cantidad estipulada, eso sí, después de cumplimentar la correspondiente reclamación. La barrera se abre y Amancio prosigue su camino.

Hace tiempo que tengo mi teoría. Si uno quiere defenderse de una imagen, entonces debe hacerlo con otra, si no quiere acabar siendo poseído por ella

Pasan las semanas sin que A. Rodríguez reciba ninguna noticia de la empresa, así que decide ponerse en contacto telefónico con alguien que pueda decirle lo que ocurrió con su reclamación. Su llamada se pierde sin embargo una vez y otra en los vericuetos de un complejo sistema automatizado de opciones, un laberinto que acaba desembocando invariablemente en un silencio sideral auscultado a través del auricular del teléfono.

Cuando Perseo decapita a la Medusa, de su cuerpo moribundo nacen, completamente desarrollados, Pegaso y Crisaor. Algo absurdo, disparatado. Coartada para que el mito continúe a través de esta curiosa descendencia. Cuando un neutrón se desintegra, lo hace produciendo un protón, un electrón y una partícula sin masa llamada neutrino y, por tanto, inexistente a efectos prácticos. Una imagen compuesta por filas de unos (partículas) y ceros (antipartículas) puede deshacerse. Sin embargo, la imagen es ese componente de masa despreciable que viaja en el espacio a la velocidad de la luz y que puede encarnarse en cualquier cerebro desprevenido. Pegaso trota y pasta en los verdes prados del Helicón, morada de las musas. No existe ninguna división exacta. El resto siempre es distinto de cero.

El resto es lo que permite que continúe la historia.

A. Rodríguez consigue ser recibido por un empleado de bajo rango de la compañía constructora, antigua adjudicataria de la concesión del peaje de la autopista. Le explica que el peaje, efectivamente, ya ha desaparecido. Cuando Amancio le habla de la reclamación, el empleado se distancia del asunto. Está fuera de su competencia. Él solo se encarga de adjudicar subcontratas. Con quién puede hablar, demanda A. Rodríguez. Me temo que con nadie, es la sorprendente respuesta del empleado.

A los pocos días, leyendo el periódico, A. Rodríguez descubre que a la empresa deudora del importe de su peaje le ha sido adjudicada la explotación de un tramo de autovía de reciente construcción. La noticia habla de sospechas de financiación ilegal del partido en el poder [☞]

por parte de la compañía agraciada en el concurso. A. Rodríguez tiene entonces una idea. Amancio Rodríguez se viste con su mejor traje, acude al Ministerio de Vivienda y solicita ser recibido por algún consejero. La secretaria intenta convencerlo de la dificultad del asunto. Hace un par de llamadas ante la expectación de nuestro personaje y le propone finalmente que calme su impaciencia haciendo uso de un cómodo asiento. Después de media hora, quiere la casualidad o el destino que un hombre haga su aparición en la sala de espera. Camina deprisa. A. Rodríguez se levanta y lo intercepta. Usted es un consejero, le pregunta. Sí, acaba por reconocer el hombre de corbata y maletín a juego. A. Rodríguez pronuncia el nombre de la empresa deudora del modesto peaje y a continuación le susurra algo al oído. Transmítales mi mensaje, dice al tiempo que introduce sus señas en el bolsillo de la chaqueta del consejero.

Amancio espera infructuosamente. Mientras tanto, los acontecimientos se precipitan. Amancio es despedido de su trabajo (se alega, como motivo, dejadez en el empleo sin causa justificada). Esto hace que su matrimonio, que ya pendía de un hilo, se rompa definitivamente. Abandonado por su mujer, obligado a vender el coche, acuciado por el banco, Amancio decide al fin tomarse la justicia por su mano. Ayudado por un amigo informático, logra manipular los resultados de bolsa de la constructora. Alarmados por la caída en picado, los inversores venden sus participaciones. En un solo día la compañía pierde el 50 % de sus activos en bolsa. Lo sorprendente es que, llevados por un efecto dominó, la caída de la constructora se extiende a algunos bancos, a algunas compañías eléctricas y hasta a una empresa especializada en el tratamiento y almacenaje de agua potable. El sabotaje informático se descubre y así, de improviso, A. Rodríguez se convierte en objetivo privilegiado de la justicia. A. Rodríguez enciende la radio y escucha su nombre en boca del locutor, enciende la televisión y ve a alguien que habla de él como de un monstruo que ha llevado a la ruina a cientos, a miles de modestos inversores. Amancio no le hubiera dado demasiada importancia al asunto si aquel hombre que hablaba en la tele no fuese un filósofo de moral intachable al que él concedía todo el crédito del mundo.

Y a partir de aquí abreviamos la historia. He aquí una colección de los sucesos más importantes.

A. Rodríguez se presenta en el despacho del filósofo irreprochable.

El filósofo irreprochable escucha su historia. Le pide que se entregue. Que crea en la justicia.

A. Rodríguez impone una condición: entrevistarse con el dueño de la constructora.

El filósofo irreprochable media para que tenga lugar la entrevista. Se acuerda un lugar neutral: un parque público.

El dueño de la constructora, que llamaremos Señor X, le ofrece a Amancio Rodríguez el reintegro de su peaje.

Amancio Rodríguez lo rechaza. Lo que quiere es saber la verdad, qué se esconde tras la constructora.

El Señor X ya no es el Señor X sino que es una palingénesis de la Medusa: pelo engominado en lugar de serpientes, corbata roja por lengua palpitante. En este preciso momento aparecerá en el filme el siguiente subtítulo:

«Atención: la Medusa, *i. e.*, la cruda verdad, *i. e.*, el grado cero de ficcionalidad, puede producir daños irreparables, no olviden colocarse sus gafas deformantes, sus Scud Glasses, made in Sparta-Greece-E.U.».

Porque los espectadores llevarán sus gafas para ver *El efecto Rodríguez*, obsequio por la compra de la entrada. La empresa no se hace cargo de los efectos que la visión de *El efecto Rodríguez* pueda tener sobre sus conciencias.

Y ahora llega la respuesta del Señor X a la petición de Amancio:

Nadie sabe toda la verdad. Solo es posible conocer una porción de la verdad. Uno no puede saber toda la verdad porque la verdad no es un objeto que pueda contemplarse cómodamente desde fuera. La verdad vincula tanto al objeto como al sujeto, de modo que nosotros pertenecemos de alguna manera a la verdad (eso es lo que dice el Señor X, *i. e.*, la Medusa, licenciado en Económicas y lector avezado de tratados de metafísica). En lo que respecta a la suya, puede decir:

El político dice: la mujer está liberada. Y *ellos* aplauden, pues ya pueden emplear a dos personas por el sueldo de una.

El político dice: inmigración es riqueza. Y *ellos* aplauden, pues ya pueden emplear a cuatro personas por el sueldo de una pareja.

El político dice: escuela para todos. Y *ellos* aplauden; y crían a los de su casta en cenobios de los que saldrán los presidentes y directores, los vicepresidentes y subdirectores.

El político dice: cultura. Y *ellos* aplauden; y venden televisores.

El político dice: mesura. Y *ellos* aplauden; y venden bebidas sin alcohol y parches de nicotina.

El político dice: riqueza. Y *ellos* aplauden; y suben el interés de la hipoteca.

El político dice: seguridad. Y *ellos* aplauden; y venden armas y cámaras de vigilancia.

El político dice: bienestar. Y *ellos* aplauden; y edifican centros comerciales para el regocijo de la chusma.

El político dice: salud. Y *ellos* aplauden; y fabrican píldoras.

El político dice: sin *ellos* no seríamos nada. Y *ellos* aplauden; y regalan al paniaguado un ministerio con su cartera.

El político dice: el futuro es incierto. Y *ellos* aplauden; y ofrecen planes de pensiones y seguros de vida.

El político dice...

La escena acaba.

La Medusa regresa a su forma primitiva, la del Señor X. Amancio Rodríguez le da las gracias y se despide con un apretón de manos.

Después se entrega.

Lo juzgan.

Lo condenan.

En la cárcel recuerda algo. Se le olvidó preguntar al Señor X quiénes eran *ellos*.

Demasiado tarde.

Fin de *El efecto Rodríguez*.

THE END

Pueden quitarse las gafas.

O pueden dejárselas puestas. ●

Sergio del Molino

Loquito

Daniel se ha enfadado porque quería ayudar a Cris a hacer la cama, pero, a la hora de hacerla, se ha puesto a jugar con otras cosas. Cris ha terminado la tarea y, cuando Daniel se ha dado cuenta de que la cama estaba hecha, se ha puesto a llorar. ¿Qué pasa?, he preguntado, y me lo ha contado con el chupete puesto. He fingido que no lo entendía. No me gusta que lleve el chupete cuando no está durmiendo, procuro quitárselo diciéndole que no se le entiende. Pocas cosas le irritan más que no ser entendido. Pero esta vez no me ha hecho caso y me ha repetido todo y me han faltado fuerzas para seguir con mi farsa pedagógica (con la que, en el fondo, me siento un poco tirano y me doy asco). Yo quería ayudar a mamá a hacer la cama. Cris me ha sonreído y yo he seguido mirando a Daniel. Qué absurdo, hijo, le ha dicho Cris, es que no me has hecho caso mientras hacía la cama, has preferido jugar. Si querías ayudarme, haberme ayudado. Observo a mi hijo, sentado en el suelo, con el chupete puesto, mirándonos alternativamente con un llanto desganado, y de pronto siento que lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Está loquito, dice su madre. Y lo está. Sé que lo está. Loco perdido.

Mi primer recuerdo es un cajón. Yo tendría dos años. Quizá menos. Guardaba los juguetes en el tercer cajón del aparador y mi tío me lo sacaba entero y lo colocaba en mitad de la salita. Yo lo vaciaba. Sacaba todos los trastos (los llamaban trastos, no juguetes, trastos) y los desperdigaba alrededor. Una vez vacío, me metía en el cajón. Tenía que ser muy pequeño entonces, no podía tener más de dos años, porque era un cajón normal diseñado para guardar manteles o cuberterías de fiesta, donde no cabría un niño mucho mayor. Era tarde, casi la hora de cenar. La familia entera estaba metida en la salita, supongo que dándose calor con la estufa eléctrica. Estaban mis abuelos y mi tío también. Mi abuelo me avisó de que empezaba *El hombre y la Tierra*. Me encantaba *El hombre y la Tierra*. Nada me gustaba más. Quizá porque la tele que había en casa era en blanco y negro y los dibujos animados no llamaban en ella tanto mi atención como los lobos o las águilas o las cabras montesas que se movían bajo la voz trepidante (trepidante, no hay otro adjetivo, aunque rime con su nombre) de Félix Rodríguez de la Fuente. Su avioneta ya se había estrellado en Alaska, aquellas eran las primeras reposiciones de la serie. El segundo canal de la tele repuso muchos años seguidos los documentales de *El hombre y la Tierra* porque los niños que no sabíamos que Rodríguez de la Fuente se había estrellado en una avioneta en Alaska no podíamos apartar la vista de aquellas cabras que bajaban por el monte lleno de piedras afiladas y pardas, si es que aquellos grises de la tele eran pardos. Que empieza ya *El hombre y la Tierra*, Sergio. *El hombre y la Tierra*, pienso ahora. Qué título tan magnífico, tan total. Avasallador, sin modestias. *El hombre y la Tierra*, y aquel tipo asilvestrado que acariciaba lobos y hablaba como si ladrase. Me insistían en que empezaba porque esperaban que saltara del cajón y me pegase a la pantalla, sentado en el suelo, idiotizado por los animales que volaban y saltaban y se abalanzaban sobre otros. La música de Antón García Abril, esa orquesta galopante que retumbaba en los salones más adormecidos y los erizaba de agujas de pino, de susurros de culebras, de miradas de lince. El águila imperial planeando sobre el muflón que trata de escapar risco arriba, en busca de una cueva o un refugio que no aparece, esa huida inútil que la cabra sabe que va a terminar con las garras del águila sobre su lomo. El águila que la levanta, la imagen al ralentí, los metales de Antón García Abril afilando el drama. Yo, dos años, pegado a la pantalla, admirando el vuelo a cámara lenta del águila gigante que se llevaba a su nido el enorme muflón. Ahora cambio de canal o apago la tele cuando unos leones están a punto de perseguir a una manada de bisontes torpes. No quiero que Daniel vea cómo el león devora la pieza, cómo se coordinan las fieras, veloces, para alcanzarla por los cuartos traseros, cómo la acorralan, cómo la tumban a mordiscos y zarpazos y cómo la descuartizan para comerse plácidamente la carne cruda, el pelaje empapado de sangre. Cambio de canal, busco dibujos animados, le cierro el mundo todo lo que puedo cerrárselo. Pero yo crecí viendo águilas que cazaban cabras, linces que hincaban sus dientes sobre cuellos de conejos, con la voz de un hombre vestido de verde militar, embarrado como los *jeeps* que conducía. Mirando a cámara y acariciando a su lobo con unas caricias dominadoras de frote intenso y duro, o paseándose con un halcón en el brazo. Félix Rodríguez de la Fuente acariciaba, pienso ahora, como un rey de otros tiempos, como un general persa antes de la batalla. Por la forma de acariciar, hay gente que delata su forma de matar. Lo más salvaje de aquel programa era su presentador, aquel hombre tan hombre, tan bien empastado con la intemperie. Yo no permitiría que mi hijo viera hoy *El hombre y la Tierra*, y creo que haría bien porque a mí no me hizo bien tanta cabra y tanta caricia de lobo. No me hizo bien ver a aquel hombre tan hombre medirse desde la pantalla con los hombres apocados que me rodeaban. Mi abuelo, mi padre, mi tío. Ninguno de ellos acariciaría jamás a un lobo como lo acariciaba Félix. Ninguno me miraría jamás a los ojos con la fijeza sabia con la que Félix hablaba a cámara. Ninguno retorcería el castellano hasta hacerlo sonar tan animal, tan hermoso, tan duro. Ningún padre debería consentir que su hijo pequeño huela el aliento de brasa de un tipo como Félix, capaz de romper en una caricia todo lo melifluo, sensato, conveniente y pequeño del padre. Las vértebras del padre, [☞]

Sergio del Molino (Madrid, 1979). «Soy un vago que trabaja demasiado. Me hice periodista porque pensé que era la forma más cómoda de llegar a ser escritor sin esforzarme mucho en el intento. Me equivoqué, claro. Me maté a trabajar y, finalmente, tuve que renunciar al periodismo para empezar a escribir libros en serio. Nací en Madrid en 1979, pero vivo en Zaragoza. Mi último libro se titula ***Lo que a nadie le importa*** (Literatura Random House, 2014). Por mi novela anterior, ***La hora violeta*** (Literatura Mondadori) recibí el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2013, concedido por Radio Nacional de España, y el Premio Tigre Juan 2013 (ex aequo con Marta Sanz). Además, he escrito el libro de relatos ***Malas influencias*** (Tropo, 2009), el ensayo-reportaje ***Soldados en el jardín de la paz*** (Prames, 2009), la antología de artículos y piezas breves ***El restaurante favorito de Nina Hagen*** (Anorak, 2011) y la novela ***No habrá más enemigo*** (Tropo, 2012). En el otoño de 2014 empecé a dirigir y presentar, junto a Iguázel Elhombre, el programa literario *Preferiría no hacerlo* (en Aragón Radio, los lunes de 21 a 22, redifusión los domingos de 23 a 24). También salgo en la tele de vez en cuando, casi siempre hablando de libros, y escribo a menudo en varios sitios: *Heraldo de Aragón, El Estado Mental, Etiqueta Negra* (Perú) y Gatopardo (México), entre otros, han visto mi firma. Próximamente estará también en *Ahora y Contexto*.»

como las del lobo, sienten el peso de la garra de Félix, indignas, animal avergonzado por no devorar esa mano hombruna y encallecida que le somete. Nos gustaba Félix porque era un tío con el que se podía contar, que te invitaba a sentarte junto al lobo sin miedo. Sabías que, con él al lado, el lobo no iba a saltar. Félix te miraba a los ojos desde la cámara, desde más allá de su muerte en avioneta en Alaska, y te tranquilizaba porque lo había caminado, olido y mordido todo. Ordenaba el mundo, te lo enseñaba con la seguridad de quien lo entendía. ¿Qué padre puede competir con eso? ¿Cuánto tiempo mantenemos a nuestros hijos en la ilusión de que entendemos siquiera un poco el mundo? ¿Dos años? ¿Cuatro, a lo sumo? ¿Cuándo llega la primera decepción? ¿En qué instante nos damos cuenta de que nuestros padres no saben nada, que solo tienen miedo, que apenas levantan la vista del suelo por si el sol de la mañana les deslumbra? Pegado a la pantalla, Félix parecía hablarme, como le hablaría a tantos millones de niños en tantos millones de salitas. Mira, chaval, las águilas se comen a los muflones. Es así, la cabra no puede escapar, no vale la pena sentir pena por ella, hay que admirar al águila. Tenemos que darle muflones al águila. Casi no hay águilas en estos montes, chaval, porque no quedan muflones. ¿Tú con quién vas?, te preguntaba Félix como te preguntaban los amigos en el colegio. No me digas que con la cabra, porque hay que ir con el águila. Hay que dejar que el águila vuele y se coma tranquilamente la cabra y alimente a sus aguiluchos con los despojos. Hay que preservar el nido. El águila es la parte débil. El águila es como yo. Estamos en extinción. Ir con la cabra, compadecer a la cabra es ir con tu padre. Tu padre abunda. Como tu padre hay muchos. Pero ¿águilas? ¿Quieres vivir sin águilas?

Un recorrido desde el mar a la montaña › Rutas naturales › Itinerarios históricos y monumentales › Gastronomía › Villas y pueblos

TREA

Pablo Batalla Cueto
Guía turística del Oriente de Asturias
194 páginas, 6 €
www.trea.es

Apel gráficas

Polígono Industrial de Porceyo | c/ Galileo Galilei, 262. 33392 Gijón | 985 167 070 | apel@graficasapel.com

No, yo no quería vivir sin águilas. ¿Qué imbécil querría vivir sin águilas? Dicen que Félix Rodríguez de la Fuente quería conservar la fauna ibérica en extinción, que fue el padre de todos los naturalistas españoles. Mentira. Félix quería conservarse a sí mismo. Se identificaba con las águilas imperiales y con los linces y con los lobos porque se sabía en peligro de extinción. Un hombre incapaz de disimular su hombría de otros tiempos, rendido a la caza, a las noches de hoguera, a la vida en despoblado, lejos de cocinas y tresillos. Una especie exótica en un país donde esos hombres se habían domesticado en los arrabales de las ciudades, achicados en fábricas de automóviles y oficinas de suelo

¿Cuánto tiempo mantenemos a nuestros hijos en la ilusión de que entendemos siquiera un poco el mundo? ¿Dos años? ¿Cuatro, a lo sumo? ¿Cuándo llega la primera decepción? ¿En qué instante nos damos cuenta de que nuestros padres no saben nada, que solo tienen miedo, que apenas levantan la vista del suelo por si el sol de la mañana les deslumbra?

con moqueta. Un hombre de pueblo en un país sin pueblos. El jefe de una manada de lobos. ¿Qué padre, qué hombre incluso, puede competir con eso? Cuenta la leyenda que, antes de subirse a la avioneta donde se mató, dijo que aquel paisaje de trineos y esquimales era un hermoso sitio para morir. Seguro que no lo dijo, pero debió decirlo. Qué hermoso sitio para morir. Si lo dijo, su muerte era imperativa, una elección de hombre libre, no una esclavitud biológica llena de frases seniles, pañales y condescendencias de enfermero. Quién sabe si decidió morir aquella mañana en Alaska para evitar una de esas agonías impropias de un águila.

Me sorprende que dijeran: Sergio, venga, que empieza *El hombre y la Tierra*. A mí, que era muy pequeño, que me llamasen usando el nombre correcto del programa. Que no dijeran, como se les dice a los niños: Sergio, venga, que empieza el programa de los animales. O incluso el programa de Félix. O los animalitos, en diminutivo, como si se pudiera empequeñecer la caza del águila que se lleva volando un muflón. La aguilita que caza un mufloncito. No, me decían claramente: Sergio, venga, que empieza *El hombre y la Tierra*, y pienso que lo decían así porque no cabía otro nombre, porque el título era tan absoluto y genial y primario que no admitía retoques sensibleros ni edulcorantes. *El hombre y la Tierra*. Qué bestia. Pero aquella tarde no salté del cajón. Me recuerdo muy claramente negándome a salir. Es mi primer recuerdo. Antes de eso, todo son huecos llenados con relatos de mis padres. La vez que casi nos caemos por un precipicio en un coche. El niño de mi edad que se llamaba Hugo y vivía en el piso de al lado y que era mi amigo de juegos. La forma en que cantaba el *Satisfaction* de los Rolling Stones con lengua de trapo. No recuerdo nada de eso. Pero esto sí, no me lo han contado. Mi madre cree que es imposible que lo recuerde. Le describo la posición de los muebles y mi costumbre de sentarme en el cajón y todo es correcto, pero asegura que es imposible que lo recuerde porque era demasiado pequeño. Fíjate, me decía, si cabías en un cajón. Y en el cajón quise quedarme. Sergio, que empieza *El hombre y la Tierra*, y no quise ir. Sergio, ya ha empezado, te lo vas a perder. Y no fui. Me negaba con esa vehemencia estúpida de los niños. Me negaba por el placer de negarme. La primera forma de locura. Su primera expresión consciente. Mi abuelo y mi tío insistían: mira que se va a acabar y te va a dar mucha rabia perdértelo. Pero yo no iba. No quiero, supongo que grité. No quiero verlo. Y me quedé en el cajón hasta que los adultos, finalmente, se encogieron de hombros. Me quedé en el cajón todo el programa, hasta que escuché la música de los créditos finales. Antón García Abril. Ese galope orquestal. Algo dormido brincó en mí y yo mismo brinqué. Corrí hasta la tele mientras veía las letras de los créditos pasar y yo gritaba: No, yo quería ver *El hombre y la Tierra*. Me había perdido *El hombre y la Tierra*, y recuerdo, porque la recuerdo perfectamente, una angustia que me llenaba el cuerpo entero, un escozor insoportable, de los que

te instan a arrancarte la piel con las uñas. Mi abuelo me llamó idiota. Este niño es tonto, oí que dijo alguien. No sé quién, porque yo lloraba mucho. Lloraba como si me acabaran de decir que la avioneta de Félix se había estrellado en Alaska. El martes que viene pondrán otro, chico, no llores así, me decían, pero yo no quería ver otro. Este niño está loquito. Quería ver ese capítulo. El que me había perdido. No atendía a ninguna razón. Era un niño que se había perdido lo que más le gustaba y no le consolaba que hubiera sido por su propia estupidez. ¿De qué me servían esos sensatos te lo dijimos, nos hemos cansado de avisarte y tú ni caso, etcétera? ¿Me iban a devolver el capítulo perdido? Yo solo quería una cosa: ver el capítulo. Y sabía, desgraciadamente lo sabía, que no podía ser. ¿Cómo podía ser que aquello no pudiera ser? Lo entendía y me negaba a entenderlo al mismo tiempo. Quizá lo recuerdo tan bien porque fue la primera vez que me di cuenta de que había cosas que no tenían remedio por mucho que llorase y suplicase para cambiarlas. O quizá es una cuestión de intensidad. Lo recuerdo tan bien porque pocas veces en la vida me he sentido tan angustiado. Apenas puedo evocar un par de momentos más en los que haya tenido ganas de arrancarme la piel con las uñas para deshacer el tiempo, volver atrás y cambiarlo todo.

Por eso entiendo tan bien a mi Daniel de dos años, sentado en el suelo de nuestro dormitorio, enfurruñado y lloroso porque quería ayudar a su madre a hacer la cama pero ha perdido la oportunidad, aunque su madre le haya avisado tantas veces de que podía ayudarla y él se negó por el placer de negarse, sin saber que se iba a arrepentir, que la cosa acabaría en una decepción terrible, porque él quería ayudar a mamá. Yo quería ayudar a mamá, llora sin consuelo, y Cris se ríe y le llama tontorrón y loquito y ya me ayudarás mañana. Pero yo no puedo reírme. Yo sé de lo irreparable, de esa cama ya hecha que no se va a volver a hacer hasta el día siguiente, la conciencia de la ocasión perdida. Miro a mi hijo y sé que está hecho de la misma pasta inconsistente que su padre, tan voluble, tan permeable a las decepciones. Y decido ahí mismo que no dejaré que se acerque, ni a través de la pantalla, a alguien como Félix Rodríguez de la Fuente. Que no descubra que lo irreparable se puede aceptar como se acepta el mundo, con belleza viril. Que no descubra nunca que una mirada firme y una palabra precisa pueden compensar el desasosiego por lo incomprensible. Que la vida es una forma de sentarse y mirar a cámara, una prosodia, un gesto. Que no importa lo que vemos sino la fuerza con la que fruncimos el ceño al mirar. Que no lo sepa nunca. Que no descubra jamás que una vez hubo hombres que sabían sentarse junto a un lobo, porque, ese día, apareceré ante sus ojos como el miserable, dolorido y alfeñique cuerdo que soy. Y yo quiero seguir siendo el padre grande que le coge en brazos, seca sus lágrimas con el pulgar y le besa en la boca para calmarle. Quiero seguir siendo ese macho cuyo corazón late pausado y es capaz, pegando mucho su cuerpo al mío, de acompasar su latido con mis diástoles y sístoles, transmitiéndole por la piel la certeza de que todo está bien en mis brazos, de que no hay angustia suya que mi pecho no pueda absorber. Quiero seguir siendo ese hombre, por eso voy a seguir cambiando de canal cada vez que un león esté a punto de devorar a un búfalo. ●

MONTAJE CON ICONOS DE FREEPIK <WWW.FLATICON.COM>

Celia Prieto Mazariegos

Las circunstancias concurrentes en cada caso

«Llevaba un viejo vestido de verano como camisón, pero por la mañana podía hacer de vestido, si te echabas una chaqueta por encima y te ponías zapatos. De esa forma arriesgada, lo sabía, podía instalarse la locura.»
LORRIE MOORE, «Alas», en *Gracias por la compañía*

Imaginarme años después sentada en un sillón amamantando un bebé, eso sí es de locos. La leche traza un vínculo, dicen. La leche tiene trazas, dicen. La leche de la madre deja un rastro de tristeza en la comisura del alma del bebé. Del puto alma.

Que yo recuerde, mi historia comienza en un parque, una tarde de invierno. Cuando le conocí. Y me salvó. Quizá no fuera del todo cierto, pero en aquel momento me salvó de una locura transitoria llamada Marco. Marco me asediaba con sus planes de futuro. Eran suyos pero también eran para mí, aunque yo no los quería. Yo quería volar alto. Era un deseo simple, como el de los niños cuando se columpian y piden más alto, más fuerte, aunque saben que no se separarán de los brazos que les empujan. Tú siempre quieres que te empuje fuerte y alto, pero además necesitas verme solo para comprobar que no te abandono durante el vuelo. Quizá sea porque no confías en mí. Y no te culpo por ello.

No quiero saber nada de tus hijos, de tu casa con jardín y terraza trasera, de tu trabajo vocacional y comprometido. De tus amigas del parque y de sus barbacoas de sábado y cerveza en lata y cigarrillos rubios.

No quiero conocer a tu familia, a tus amigas de toda la vida, a tus encantadoras compañeras de trabajo que sueñan con futuros mejores y con hombres solteros, con futuros solteros y con hombres mejores. [☞]

Celia Prieto Mazariegos (Villalpando, Zamora, 1980) es maestra y escritora. Diplomada en Magisterio de Educación Infantil por la Universidad de Valladolid, en esa misma universidad se licenció en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Durante esos años puso en marcha y coordinó el festival de poesía Versátil.es. Es autora del libro de poemas ***Espacio de humo*** (Cálamo, 2009). Especialista en escritura creativa y en didáctica de la creación literaria, en 2010 publicó ***No me cuentes cuentos.*** El relato «Las circunstancias concurrentes en cada caso» es inédito y forma parte de su libro ***Esa forma arriesgada, lo sabía,*** que indaga en el modo en que la tradición clásica se transforma en material literario vivo a través de nuevas formas narrativas.

Cuestión de carne y hueso. De olores y sabores. De texturas.

En aquel momento me salvó. Nos vimos muchas veces en los días posteriores, o quizá fuera un solo día multiplicado por el rechazo y el miedo del rechazo. Un largo baile en el que nada está claro y eso hace que aumente la ansiedad y el deseo.

Sé que no debo escribirte, porque escribirte añade un leño en el fuego de lo que no tendría que decir. Pero el silencio también tiene sus letras y encuentra su lugar entre los dedos, cuando tocan las teclas y no escriben en la pantalla pero ya han escrito en otros lugares.

Tenía los pechos duros y rígidos. Eso era lo normal, me dijeron. La leche sube y con ella el calor. Los pechos se embuten hasta que ya no dan más de sí. Y no se puede más de dolor. Eso sí es dolor. No lo volveré a sentir tan grande, tan en mi centro, en mi definición misma. Llevaban otro ritmo, jugaban a otro juego. Bailaban otra danza. Si alguien los hubiera golpeado con fuerza, habrían estallado en mil pedazos. En eso pensaba. Pedazos duros y viscosos. Y lo pensaba mientras intentaba sacar algo de leche que aliviara mi dolor. Todo fue en vano. La fiebre me hizo dormir y no recuerdo qué más pasó ese día.

Está sonando la misma música. Una y otra vez. Escuchas los discos en bucle, creo que tiene algo de enfermizo, me decía. O de juego infantil.

«Yo como Ulises he sido de Penélope.» Y quizá la canción, y no él, tuviera la razón.

Aquel único y difuso día lo decidimos todo. Decidimos creernos, amarnos. Decidimos hablarnos, no hablar. Y perdernos, sobre todo eso. Yo creo que esto es muy parecido a la felicidad, le dije. Pues yo creo en las hemorragias internas, me respondió. Siempre decía cosas así.

El cuerpo llama al cuerpo, pero no pide solo cuerpo. Ese es el problema. Quiero ser tu amigo, pero sé que tu amigo no querría hundir los dedos en tu vagina húmeda cada vez que piensa en ti.

Amo tus piernas temblorosas, tus ojos que miran la lámpara del techo, tu mano derecha estrujando mis testículos mientras empujan tus caderas hacia dentro, tu pelo retirado para dejar ver cómo tu boca recoge mi miembro agradecido.

El trabajo en el hospital le había vuelto impúdico. Hablaba de la muerte sin tapujos. Yo no podía soportarlo.

Era, como siempre, un postre hecho con la gelatina del corazón.

Cuando llegó el momento, ya estaba partida en dos por el dolor y solo quería un pinchazo limpio y fuerte, en la columna, que durmiera la parte inferior de mi cuerpo. Cuando escuché *raquídea*, sentí que iba a llorar de pura felicidad. No sabía muy bien lo que era, algo que me aliviaría y por lo que hubiera matado en ese momento.

En la aséptica sala las voces de siete desconocidos resonaron. Eran tan solo el eco del eco de una voz. Hablaban sobre mí. Marcaron una línea que pude notar. ¿Te duele? No. Podía ver el reflejo de sus movimientos en la lámpara. Como cuando, en la habitación del hotel, miraba fijamente al techo. Ojitos, decías, no estés triste. Y yo podía ver tu

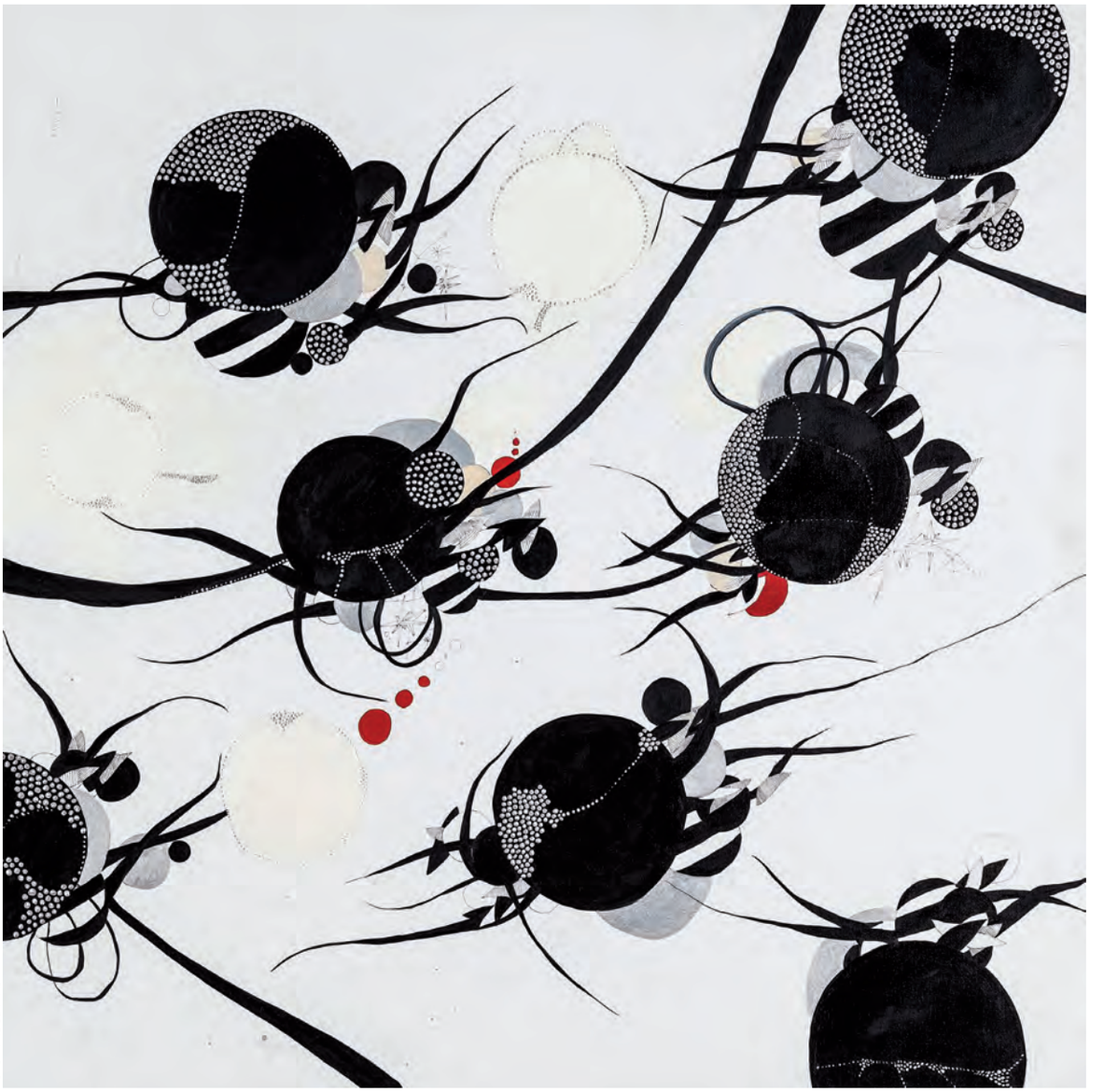


FOTO: KIKE LLAMAS

Kely: *Sin título*, 2008, técnica mixta /lienzo, 150 × 150 cm › *Una vida pintada*, Galería Gema Llamazares (Gijón). Hasta el 15 de agosto

abandono reflejado. Podía ver con claridad la forma en la que planeabas irte. Como cuando te miré fijamente. A cierta edad, cada uno tiene la cara que se merece. Pero no lo entendí hasta más tarde.

Comenzaron a cortar capas. Abrieron una y después otra y después otra. Separaron mis músculos abdominales. Desgarraron suavemente la bolsa. Y por fin llegaste tú. Mi vida. Te escuché y te acercaron a mi boca. Pude entonces olerte y mirarte y probarte un poco también. ¿Cómo se llama? Vida, se llama. Se llama sangre. ¿Cómo te llamas, hijo mío? No puedes tener otro nombre.

Tenía los brazos atados y no me dejaron cogerte. Blanco y verde. O azul, no lo recuerdo bien. Todo era de ese color. En el delirio de la anestesia pude sentir cómo me cosían. Cómo me grapaban el vientre. Ya está, todo ha salido muy bien.

¡No, no está! Pude decir por fin. Él no está. Dónde está mi hijo. Me cuesta respirar. Desatadme por favor.

Intenté levantarme, pero aquel cuerpo ya no era mío y aquellas grapas debían terminar de cerrarlo todo.

La sala de reanimación estaba llena de relojes. Y de arañas. Subían y bajaban por las paredes. Arañas negras y excesivas, que venían de darse un festín. Tarareé la canción infantil de la araña. A mis alumnos les gusta. Y yo se la canto, mientras pienso en Penélope.

Incy Wincy spider climbed up the spout
Down came the rain and washed poor Incy out
Out came the sun and dried up all the rain
And Incy Wincy spider climbed up the spout again!

No sé por qué les gusta. Ni por qué la recuerdo ahora. Tal vez por el tesón de la araña y la repetición de la subida. O por el lienzo. Quizá sea por el tejido, bajo la piel.

«Yo opinaba que Penélope se había vuelto loca, que la fiebre y el insomnio la fueron consumiendo, que su vida se perdió enredada en los hilos y que los nudos le impedían respirar. Que ningún hombre, Nadie, ni Homero, podía conocer lo que aquella mujer sufría. A no ser que Homero fuera una mujer.»[1]

Pobre Penélope, cuántas veces tuvo que tejer para después ser ella misma su propia lluvia. Para después, volver a empezar. Y siempre era después.

[...]

De ahí, excelencia, que deban ser analizadas las circunstancias concurrentes en cada caso, y las consecuencias del crimen en una contextualización del antes, durante y después [para] determinar los papeles de los autores de ese fatídico cuadro [...], razón por la cual, para no cometer injusticia, se requiere que la pena base sea tomada por la medida, que es de 15 años de reclusión, disminuida en 1/3, en razón de la causa de la disminución de la pena, quedando en definitiva en 10 años, haciendo justicia y adecuando la pena a la individualidad del apelante.

El promotor respondió arguyendo que el jurado acogió en parte la tesis de la defensa (la semiinimputabilidad) y, en parte, otras de la promotoría (la calificación del delito, la autoría, la materialidad y letalidad). Argumentó [2] que la apelante criticaba la pena pero desconocía sobre dolo y penalización. Peor aún, en su alegato la defensa consideró que inclusive podía colocar a la propia víctima como responsable por homicidio, después de que su defendida había «monopolizado todo su amor» (wasap registrado en el expediente). La víctima nunca asumió el papel de un verdadero padre del niño. Por todo lo anterior, el promotor pidió rechazar la apelación; sin embargo, la pena fue establecida en 10 años. Fueron 10 años.

[...][3]

[1] El artículo completo puede leerse en *CoolHyperText Review*, núm. 12 (2014): 69-98.

[2] Y por lo menos seis diferentes jurisprudencias.

[3] M. Jimeno Santoyo (2004): *Crimen pasional: contribución a una antropología de las emociones*, Colección de Humo.

Diego Urizarna

Teorema

Ya no me queda mucho tiempo. Y puede que tampoco disponga de mucho espacio. Normalmente van de la mano. Al final una caja de madera o un jarrón curioso sobre la encimera son un reloj con poco margen de maniobra, el depurado instante de una vida atrapada contra un abismo domiciliado. En este agujero vivimos alternativamente cuatro personas y a veces vienen en torno a otras veinte y a eso lo llamamos fiesta. Digamos que no hablamos mucho entre nosotros. De vez en cuando las sombras de las vigas de hormigón rotulan el perfil de alguien que lleva demasiado tiempo sentado sin moverse. Entonces nos ponemos de acuerdo y lo apartamos de nuestra vista.

Desde la autopista se ve el esqueleto de un edificio a medio construir desde el año 2009 y yo paso horas sentando mirando la autopista. Veo desdibujada o intuyo la presencia en el interior de los vehículos a una gran cantidad de gente, cada día. A veces hago cuentas, cuento coches, camiones, furgones, motos. Esas personas en el interior de los coches tienen su lugar en el mundo, prefieren unas cosas antes que otras, carne antes que pescado, se ponen a dieta, juegan a las cartas, se sienten aburridas, se despiertan, tienen fantasías, a veces miran un edificio a medio construir mientras conducen y creen verme, y puede que alguno tenga pensamientos relacionados con esa visión.

Me limito a problemas sencillos, cosas como que haya ruido o deje de haberlo, que haya ruido en un sitio y en otro no, cosas que esconden la aterradora particularidad de un abismo.

Una vez tuve una vida. Cuando iba al instituto veía telefilms con mi madre después de comer. Recuerdo uno. Estaba protagonizado por Tiffani Amber Thiessen. Me gustaba esa actriz, llena de cálidas redondeces, guapa como solo una actriz de telefilms puede serlo. La película transcurría en un pueblo; este esqueleto de barrio sin construir me lo

Diego Urizarna (Burgos, 1980) es licenciado en Físicas. Ha colaborado en el proyecto de creación colectiva ***Canciones en Braille*** (lulu.com, 2008), coordinado por Mercedes Díaz Villarías; es coautor de la plaquette ***Año luz*** (2010), n.º 2 de la serie ***La chica de la curva*** editado por Colmo Colectivo, y ha sido incluido en la antología ***Beatitud. Visiones de la Beat Generation,*** editada por Vicente Muñoz Álvarez y Nacho Escuín (Ediciones Baladí, 2011). Ha publicado artículos y reseñas en medios como *El diario de Burgos* o *El Cuaderno.* Mantiene el blog http://amacaballofat.blogspot.com/ El relato «Teorema» forma parte del proyecto de libro ***El día del traje de perro.a***

recuerda, una parte de la ciudad haciéndose símbolo, asumiendo su espacio como un escenario. Una ciudad dormida. Una maqueta dominada por adolescentes enloquecidos, fogatas en las azoteas, un coche largo americano aparcado oblicuamente en medio de una calle y un grupo de jóvenes sin ningún tipo de sentido de la piedad, sentimentalismo, compasión; solo indolencia hacia la existencia, solo un petulante y rígido deseo de venganza.

A veces vienen adolescentes y yo me escondo. Escucho sus voces y espero a que dejen de escucharse. Un grupo de chicos y de chicas, voces estridentes, sin afinar. Una chica que dijo, con absoluta desvergüenza, que mengano tiene la picha más grande que fulano. Un día escuché el sonido de un coche aparcando abajo y me escondí en mi refugio, posiblemente el espacio reservado para un baño pequeño, en el cuarto piso, no más que un plato de ducha, un lavabo y un retrete. Una montaña de arena tapaba la puerta. La salté y me acurruqué, sin hacer ruido.

El eco iba trayendo el sonido golpeando en las paredes hasta donde yo estaba, sus pasos tenían una cadencia eclesiástica, una miniprocesión. Subieron pisos por rampas de hormigón. Diferencié tres voces, en distintos estados de ánimo, distintos tonos, ella se lamentaba y pedía clemencia y la voz de un hombre le obligó a seguir. Estaban en el piso de al lado. Una tercera voz atascada y torpe. Adiviné que el otro hombre casi no hablaba nuestro idioma. Lo que decía se construía a partir de una serie de extrapolaciones. No era tanto lo que decía sino lo que había querido decir. Tenía que hacer un esfuerzo doble: remarcar sus intenciones, no ser sutil. Si quería ser sutil, animarse de otra fantasía. ¿Desafiaba al otro o lo temía? Si lo temía callaba, si lo desafiaba el otro hombre estiraba las amenazas hasta lo raramente plausible.

—Voy a diseñar la disposición de las habitaciones con respecto al lugar donde os asesine —dijo el primer hombre—. Mejor, quiero que interpretéis una noche en esta casa sin construir. Vais a morir como una idea de la gente que vivirá en este lugar.

Ordenaba cosas y se escuchaban tímidas voces, interpretaciones de función escolar, les hacía aceptar un ritual de normalidad.

—Me estoy poniendo en vuestro lugar —dijo el hombre—. Di que no queda cebolla. Ese puré de patata se va a echar a perder. Haz como que enciendes el fuego. Creo que este es el lugar apropiado para poner la cocina.

—¿Qué te apetece cenar... hoy, cariño? —dijo ella. Estaba llorando. Tartamudeaba.

—Haz como que sujetas algo —dijo el hombre.

—Creo que no quedan huevos —dijo ella.

—Y tú, colócate en la mesa, o ayuda a tu mujer en la cocina.

—No quiero hacer esta farsa —dijo el otro hombre.

—Igual esto te hace cambiar de opinión —se escuchó un grito, ella jadeando, un leve forcejeo y un disparo. Un instante de silencio que se extendió y multiplicó en las paredes.

—Quiero tortilla —dijo el hombre, escueto y asertivo.

—Es que no quedan huevos, cariño —dijo ella. Seguía llorando—. Creo que ya te lo he dicho antes.

—Ya que es vuestra última cena podíais cenar algo más elaborado, disfrutad de vuestro momento a solas —dijo.

—No tengo hambre —dijo el extranjero.

—Podíais pegaros un gran banquete imaginario —dijo el hombre—. Aprovechad. Es gratis.

Ella apenas conseguía expulsar las palabras. Colaboraba extrayendo punzantes partículas de voluntad pura.

—Está bien, voy a preparar una ensalada rápida —dijo ella.

—Hablad de vuestras cosas, ¿cómo os ha ido el día?

—¿Cómo te ha ido el dídídí —se atascó en «día»— el día, cariño?

Tuve la certeza de que si el hombre me hubiese oído habría muerto yo también. También pensé que podía salir y ponerme a cenar con ellos, respetar su silencio, después de una pequeña riña por algo tan absurdo como que no había huevos. Ella disuelta en la inmediatez, deslizando por el plato los pedazos de su ensalada con desgana, como si fueran patinadores perezosos.

El hombre los llevó a otra habitación que decidió sería el salón, se escuchó el ritual frecuente de súplicas y amenazas y dos disparos dejaron una partitura de silencio y oscuridad, el hombre se despidió en silencio y yo me quedé dormido, pensando en la soledad del hombre.

Hay un momento que es cinco años antes. Salgo de la casa para fumar un cigarro, rocoso en mi soledad, de una pieza, puramente yo, sin poros. El perro está sentado en una silla de plástico y yo me siento en otra junto a él. Le paso una mano por la cabeza. Me mira de reojo y pone su cara al sol. Veo tres casas desperdigadas y el final del pueblo. El filo de una colina coincide con la carretera. Los coches parecen circular haciendo equilibrismos sobre el horizonte. Creo que tanto el perro como yo, nos sentimos bien. La luz del sol es cálida y sedante. Intercambiamos algo. Estando con él yo me siento un poco perro y estando conmigo creo que él se siente también un poco humano. Con nuestra compañía creamos una frontera difusa.

Para entonces ya me había convertido en un tipo de sofisticada máquina de precisión, una especie de buen chico incombustible, un bobalicón. Nunca pensé que a los treinta llegaría a tener una personalidad tan cutre. Acumulando una condescendencia de energía ilimitada, a punto de un big bang para formar un universo de estupidez infinita, cabalgando hacia el rojo. Después buscaría igualarme con algo, con una percepción que me englobase, que me volviese sin violencia en poco más que una etiqueta. Entre un imperio del mal y un descanso apartado en la indigencia, elegí la opción que me pareció menos bochornosa. La más cómoda e incómoda al tiempo. La ambición son las posibilidades del yo encauzado. Toda locura tiene su pátina de pereza. Enloquecer y descansar, recordar con vergüenza. Adueñarme de un espacio que otros construyen con esfuerzo y dolor.

Me limito a problemas sencillos, cosas como que haya ruido o deje de haberlo, que haya ruido en un sitio y en otro no, cosas que esconden la aterradora particularidad de un abismo

La mayor parte de las estrategias activas también se encaminan a instaurar otro tipo de soledad: destrozar al contrario hasta forzar su desaparición, desmotivar al opuesto para focalizar un discurso, destacar entre los afines para nutrirse de su adulación. Todos soñando con pajearse como una deidad y no en hacer algo chulo como prevenir a la gente de ataques extraterrestres imaginarios o planear el asesinato de un candidato demoníaco a presidente del gobierno.

Cuando desperté el amanecer me escalaba por el cuello. Había tenido un sueño que parecía dirigido por Abel Ferrara: bloques vacíos como una gráfica en 3D de columnas ocupados por mafias voluptuosas y piadosas en eterna fiesta, modelos y asesinos y santos. Busqué evidencias de lo ocurrido la noche anterior, y entonces los vi: la imagen endulzaba la mañana, casi se escuchaba el latir furioso de una cafetera en alguna parte. Estaban sentados sobre dos sacos de arena, recostados contra la pared, ella apoyada sobre el hombro de él, con ropa deportiva, mallas negras, un chubasquero fucsia y zapatillas Nike. Parecía en un sueño habitado por un monstruo paralizador, con la boca abierta. Llevaba una coleta alta y tenía los ojos negros. Él tenía la cara inmovilizada en un gesto entre tierno y siniestro, el pelo en punta, los ojos muy azules, la cara huesuda, llena de aristas, de una palidez fosforescente. Me estaban mirando. Tenían dos agujeros como dos hongos negros en la frente, un estallido de sangre marrón en la pared como dos auras.

Si hay algo más temible que no recordar es recordarlo todo exactamente al revés, ver sustituido cada recuerdo por una fantasía, no solo ir modificando, agrandando, estilizando, limando los recuerdos, sino verlos arrollados por la desolación de un infierno que los sustituye. Para esquivar al diablo lo escribo todo y me recluyo en este otro tipo de infierno vacío. Poco más que unos ejes de coordenadas de hormigón.

En oposición, hay dos caminos habituales para la representación del infierno. Por un lado está la intelectualización de la tortura y por otro, la mera narración de una pesadilla. El mal surge de un diálogo sobre supuestos falsos pero el lugar donde el mal ocurre parece ocupar la mente y tirar de ella en una sola dirección. Reserva espacios de

FOTO: KIKE LLAMAS

Kely: *Sin título,* 2002, técnica mixta, foto pintura, 158×132 cm › *Una vida pintada,* Galería Gema Llamazares (Gijón). Hasta el 15 de agosto

imaginación impensables, todo un abanico de posibilidades sin formular, ni siquiera esbozados: solo el esqueleto de una fantasía terrible.

Ambas aproximaciones tienen un punto en común en la correspondencia de lo imaginado (y presumiblemente narrado inmediatamente a la vez) con lo que pueda ocurrir o posiblemente ocurra. Es al mismo tiempo una distancia entre lo comunicado y lo comunicable. En el que habla surge una inestabilidad que emerge en los momentos que fluctúan entre lo patético y lo rutinario.

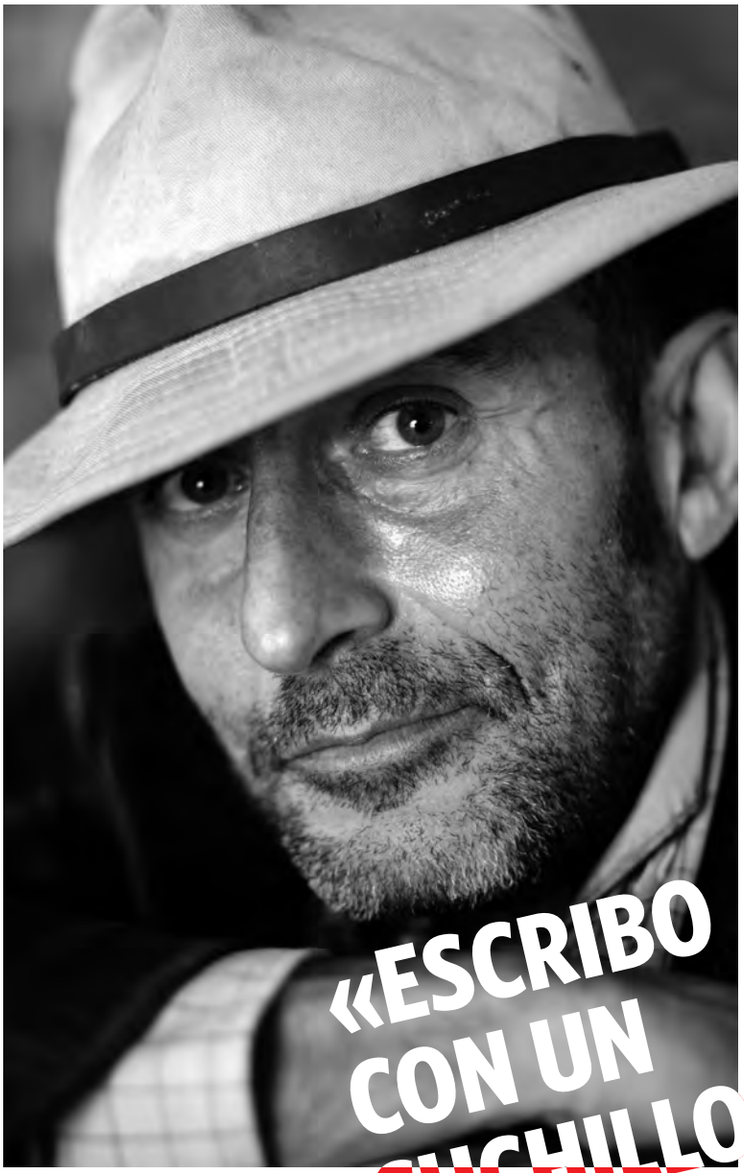
Si alguien ha descrito un infierno con suficiente detalle ese infierno ya está con nosotros, la extracción precisa de esas fantasías a través de sensaciones desenfocadas adquiere forma de una manera precaria. La traslación de esa precariedad es la precisión de la pesadilla. Finalmente, mejor que la sensación, será la convicción de haber reconocido la sensación. El deseo de los demás de mostrar ese mal que reside en su interior. De compartirlo, de ser un loco en compañía.

Hay un momento que es cinco años antes, es un momento feliz pero me quedo parado, sin fuerza para aterrizar. Después vuelvo. Sé que cada año hay un día como este. Es el cumpleaños de algo. Está en sintonía con algo, las emanaciones de la tierra, la temperatura del aire, la luz del sol son como fueron un día. No exactamente, pero hay algo conocido. Siento un vacío frenético. Lo veo por primera vez. Me pregunto a quién resucitaré hoy. ●

«ESCRIBO CON UN CUCHILLO ENTRE LOS DIENTES»

Montero Glez disecciona el ambiente de los bandoleros urbanos de los años de la movida en ***Talco y bronce*** (Algaida), libro con el que ha ganado el Premio Logroño de Novela. Especializado en el análisis de lo cotidiano, el autor de ***Pólvora negra*** y ***Besos de fogueo***, nacido en Madrid en 1965, asegura que escribe «con un cuchillo entre los dientes», pero en su afilado filo cabe también una visión romántica de la mala vida. «Con *Talco y bronce* he pretendido contar una historia de amor en aquel Madrid que viví y sufrí y del que ya solo quedan recuerdos». En esa peculiar *love story* hay policías corruptos, quinquis, joyeros, malajes y muchas palabras del argot de la época: *abucharar, calorro, costo, julay, dabuti, peluco, quinao, voltio, talego*... En fin, que Montero González se ha metido en un buen *jari* lingüístico, un lío que en su caso forma parte del oficio de escritor.

Enrique Bueres



PREGUNTA. ¿En qué tradición literaria te inscribes en general y con *Talco y bronce* en particular?

RESPUESTA. Soy un autor de género. ¿De qué género? Pues del único que está en relación con el hombre y la propiedad, es decir, el género negro.

P. ¿Qué es el realismo para ti?

R. Cuando hablo de realismo me refiero a realismo en la literatura contemporánea, y con contemporánea, que es un término muy amplio, quiero decir literatura del siglo XXI, lejos de la estética burguesa. Para mí el realismo tiene que ver con lo cotidiano, que no con lo banal. Tiene que ver con la profundidad de lo cotidiano, por decirlo de alguna manera.

P. ¿Cómo entiendes la posición del narrador dentro de tus novelas y en *Talco y bronce* en particular?

R. La entiendo a la manera cervantina. Miguel de Cervantes es el protagonista del ***Quijote*** desde el primer párrafo: «En un lugar de La Mancha de cuyo nombre [yo] no quiero acordarme». Es mágico, hace invisible la primera persona, la voz narradora. Date cuenta de lo difícil que es utilizarla en castellano ya que consta de dos letras, la *y* que suma y la *o* que resta.

p. Raúl del Pozo dijo de ti que eras «un navajero de la literatura». No sé si estarás de acuerdo con su calificación, pero en cualquier caso parece lógico que, ateniéndonos a esa definición, en algún momento hubieses escrito una novela sobre quinquis.

R. Han dicho peores cosas de mí, pero lo que Raúl quiso decir pienso que era porque rompo el papel, porque escribo con un cuchillo entre los dientes.

P. *Talco y bronce* es una historia de amor. ¿Qué has pretendido (como objetivo principal) con esta novela?

R. Contar una historia de amor en aquel Madrid que viví y sufrí, y del que ya solo quedan recuerdos.

P. Hay en *Talco y bronce* un especial cuidado y recuperación de la jerga callejera de los años ochenta. ¿Cómo te metiste en un *jari* lingüístico tan chungo?

R. El *jari* lingüístico forma parte del oficio. Los diálogos de los quinquis de la época poco o nada tenían que ver con el lenguaje académico.

P. La novela comienza con los protagonistas, la Malata y el Chuqueli, «comiéndose un marrón». ¿Es una novela negra? ¿Una novela política? ¿Está basada en hechos reales o periodísticos?

R. Es una novela negra porque su tema principal es la relación del hombre con la propiedad. Por eso cobra significado político la condición social de los protagonistas, el lumpemproletariado forma parte del relato de hechos, en este caso hechos reales como fueron los atracos de una banda organizada por la propia policía.

Montero Glez
Talco y bronce
Algaida, 2015
312 pp, 18,00 €

P. Algunos de tus personajes son nietos de Lázaro de Tormes y don Pablos?

R. Claro, date cuenta que el pícaro viene de un estrato social segmentado que al llegar la sociedad industrial se convierte en lumpemproletariado.

P. ¿Qué música suena en los radiocasetes de *Talco y bronce*, en los «loros de sus bugas»?

R. Música de aquella época: Los Chorbos, Las Grecas, Los Chunguitos, Manzanita, música de mucha calidad. Sonidos negros y letras marginales.

P. Desde la «magna» exposición Quinquis de los Ochenta, organizada por el CCCB en Barcelona en 2009, parece que hay como una oficialización artística de los jóvenes navajeros de aquellos años. ¿Crees que merecen el «prestigio» que tienen ahora en el mundo del cine, la literatura, el arte, etcétera?

R. No, para nada, pienso que se ha mitificado al ratero que, más que actuar por necesidad, actuaba por un deseo indebido, atracando al débil. Es más, en aquella época la inseguridad ciudadana fue un tema mayúsculo que se potenció para evitar hablar de otros temas.

P. Parece que los premios se te dan bien: Azorín de novela, Llanes de viajes, ahora el Logroño de novela con *Talco y bronce*. ¿Qué vas a hacer con los 45.000 euros del galardón? ¿Montoro le ha dado un tajo a Montero?

R. Estaría encantado con pagar impuestos, si mis impuestos sirvieran para hacer hospitales, viviendas sociales y esas cosas que tanta falta hacen. Pero claro, el dinero se lo trinca el ministro Montoro y los de su cuerda para pagar no sé qué deuda que dicen que hemos contraído. En fin...

P. ¿Qué tipo de homenajes (si los hay) planteas con esta novela?

R. Sobre todo a Eloy de la Iglesia, el cineasta. También hay guiños a Toño, cantante de Burning, y al gato de mi tronco, Pancho Varona.

P. Has escrito y publicado mucho sobre fútbol. ¿Hay mucho quinqui en ese terreno de juego?

R. Hay algún macarra que otro, sobre todo en las presidencias, gentuza que pertenece a la lumpenoligarquía.

P. ¿Por qué crees que hay tantos *juláis* en el mundo de la política?

R. Porque el fascismo para sobrevivir se disfrazó de democracia y surgió el neoliberalismo que es cosa de *juláis*.

P. Eres de Madrid. Resides en Chiclana de la Frontera (Cádiz). ¿Vives de la literatura? Si es así, ¿te consideras una excepción a la regla?

R. A mi edad, más que de la excepción a la regla, estoy cada día más cerca de la menopausia [risas].

P. «Inseguridad ciudadana»: ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¿Estás de acuerdo?

R. Y como te dije antes, cuántos se disimulan.

P. ¿Por qué recomendarías leer *Talco y bronce* y a qué tipo de lector?

R. No fastidies, yo no hago publicidad ni mercadotecnia. Eso se lo dejamos a los corbatillas que atornillan la economía clásica y sus postulados con estudios de mercadotecnia para activar la demanda. Yo escribo para ser leído por todo el mundo.

P. ¿Conociste de alguna manera, más o menos cercana, el mundo que refleja la novela o lo que hay detrás es un trabajo profundo de documentación e investigación?

R. Conocí de primera mano aquel mundo, pues lo sufrí. Fui atracado por quinquis; una vez me

«Con *Talco y bronce* he pretendido contar una historia de amor en aquel Madrid que viví y sufrí y del que ya solo quedan recuerdos»

sacaron la cazadora de piel, otra el reloj, y otra fue tal la paliza que me metieron que casi no lo cuento. Luego la documentación se la debo a Javier Valenzuela, a Santiago Aroca y a los periodistas que hicieron la crónica negra de la época.

P. Comienzas la novela con una cita del poeta asturiano David González. ¿Es amigo tuyo? ¿Lo sigues?

R. Lo sigo, lo admiro y me ha ayudado mucho en lo que respecta al argot y los diálogos. Considero a David como el gran escritor realista de nuestra época.

P. ¿Qué representa esta novela en tu evolución como escritor?

R. Una novela menos, quiero decir, una novela menos para llegar a conseguir esa novela a la que todo novelista aspira.

P. ¿Cómo es tu vida en Chiclana? Te lo pregunto porque supongo que es muy diferente de vivir en Madrid, por ejemplo.

R. Me despierto cuando termino de dormir, quiero decir que no interrumpo mi sueño para despertarme. Aquí la vida es más barata. Pesco lo que como, hago deporte, paseo y tengo el teléfono desconectado todo el día. Me lo paso leyendo, sobre todo filosofía. Ahora estoy con Parménides.

P. La verdad es que parece una vida envidiable, al menos no hay riesgo de que ningún quinqui te *afane* el *peluco*.

R. Pues no. No llevo reloj.

Fin

Vita hominis peregrinatio est

La literatura de viaje o el viaje como literatura tiene sus reglas y sus propias estaciones: está la estación Patrick Leigh Fermor cruzando Europa; la de Bruce Chatwin en los confines de la Patagonia buscando los trazos de una canción; la de Colin Thubron en Siberia; la de Norman Lewis en 1944 en Nápoles; la del —y de la— gran Jan Morris en Venecia; la de Paul Theroux viajando por el Mediterráneo atravesando las columnas de Hércules o viajando en tren por China; y, más cercanas, están la de John Banville imaginando Praga, la de José Cardoso Pires en busca de Lisboa, la de Cees Nooteboom convirtiendo los hoteles en estaciones nómadas y Santiago de Compostela en un desvío, la de Claudio Magris haciendo del Danubio una historia cultural portentosa, y la de nuestro viajero sedentario Rafael Chirbes o nuestro Julio Llamazares convirtiendo las catedrales en rosas de piedra.

Ricardo Baixeras

Pero todos ellos coinciden en una cosa: Robert Byron, muerto prematuramente en 1941 cuando un submarino alemán torpedeó el barco que debía llevarle a El Cairo, es el maestro. Y lo es porque escribió ***Europa en el parabrisas*** (1925), ***The Station*** (1928) y, sobre todo, porque es la mente deslumbrante que imaginó ***Viaje a Oxiana*** (1937). Este último es el alfa y el omega de los libros de viaje, elevado a la categoría de texto sagrado por Chatwin, su discípulo, el clásico —indiscutido e indiscutible— que todo escritor que se precie de ser viajero quiere y debe imitar.

Grecia: viaje al monte Athos, cuyo título original fue ***The Station. Athos: Treasures and Men***, es un libro que relata el viaje que Byron realizó con dos amigos en 1927 allí donde todo se había detenido. El objetivo era

> «... presentar Athos desde todas las perspectivas como un monumento vivo y completo de una gran civilización en la que la naturaleza y el ser humano, la historia y la religión, el artista y el arquitecto han colaborado y lo siguen haciendo. Paisajes y cumbres; edificios de color que convergen; pinturas que anuncian el siglo XX, manuscritos del siglo VII, iconos, mosaicos, relicarios y joyas; todos estos, relacionados entre sí, constituyen la herencia de un pueblo que comenzó a formar parte del Imperio romano en el año 330 y se convirtió en una nación, conoció la gloria y la decadencia, no igualada por ningún país de Europa».

Y buena parte de la fascinación de un libro como este proviene de esta magistral combinación de historia, mística, aventura, política y cotidianidad que respira por los cuatro costados. Las imágenes fotográficas tomadas por el propio Byron que

Robert Byron

> «Estamos de espaldas al mundo. Tumbados en la habitación de invitados de Iviron, nos hallamos en otro plano existencial, de vuelta a aquel misterioso y espiritual *regnum* de donde el pensamiento se libera gracias al Renacimiento. Se trata de un mundo que traduce en realidad física las figuras deformadas del Greco; donde los espíritus de los difuntos flotan como las ondas de la radio entre los árboles y los abrevaderos de mármol... espíritus felices, bañados por el sol, posándose en inscripciones en forma de cruz clavadas en los árboles, saliendo precipitadamente de las cuevas, apostados como centinelas de sombríos riscos, con apariencia de seres humanos».

El objetivo era «... presentar Athos desde todas las perspectivas como un monumento vivo y completo de una gran civilización en la que la naturaleza y el ser humano, la historia y la religión, el artista y el arquitecto han colaborado y lo siguen haciendo...»

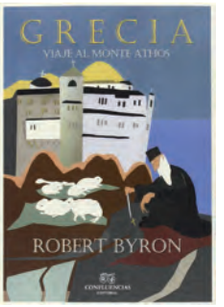
acompañan al texto son impagables y dan cuenta no solo de qué pensaba el viajero, sino también de qué veía y cuándo lo veía.

El lector en español puede acercarse al misterio de la montaña sagrada e inaccesible con los libros accesibles de William Dalrymple —***Desde el Monte Santo: viaje a la sombra de Bizancio***— y el escrito a la par por Eugène-Melchior de Vogüé y Nikolái Strájov —***Dos viajes al monte Athos***—, notables ambos, pero el de Byron tiene el sabor de la erudición cercana porque su prosa es la de un escritor en busca del arte bizantino bebiendo vino de resina a la par que los monjes, convertidos ya en pura hospitalidad. Byron viaja allí donde el tiempo y el arte están detenidos porque ante la vorágine de Occidente, que todo lo consume, solo le queda degustar la estación detenida que se sustenta en una fe infranqueable e indestructible:

Este estar de espaldas al mundo es la única manera que tiene Byron de poder estar en el mundo, un mundo, en este caso, perdido y remoto, sí, pero del que nos hace partícipes en un viaje de ida y vuelta que certifica el aforismo de Heidegger en diálogo con el profesor japonés: «Lo permanente de un pensamiento es el camino». *Vita hominis peregrinatio est*.

Leyendo a Byron se tiene esa extraña sensación de que está viajando por los lugares contados. El arte de viajar, como diría Alain de Botton, es aquí el arte de leer o la voluntad de esa literatura de doble fondo que se sustenta en lecturas que invitan a viajar y en viajes que invitan a leer. Los tres polos del imaginario de los que hablaba Marc Augé en relación al viaje inmóvil (el individual, el colectivo y el de la creación que tiene su correlato en los sueños, los mitos y las obras) tienen que estar en contacto continuo y

alimentarse recíprocamente. En «la fugacidad de Athos» se sitúa Byron encajando a la perfección esos tres polos para que el lector pueda —y sepa— viajar de forma inmóvil. El individuo Byron en busca de una colectividad inaprensible gracias a la portentosa creación de un texto que hay que leer con pausa, con la delectación con la que nosotros también deberíamos degustar un buen vino, aunque no sea de resina. El monte y el altiplano «... son mundos dentro de otro mundo, capaces de desarrollo cultural individual», y en eso radica su luminosidad, tan en contraposición a aquel «dark crystal» al que se refería Lawrence Durrell en ***Propero's Cell*** cuando hablaba de Grecia.



Robert Byron
Grecia: viaje al monte Athos
Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón
Confluencias Editorial, 2014, 368 pp., 22,00 €

vecino y contribuyendo a la destrucción de esa estética liviana con la que los del norte valoramos el paso de los siglos. Para los monjes, paralizados emocionalmente ante el futuro, el simple paso del tiempo no es una virtud en sí misma».

Allí donde las leyes de la vida no está regidas por las normas cotidianas de la existencia, sino por la conciencia de sí y de los otros, por una libertad de pensamiento convertida en *leitmotiv* de todo lo que rige en Athos, allí y solo allí es donde habita el olvido y a donde se dirige este viajero aristócrata enclaustrado en un cuerpo rebelde y apasionado. Monasterios, cúpulas, capillas, balcones en el precipicio, reliquias, cantos en la noche, bibliotecas,

Allí donde las leyes de la vida no está regidas por las normas cotidianas de la existencia, sino por la conciencia de sí y de los otros, por una libertad de pensamiento convertida en *leitmotiv* de todo lo que rige en Athos, allí y solo allí es donde habita el olvido y a donde se dirige este viajero aristócrata enclaustrado en un cuerpo rebelde y apasionado

La pretensión del viajero es la de ver en el arte bizantino la representación de sentimientos y no, como era característico de Occidente, sucesos: «El gótico alcanza el firmamento. El bizantino lo recrea». Un arte que Byron rastrea en todos y cada uno de los monasterios que son «una exacta y delicada parte, una unidad dentro de un conjunto arquitectónico, cada uno influyendo en el colores, tradiciones, techumbres de plomo, disciplina, gardenias y guisantes, rusos blancos, túnicas negras, la exasperante indolencia, la tiara imperial. Todo en la montaña sagrada surge del silencio y vuelve al silencio. Todo tiene un sentido. Pero una pregunta se repite incansable en la mente del viajero:

> «¿Cómo es posible que este vestigio de vida, que en el pasado dominó toda la costa griega, haya permanecido inalterado desde su fundación, el más relevante testimonio de la evolución de Europa sobre la faz de un mundo europeizado? ¿Quién se atrevería a afirmar que esa charla sobre la teocracia en nuestro entorno no era sino la creación de un anticuario, que surge más de un tecnicismo que de una realidad?».

No hay respuesta: no puede haberla. Si la hubiera, Athos ya no existiría como tal.

El Athos de Byron quedará como la huella indeleble de un viajero que supo detenerse también él en un espacio donde los monjes transitan por el pasado hacia el silencio y por el silencio hacia el pasado. Quietud y solemnidad, el semantrón llamando a completas y un aristócrata, cámara en ristre, tocando con la punta de los dedos la claridad quebradiza de un monte insólito. ■

Si desea recibir en su domicilio por correo postal la edición impresa de *El Cuaderno,* puede suscribirse **(12 números, edición digital incluida)** por **30€**, solicitándolo a **pedidos@trea.es**

El pájaro impostor VIÑALS *y la paradoja que arrastra el poeta*

Carlos Bueno Vera

Comenzar por el principio, eso pretende este texto: comenzar por las primeras palabras del poeta; leer, de nuevo, su primer libro; viajar hasta las primeras palabras que ofrece José Viñals en *Entrevista con el pájaro* y comenzar allí: «Toda respuesta es una impostura». Curiosamente, esta frase que es el comienzo del poemario y se significa como clave del discurso desplegado en los versos de *Entrevista con el pájaro*, aparece delante de la introducción del hijo, Gabriel Viñals, un atrevimiento que pensamos afortunado, un atrevimiento que es una licencia; una licencia que cae en gracia ya que implica el cariño del hijo hacia el padre. Y esas primeras palabras del poeta, decíamos, están en el espacio que se suele reservar a una cita: *Entrevista con el pájaro* comienza, y comienza *antes*, nos pone en guardia. Comienza con una aseveración que anuncia que se darán respuestas pero que deberán tomarse con cuidado, con actitud crítica, con escepticismo. Buen comienzo para un libro de poesía: comienza alertando.

Las secciones, en las que el poeta divide y agrupa las distintas partes del poema, se señalan con números romanos y reciben una entradilla similar en ese sitio que indicábamos que está comúnmente reservado a las citas. No sólo eso: vienen con un antetítulo a dicha entradilla, siempre el mismo. Éste, reza: *El impostor*. El impostor, a pesar de vivir en la impostura, o precisamente porque vive en la impostura, será el que responda, sí, es el que responde y da varias posibilidades a su respuesta; observaremos que, debido a la aparición repetitiva del impostor, el libro no volverá a comenzar con cada sección sino que afinará su respuesta, añadirá algo a ella, complicándola. Y, en esos versos que son entradillas a la sección en los que el impostor habla, se insiste de distintas maneras que la respuesta será, certeramente, una impostura, una en la que tanto el responder como el no responder será precipitado o momentáneo, erróneo en cualquier caso. Así, las entradillas dicen: «Debe el hombre elegir entre perderse y salvarse; pero si elige está perdido», «Si avanzamos dos pasos en la tragedia cuando sólo uno es necesario, caemos en la risa; pero si avanzamos tres, caemos en el tedio; pero si no avanzamos, caemos en el vacío» o «Todas las disyuntivas son falsas porque tienden a ocultarnos la mitad de la verdad». Después, cada sección desarrolla, primero en prosa poética y luego en un verso que parece aquella primera prosa poética descompuesta, la respuesta del pájaro-impostor, respuesta del que evita responder; evasiva que es respuesta.

Pero vayamos paso a paso, parte a parte. Esa evasiva que da por respuesta el joven argentino que es José Viñals en *Entrevista con el pájaro* es, como ya apuntara Jason Wilson a la introducción de *Poesía reunida* (Ayuntamiento de Jaén, Jaén, 1995), de corte *rimbaudiano*, de denuncia existencial y vital. Momentos iniciales del poema como «Oh, Amada, me he vuelto niño y como si fuera tu hijo entre tus muslos; he aborrecido el sol que te quemaba la cintura, abominado tu desnudez de aceite combativo, tus ganas incestuosas contra mi vida, oh Hermana, oh Frescura» (en III) o «Echaría a freír mi corazón en vivo sobre el aceite y [...] lo arrojaría al festín de los mendigos, de los violentos, de la pareja enamorada ebria de desdicha y que engendra por miedo a despertar bajo el gran cáncer de la risa» (en IV) nos recuerdan al poeta de los famosos versos del comienzo de *Una temporada en el Infierno:* «Antes, si no recuerdo mal, mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones, en que todos los vinos corrían. / Una tarde, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié» (trad. Miguel Casado). Ser un poeta *rimbaudiano* a la manera de Viñals significa tener un ojo excepcionalmente certero, vivaz e inclemente en el que si «palabra, voz, poema» es la «pequeña casa contra los miedos de la noche» (en I), esta voz, estas voces serán «voces impuras, voces tristes, voces que escarban en la basura» y el poeta será como el «centinela amordazado» que «mira impotente las crueldades del alba»; esas voces son, en definitiva, «gargantas que vomitan la ceniza del hueso» (en II). Así, con acritud y sin paños calientes, ese pájaro-poeta, ese impostor-poeta, juzga

al mundo y se juzga a sí mismo: «Vuelva usted a su escoria gramatical, señor yo-mismo. [...] Viene usted perfumado de nociones sagradas, como un marica del espíritu» (en V) y, en un momento anterior del mismo poema, «no buscas otra cosa que indulgencia y aplausos; vete al demonio, a los salones; alquílate de enano malabarista, santo asqueroso con tu llaga y tu perro».

La enumeración, forma predilecta para el modo de construir el poema de Viñals, forma predilecta para *injuriar* en ese sentido *rimbaudiano*, señala e insiste en que todo merece desconfianza y el poeta especialmente, porque se instaura a sí mismo como chamán de la tribu: «Una mentira enana cabalga sobre la nuca del maestro. La lengua embaucadora del poeta lleva una incrustación de pedrería insustancial y mueve grandes humos elogiosos. Habla el poeta con palabras de un pueblo que no habla y abre su colección de raras cajas fraudulentas importadas de las naciones mágicas, sus ciegas cajas circuncisas por el desgaste de los siglos. / Y luego el tedio, el heroísmo, las castraciones esponjosas, la voz profética del que anuncia venganzas, derrumbamientos y fatigas» (en VI). En las enumeraciones, despliega una riqueza metafórica que nos recuerda al mejor Saint-John Perse (¿hay un Perse malo?), uno de los poetas de cabecera de Viñals, que escribiría en *Anábasis*: «Y el hombre entusiasmado con un vino, llevando su corazón fiero y rumoroso como un pastel de moscas negras, se pone a decir cosas como éstas: "... Rosas, delicia púrpura: tierra vasta para mi deseo, ¿y quién le pondrá límites esta tarde?..." Y Fulano, hijo de Mengano, hombre pobre, / entra en poder de los signos y de los sueños» (trad. Enrique Moreno Castillo). Sí, el pájaro, el impostor, el que habla y nos describe la labor del poeta y el mundo, no se guarda nada para sí, habla con visiones; el pájaro viñaliano es un pájaro cruel que desprecia a los tibios y a los hipócritas, desprecia «la autodeglutición de la mentira caída en trampa simple por un reemplazo de palabras» (en I), e insiste: «Estoy resuelto a decir todo lo que se me pase por la cabeza: / Náusea, / vómito; / y, muy curiosamente, la palabra *perla*. / ¿Qué ostra extraña, estreñida, engendró este perfecto pedocablo?» (en XVI). El poeta del poema que, aunque a veces se identifica con el pájaro-impostor, muchas veces lo denuncia (denuncia su fingimiento, el engaño del que hace gala), adivina que se encuentra asomado a la duda de su existencia, una vida de esencia dificultosa, en la que su papel en este mundo incierto es burdo: «Mi cabeza, pervertida por los deseos, se humilla sin escándalo y mi lengua, prolija como una alfombra de palacio, viene a servir de estercolero celebratorio, de crónica asquerosa para el pájaro-rey, defenestrado de su imperial, futuro y dulce sino sobre las frentes de diamante, cuando el día en penumbras, lleno de edades y de ruinas, se coma lentamente su mano de langosta» (en XIII).

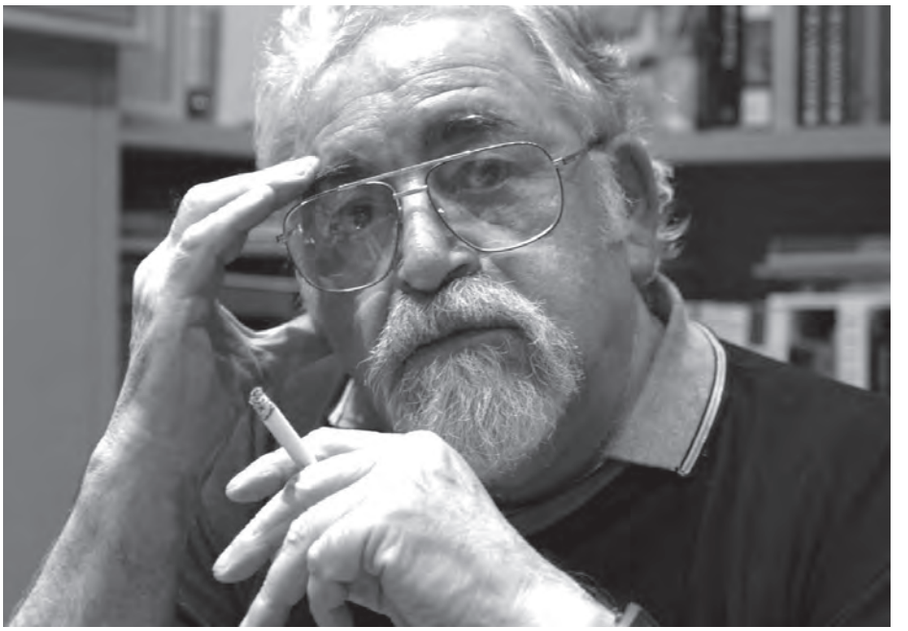
El poema avanza y vamos adivinando que el poeta acepta el lugar que, por su labor, ostenta. El lugar que acepta es la paradoja de su labor y de su ser: «He acatado las voces. Soy miserable y bobo, tengo un lugar en el festín de la inmundicia» (en XXIV); ese es el lugar que comparte con el pájaro, con el impostor, que como el poeta, son figuras bruñidas de voces. El poeta, y he aquí su paradoja, después de recoger las voces, voces que no le pertenecen, puebla el poema con su presencia ya que «camina por la página como un rey sin alcurnia, escribe puntuaciones con un bastón hereditario y se sienta a peer sobre los márgenes» (en XXIV); poeta que a veces se refleja en el mismo pájaro que desprecia, ya que es «Dios-pájaro ululante de ciega llaga hiende los robledales y se estrella en el cielo; su voz queda temblando como un coágulo de tinta congelada bajo la rotativa que no imprime la página del alba, como un cangrejo a quien aplasta la llanta matutina del carro de basuras» (en XXIV). Así, el desperdicio, la náusea, el vómito; acaso el vómito, dentro el amplio imaginario viñaliano, sea la imagen más certera para el poeta que queda recogido en el pájaro, en el impostor; vómito que viene tras la embriaguez, ya sea de palabra, de bebida o de silencio: «Esto culmina siento la embriaguez del silencio viene el pájaro ya con lodo en la garganta cae como una cabeza de cordero» (en XXV).

La «pequeña casa contra los miedos de la noche» (en I) se transforma y ahora es «pajarera del miedo», es una «habitación desmesurada» y el poeta, o el pájaro, o el impostor o, puede que el poeta-pájaro-impostor, tiene «plomo en los ojos» y marcha «como un ciego palpando / el rostro de la que amo / la jaula de los hijos / Y la mentira y la inmundicia y la luz alquilada» (en XXIII). Mediante la metáfora poderosa, el poeta insiste, y de forzar, de insistir, el poema se concentra, y acaba siendo un solo verso, «Uva a medio morder voy entre el vómito y el pánico» (en XXVI), para que luego finalice con un último poema algo más largo, pero igualmente en descomposición (o montado con escombros), un poema que termina con tres versos que son seis, con dos poemas que es uno, con casi dos jaikus que, en un decir parecido y semejante, en un decir que puede(n) ser cualquiera de las tres voces (pájaro/impostor/poeta), quedan enfrentados en un nacimiento que es fin, fin del libro que acaso sea también un aviso, el último, tal vez también un quejido para, *eliotianamente,* acabar sin estruendo (en XXIX):

> Amor voy a nacer
> caigo en tu pecho
> me arrodillo
>
> Voy a nacer amor
> caigo de huesos
> agonizo

Se me permitirá una última consideración a este librito ya que, si bien es cierto que *Entrevista con el pájaro* tuvo una merecida e importante repercusión en su momento, por alguna razón este poeta ha pasado relativamente desapercibido para el conjunto de nuestra poesía en castellano a pesar de haber sido reconocido con varios premios, y de haber publicado en editoriales con una visibilidad importante. Tal vez se deba a aquello que han apuntado ya Andrés Fisher y Benito del Pliego en la introducción que realizaran a la antología de la poesía de Viñals, *Caballo en el umbral* (Editora general de Extremadura, Mérida, 2010), esto es, que al salirse de un lugar acotado, un país, la persona se convierte en un desplazado, en un *outsider*. Se vuelve incómodo para las literaturas nacionales, difícil de clasificar y autosuficiente al mismo tiempo, se convierte en un *extranjero* y se le confunde con lo que Perse llamaría un «príncipe del exilio», esos «no necesitan de mi canto». Un extranjero, como advierte Perse, habita su nombre, es «Huésped precario en el confín de nuestras ciudades», sobre la mesa «pone confesión», su palabra «no tiene curso» y «lleva al oído del Poniente una caracola sin memoria» (en *Exilio,* trad. Enrique Moreno Castillo). A la postre, un poeta como Viñals, puede que por escurridizo y por independiente a raíz de su *extranjería*, no ha alcanzado la fama que, en nuestra opinión, su poesía merece. Y la reclamamos.Viñals ha desarrollado una amplia propuesta poética y merecería estar entre los más complejos y sagaces poetas hispanohablantes de su siglo, entre aquellos que pensamos deslumbrantes, interesantes y novedosos; merece estar junto a Antonio Gamoneda, junto a César Vallejo, junto a José-Miguel Ullán, junto a Aníbal Nuñez, junto a esos poetas que transitaron la oscuridad para encontrar luego, como el mismo Viñals dice en este poemario, esa «alianza fugaz y putativa» que sólo consigue el poeta, el verdadero poeta, en el poema. Pero por alguna razón no está junto a ellos, y esa razón, la que sea, es, necesariamente, *injusta*. ■

La enumeración, forma predilecta para el modo de construir el poema de Viñals, forma predilecta para *injuriar* en ese sentido *rimbaudiano,* señala e insiste en que todo merece desconfianza y el poeta especialmente, porque se instaura a sí mismo como chamán de la tribu



José Viñals

José Viñals
Entrevista con el pájaro
Varasek Ediciones, 2014
128 pp., 12 €

FOTO: KIKE LLAMAS

‹ Sin título, 1999, técnica mixta sobre papel, vinilo y cuerdas, 100 × 100 cm

KELY

La galería Gema Llamazares repasa la trayectoria de la malograda pintora ovetense en la retrospectiva *Una vida pintada*

Juan Carlos Gea

Personal. En esa palabra se halla la clave de una pintora que, en menos de veinte años, desplegó un universo pictórico en permanente mutación, inusualmente rico en su composición y subyugante en sus efectos sobre quien se aproxima a él. Porque si algo caracteriza la obra de Kely Méndez Riestra (Oviedo, 1960-2013) es ese vínculo profundo entre la experiencia singular de quien pinta y lo pintado. Para Kely —cuya trayectoria repasa estos días su última galería, Gema Llamazares, como conmemoración de su décimo aniversario— pintar era un ejercicio de autoexamen y una terapia de organización de aquella experiencia que a la vez objetivaba y retroalimentaba a esta, convirtiéndose en parte inseparable de la experiencia vital misma.

El título escogido por Rubén Suárez para la exposición destaca esa conexión: un énfasis en que lo que se nos muestra en una sesentena de obras es *una vida pintada;* no a través del trasvase a la pintura o la fotografía de los acontecimientos o anécdotas externos, sino de la exploración y la traducción al mundo visible de los casi inaprehensibles movimientos que el flujo del tiempo y de las experiencias provocan en las capas más profundas de la vida interior. Kely no pintó los paisajes en los que habitó o por los que viajó, las lecturas, las obras de arte o las músicas que disfrutó, los seres o los objetos con los que compartió su vida, sino el efecto de todas esas vivencias en su interior.

Quizá por eso Kely fue pintora relativamente tardía: porque hacía falta un acúmulo suficente de aguas cautivas para que la fuente llegara a la superficie. Más que la actitud de la esponja, que es tan inmediata para absorber como para devolver lo absorbido, da la impresión de que Kely poseía la sensibilidad de un suelo poroso y permeable, siempre dispuesto a recogerlo todo, pero que solo devuelve aquello que ya se ha filtrado, encontrado el fondo y reposado lo suficiente como para rebrotar muy lentamente en un camino mucho más arduo de regreso a la superficie.

Interiorizar, exteriorizar

Esta poética basada el ciclo permanente entre la interiorización y la exteriorización de lo vivido, a la que se atuvo desde el inicio de su primera madurez como pintora entrados los años 90, explica por sí sola la naturaleza agónicamente proteica de la pintura de Kely, que avanzó en sus muy distintas etapas y movilizó sus muy distintos recursos a golpes de esa necesidad imperiosa: ajustar la pintura a sus estados interiores, desechando lenguajes cuando, no sin sufrimiento y sin dudas, conseguía encontrar los que necesitaba en cada momento. Una especie de ejercicio de sintonización perpetua entre las oscuridades del alma y la luz de la pintura en el que lo difícil no era despojarse de un estilo o de unos determinados medios plásticos sino reajustar la correspondencia entre lo que sucedía dentro de la pintora y lo que se necesitaba para emitirla hacia el exterior y hacerla visible a otros.

Las actitud tiene menos que ver con el experimentalismo que con un autocuestionamiento que los que la conocieron dicen que a veces era lacerante e inmovilizador; y es doblemente meritoria en una pintora tan dotada por naturaleza como Kely, que podría haberse *quedado* en cada una de sus etapas pictóricas por igual, legitimada por una constante que queda clara en cada escala de esta pequeña gran retrospectiva: su refinamiento técnico y la sorprendente concentración de recursos que exhibe cada cuadro.

El término *técnica mixta* se muestra especialmente insuficiente ante estas obras, en las que un virtuosismo que podría haber resultado un tanto apabullante se diluye incluso antes de haberlo advertido en la pura necesidad que transmite cada pieza. Quizá la palabra adecuada sea «sinceridad», más aún que «autenticidad». No por lo veraz, sino por el tono confesional que conviene a una pintora que se las arregló para mantener en su preferencia por los grandes formatos un registro intimista. La minuciosidad que muestra cada centímetro cuadrado y cada operación acumulada, cada erosión, cada hilo, cada chorreo o cada veladura sobre el soporte es lo que cuenta, y el modo en que, al tomar distancia, se equilibran y muestran su armonía con aquello de lo que forman parte.

Una capilla hacia la blancura

Este principio se mantiene en cada etapa, desde la más austera y constructiva hasta los exquisitos cuadros de menor formato que se exhiben en la zona más íntima de la galería, los más tardíos, como en una especie de capilla que viaja hacia la claridad y la blancura. Sucede —como sucedió en cada *metamorfosis* de su pintura, y el término es seguramente el adecuado— que el espectador padece una especie de contrariedad o de melancolía egoísta pensando que Kely debería haberse *quedado* aún más en tal registro o en tal otro de su pintura; pero el tiempo y la vida no se detienen, las exigencias cambian y Kely fue implacable con ellas. Cuando se notaba pintando ya en vacío, usando un idioma incapaz de transmitir lo que estaba sucediendo dentro, su pintura sufría una metamorfosis o incluso renacía, como en la etapa de formas botánicas exquisitamente precisas que sucedió a su época más atmosférica y difusa.

Y esto último es seguramente lo que, por vez primera, muestra *Una vida pintada:* el hecho de que fue la experiencia profunda de la pintora el medio común que unificó y dio coherencia a todos estos mudables mundos plásticos; toda la coherencia que pueda obtenerse de una vida que es permanente cambio, pero en la que Kely buscó con terquedad una constante que es el clima común que comparten todos sus mundos: emoción visible, belleza. ■